

Landesbibliothek Oldenburg

Digitalisierung von Drucken

Vida Y Hechos Del Ingenioso Hidalgo Don Quixote De La Mancha

En Quatro Tomos

Cervantes Saavedra, Miguel de

Londres, 1738

Libro Tercero Del Ingenioso Hidalgo Don Quixote De La Mancha.

urn:nbn:de:gbv:45:1-1581



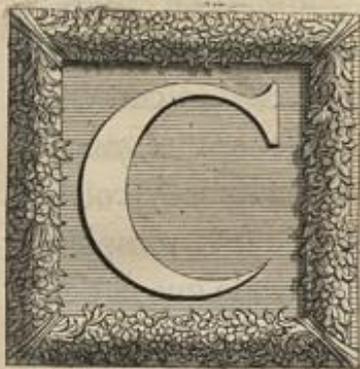
LIBRO TERCERO

Del Ingenioso Hidalgo

DON QUIXOTE DE LA MANCHA.

CAPITULO XV.

Donde se cuenta la desgraciada aventura que topò Don Quixote, en topar con unos desalmados Yanguèses.



CUENTA el fabio Cide Hamete Venengeli, que assi como Don Quixote se despidiò de sus huespedes, y de todos los que se hallàron al entierro del pastor Grisòtomo, el, y su escudero se entràron por el mesmo bosque, donde vièron que se avia entrado la pastora Marcela; y avièndo andado mas de dos horas por èl, buscàndola por todas partes, sin poder hallarla, vinièron à parar à un prado lleno de fresca yerva, junto del qual corrìa un arroyo apazible, y fresco, tanto, que combidò, y forço de passar allí las horas de la fiesta, que rigurosamente començava yà à entrar. Apeàronse Don Quixote, y Sancho, y dexando al
Jumento,

Jumento, y à Rozinante à sus anchùras, pacer de la mucha yerva, que alli avìa, dieron saco à las alforjas; y fin Ceremonia alguna en buena paz y compañia amo, y moço comièron lo que en ellas hallaron. No se avìa curado Sancho de echar sueltas à Rozinante, seguro de que le conocia por tan manso, y tan poco rijofo, que todas las yeguas de la dehesa de Cordova no le hizieran tomar mal finiestro. Ordenò, pues, la fuerte, y el diablo (que no todas vezes duerme) que andava por aquel valle pacièdo una manada de Hacas galicianas de unos harrieros Yanguèses, de los quales es costumbre festèar con su Rèqua en lugares, y sitios de yerva, y agua; y aquel donde acertò à hallarse Don Quixote, era muy à proposito de los Yanguèses. Sucediò, pues, que à Rozinante le vino en desèo de refocilarse con las Señoras facas, y saliendo, assi como las oliò, de su natural passò, y costumbre, fin pedir licencia à su dueño, tomò un trotillo algo picadillo, y se fuè à comunicar su necesidad con ellas. Mas ellas que, à lo que pareciò, devian de tener mas gana de pacer que de al, recibieronle con las herraduras, y con los dientes, de tal manera, que à poco espàcio se le rompieron las Cinchas, y quedò fin filla en pelota: Pero lo que èl devio mas de sentir fuè, que, viendo los harrieros la fuerça, que à sus Yeguas se les hazia, acudieron con estacas, y tantos palos le dieron, que le derribaron, mal parado, en el suelo.

YA en esto Don Quixote, y Sancho, que la paliza de Rozinante avian visto, llegavan hijadeando; y dixo Don Quixote à Sancho: A lo que yo veo, amigo Sancho, estos no son Cavalleros, sino gente soèz, y de baxa ralea. Dìgolo, porque bien me puedes ayudar à tomar la devida vengança

gança del agravio, que delante de nueſtros ojos ſe le ha hecho à Rozinante. Que diablos de vengança hemos de tomar, reſpondiò Sancho, ſi eſtos ſon mas de veynte, y noſotros no mas de dos, y aun quiça noſotros, fino uno, y medio? Yo valgo por ciento, replicò Don Quixote; y ſin hazer mas diſcurſos echò mano à ſu eſpada, y arremetiò à los Yangueſes, y lo miſmo hizo Sancho Pança, incitado, y movido del exemplo de ſu Amo: Y à las Primeras cuchilladas diò Don Quixote una à uno, que le abriò un fayo de cuero, de que venìa veſtido, con gran parte de la eſpalda. Los Yangueſes, que ſe vièron maltratar de aquellos dos Hombres ſolos, ſiendo ellos tantos, acudièron à ſus eſtacas, y cogiendo à los dos en medio, començaron à menudear ſobre ellos con grande ahinco, y vehemencia. Verdad es, que al ſegundo toque dieron con Sancho en el fuelo, y lo meſmo le aviò à Don Quixote, ſin que le valieſſe ſu deſtreza y buen animo: Y quiſo ſu ventura que vinièſſe à caer à los pies de Rozinante, que aun no ſe avià levantado; donde ſe echa de ver la fùria con que machacan eſtacas pueſtas en manos ruſticas y enojadas. Viendo, pues, los Yangueſes el mal recado que avian hecho, con la mayor preſteza que pudieron cargaron ſu rèqua, y figuieron ſu camino, dexando à los dos aventureros de mala traça, y de peòr Talante.

EL Primero que ſe refintiò fuè Sancho Pança, y hallandose junto à ſu Señor con voz enferma y laſtimosa dixo: Señor Don Quixote! à Señor Don Quixote! Que quieres? Sancho hermano, reſpondiò Don Quixote con el meſmo tono afeminado, y doliente que Sancho. Querria, ſi fueſſe poſſible, reſpondiò Sancho Pança, que vueſtra Merced me dieſſe:

dieffe dos tragos de aquella bebida del Fèo Bias, si es que la tiene vuestra Merced ay à mano, quiça serà de provecho para los quebrantamientos de hueffos, como lo es para las feridas. Pues à tenerla yo aqui, desgraciado yo, que nos faltaria? Respondiò Don Quixote: Mas yo te juro, Sancho Pança, à Fè de Cavallero andante, que antes que pasèn dos dias (si la Fortuna no ordèna otra cosa) la tengo de tener en mi poder, ò mal me han de andar las manos. Pues en quantos le parece à vuestra Merced, que podrèmos mover los pies? replicò Sancho Pança. De mi sè dezir, dixo el molido Cavallero Don Quixote, que no sabrè poner termino à effos Dias: Mas yo me tengo la culpa de todo, que no avia de poner mano à la espada contra hombres, que no fueffen armados Cavalleros como yo; y assi creo que en pena de aver passado las leyes de la Cavalleria, ha permitido el Dios de las Batallas, que se me dieffe este castigo; por lo qual, hermano Sancho, conviene que estès advertido en esto que aora te dirè, porque importa mucho à la Salud de entràmbos: Y es, que, quando vèas que semejante canalla nos haze algun agràvio, no aguardes à que yo ponga mano à la espada contra ellos, porque no lo harè en ninguna manera, sino pon tu mano à tu espada, y castìgalos muy à tu fabor, que si en su ayuda, y defenfa acudièren Cavalleros, yo te sabrè defender, y ofendellos con todo mi poder, que ya avràs visto por mil señaes y experiencias hasta à donde se estiende el valor deste mi fuerte braço (tal quedò de arrogante el pobre Señor con el vencimiento del valiente Vizcayno.) Mas no le pareciò tan bien à Sancho Pança el aviso de su amo, que dexàsse de responder,

der, diciendo: Señor yo soy hombre pacifico, manso, sofegado, y sè disimular qualquiera injuria, porque tengo muger, y hijos que sustèntar, y criar: assi que sèale à vuestra Merced tambien de aviso (pues no puede ser mandato) que en ninguna manera pondrè mano à la espada, ni contra villano, ni contra Cavallero; y que desde aqui para delante de Dios perdòno quantos agravios me han hecho, y han de hazer, aora me los aya hecho, ò haga, ò àya de hazer persona alta, ò baxa, rica, ò pobre, Hidalga, ò pechera, sin exceptar estado ni condicion alguna. Lo qual oydo por su Amo le respondiò: Quisiera tener aliento para poder hablar un poco descansado, y que el dolor que tengo en esta costilla se aplacàra tanto quanto, para darte à entender, Pança, el error en que estàs. Ven acà pecador, si el viento de la fortuna, hasta aora tan contrario, en nuestro favor se buelve, llevàndonos las velas del desèo, para que seguramente, y sin contraste alguno tomèmos puerto en alguna de las Infulas que te tengo prometida, que serìa de ti, si, ganàndola yo, te hiziesse Señor della? Pues lo vendràs à impossibilitar por no ser Cavallero, ni quererlo ser, ni tener valor, ni intencion de vengar tus injurias, y defender tu Señorio. Porque has de saber, que en los Reynos, y Provincias nuevamente conquistados, nunca estàn tan quietos los animos de sus naturales, ni tan de parte del nuevo Señor, que no se tenga temor de que han de hazer alguna novedad, para alterar de nuevo las cosas, y bolver, como dicen, à provar ventura: Y assi es menester, que el nuevo possessor tenga entendimiento para saberse gobernar, y valor para ofender, y defenderse en qualquier acontecimiento.

T O M. I.

R

En



En este que aora nos ha acontecido, respondiò Sancho, qui-
fièra yo tener esse entendimiento, y esse valor que vuestra
Merced dize: Mas yo le juro à Fè de pobre hombre, que
mas estoy para bizmas, que para pláticas. Mire vuestra
Merced si se puede levantar, y ayudarèmos à Rozinante,
aunque no lo merece, porque èl fuè la causa principal de
todo este molimiento. Jamàs tal creyè de Rozinante, que le
tenìa por persona casta, y tan pacifica como yo. En fin
bien dizen, que es menester mucho tiempo para venir à co-
nocer las personas, y que no ay cosa segura en esta vida.
Quien dixèra, que tras de aquellas tan grandes cuchilladas
como vuestra Merced diò à aquel desdichado Andante, avìa
de venir por la posta, y en seguimiento fuyo esta tan gran-
de tempestad de palos, que ha descargado sobre nuestras
espaldas? Aun las tuyas, Sancho, replicò Don Quixote;
deven de estàr hechas à semejantes nublados, pero las mias,
criadas entre sinabàfas, y olandas, claro està que sentiràn
mas el dolor desta desgracia. Y fino fuèsse porque imagino
(que digo, imagino) sè muy cierto, que todas estas inco-
modidades son muy anexas al exercicio de las armas, aqui
me dexarìa morir de puro enojo. A esto replicò el escude-
ro: Señor, ya que estas desgracias son de la cosecha de la
Cavallerìa, dìgame vuestra Merced, si fuceden muy ame-
nudo, ò si tienen sus tiempos limitados en que acaècen,
porque me parece à mi, que à dos cosechas quedarèmos
inutiles para la tercera, si Dios por su infinita Misericordia
no nos focorre. Sàbete, amigo Sancho, respondiò Don
Quixote, que la vida de los Cavalleros andantes està su-
geta à mil peligros, y desventuras; y ni mas ni menos està
en

en potencia propinqua de fer los Cavalleros andantes Reyes y Emperadores, como lo ha mostrado la experiencia en muchos, y diversos Cavalleros, de cuyas historias yo tengo entera noticia. Y pudièrate contar aora (si el dolor me dièra lugar) de algunos que solo por el valor de fu braço han subido à los altos grados que he contado, y estos mesmos se vieron antes y despues en diversas calamidades, y miserias: porque el valeroso Amadis de Gaula se viò en poder de fu mortal enemigo Arcalaus el Encantador, de quien se tiene por averiguado, que le diò, tenièndole preso, mas de dozientos açotes con las riendas de fu cavallo, atado à una columna de un pàtio. Y aun ày un Autor secreto, y de no poco credito, que dize, que aviendo cogido al Cavallero del Febo con una cierta trampa, que se le hundiò debaxo de los pies en cierto castillo, al caer se hallò en una honda sima debaxo de tierra, atado de pies y manos, y alli le echaròn una destas que llaman Melezinas de agua de nieve, y arena, de lo que llegò muy al cabo; y fino fuera focorrido en aquella gran cuita de un sabio grande amigo fuyo, lo pasàra muy mal el pobre Cavallero. Assi que bien puedo yo passar entre tanta buena gente, que mayores afrentas son las que estos passaron, que no las que aora nosotros passamos; porque quiero hazerte sabidor, Sancho, que no afrentan las heridas, que se dan con los instrumentos que à caso se hallan en las manos. Y esto està en la Ley del duelo escrito por palabras expresas: Que si el Zapatero dà à otro con la horma que tiene en la mano, puesto que verdaderamente es de palo, no por esso se dirà, que queda apaleado aquel à quien diò con ella. Digo esto, por-

R 2

que



que no pienfes, que, puesto que quedamos desta pendencia molidos, quedamos afrentados, porque las armas, que aquellos hombres trayan con que nos machacaron, no eran otras que estacas, y ninguno dellos (à lo que se me acuerda) tenia estoque, espada, ni puñal. No me dièron à mi lugar, respondiò Sancho, à que mirasse en tanto, porque à penas pùse mano à mi tizona, quando me fantiguaron los ombros con sus pinos, de manera, que me quitaron la vista de los ojos, y la fuerça de los pies, dando con migo à donde aora yago, y à donde no me da pena alguna el pensar, si fuè afrenta, ò no lo de los estacazos, como me la dà el dolor de los golpes, que me han de quedar tan impressos en la memòria, como en las espaldas. Con todo esso te hago saber, hermano Pança, replicò Don Quixote, que no ay memòria à quien el tiempo no acabe, ni dolor que muerte no le confuma. Pues que mayor desdicha puede fer, replicò Pança, de aquella que aguarda al tiempo que la confuma, y à la muerte que la acabe? Si esta nuestra desgracia fuera de aquellas que con un par de bizmas se curan, aun no tan malo; pero voy viendo, que no han de bastar todos los emplastos de un hospital para ponerlas en buen termino si quiera. Dèxate de esso, y faca fuerças de flaqueza, Sancho, respondiò Don Quixote, que assi harè yo, y veámos como està Rozinante, que à lo que me parece, no le ha cabido al pobre la menor parte desta desgracia. No ay de que maravillarse de esso, respondiò Sancho, siendo èl tambien de Cavallero andante. De lo que yo me maravillo es, de que mi Jumento aya quedado libre, y sin costas, donde nosotros salimos sin costillas. Siempre dexa la ventura
una

una puerta abierta en las desdichas, para dar remedio à ellas, dixo Don Quixote. Dìgolo porque essa bestezuela podrá sùplir aora la falta de Rozinante, llevàndome à mi desde aqui à algun castillo donde sèa curàdo de mis feridas. Y mas que no tendrè à dèshonra la tal Cavallerìa, porque me acuèrdo avèr leydo, que aquel buen viejo Sileno, ayo y pedagogo del alègre Dios de la rifa, quando entrò en la Ciudad de las cien puertas, iba muy à su plazer Cavallero sobre un muy hermòso asno. Verdad serà que èl devìa de ir Cavallero como vuestra Merced dize, respondiò Sancho; pero ày gran diferencia del ir Cavallero, al ir atravesàdo como costal de vasura. A lo qual respondiò Don Quixote, las feridas, que se reciben en las batallas, antes dan honra que la quitan. Assi que, Pança amigo, no me repliques mas, fino como ya te he dicho, levàntate lo mejor que pudières, y pònme, de la manera que mas te agradare, encima de tu jumento, y vàmós de aqui antes que la noche venga, y nos faltèe en este despoblàdo. Pues yo he oydo dezir à vuestra Merced, dixo Pança, que es muy de Cavalleros andantes el dormir en los pàramos y desièrtos lo mas del año, y que lo tiènen à mucha ventura. Effo es, dixo Don Quixote, quando no puèden mas, ò quando estàn enamoràdos; y es tan verdad esto, que ha avido Cavallero que se ha estàdo sobre una peña al Sol y à la sombra, y à las inclemèncias del Cielo dos años fin que lo supiéssè su Señora. Y uno destos fuè Amadis, quando, llamàndose Beltenebros, se àloxò en la peña pobre, ni sè si ocho años, ò ocho meses, que no estoy muy bien en la cuenta: basta que èl estùvo alli haziendo penitencia por
no

no sè que finfabòr que le hizo la Señora Oriana. Pero dexèmos yà esto, Sancho, y acàba antes que fucèda otra desgracia al jumento, como à Rozinante. Aun ahì ferìa el Diablo, dixo Sancho; y despidièndo treynta ayes y sesenta suspiros, y ciento, y veynte pesetes, y reniegos de quien allì le avìa traydo, se levantò, quedàndose agoviado en la mitad del camino, como arco Turquesco, fin podèr acabar de endereçarse; y con todo este trabajo aparejò su asno, que tambien avìa andado algo des traydo con la demasiada libertad de aquel dia. Levantò luego à Rozinante, el qual si tuvièra Lengua con que quexarse, à buen segùro que Sancho, ni su Amo no le fuèran en çaga. En resolucion Sancho acomodò à Don Quixote sobre el asno, y pùso de reata à Rozinante, y llevando al asno del cabèstro, se encaminò poco mas à menos hàzia donde le pareciò que podia estar el camino real. Y la fuerte, que sus cosas de bien en mejor iba guiando, aun no huvò andado una pequeña legua, quando le deparò el camino, en el qual descubriò una venta, que, à pesar fuyo, y gusto de Don Quixote, avia de ser castillo. Porfiava Sancho que era venta, y su Amo que no, fino castillo; y tanto durò la porfia que tuvièron lugar, fin acabarla, de llegar à ella, en la qual Sancho se entrò fin mas averiguacion con toda su rèqua.

C A P I -



CAPITULO XVI.

*De lo que le sucediò al ingenioso Hidalgo en la Venta, que
èl imaginàva ser castillo.*

EL Ventero que viò à Don Quixote atravesàdo en el asno, preguntò à Sancho, que mal trayà? Sancho le respondiò, que no era nada, fino que avia dado una cayda de una peña abaxo, y que venia algo brumadas las costillas. Tenìa el ventero por muger à una, no de la condicion que fuèlen tener las de semejante trato, porque naturalmènte era caritativa, y se dolìa de las calamidades de sus proximos, y assi acudiò luego à curar à Don Quixote, y hizo que una hija fuya, donzella, muchàcha, y de muy buen parecer, la ayudasse à curar à su huesped. Servìa en la venta assi mesmo una moça Asturiana, ancha de cara, llana de cogòte, de nariz roma, de un ojo tuèrta, y del otro no muy sana. Verdad es, que la gallardia del cuèrpo suplìa las demas faltas. No tenìa siete palmos de los pies à la cabèça, y las espaldas que algun tanto le cargavan, la hazian mirar el suelo mas de lo que ella quisièra. Esta gentil moça, pues, ayudò à la donzella, y las dos hizieron una muy mala cama à Don Quixote en un camaranchon, que en otros tiempos dava manifestos indicios, que avia servido de pajar muchos años, en el qual tambien aloxàva un harrièro que tenìa su cama hecha un poco mas allà de la de nuestro Don Quixote. Y aunque era de las enxalmas y mantas de sus machos, hazìa mucha ventaja à la de Don Quixote, que solo contenìa quatro mal lisas tablas

blas sobre dos no muy iguales bancos, y un colchon que en lo futil parecia colcha, lleno de bodòques, que à no mostrar, que eran de lana por algunas roturas, al tiènto en la dureza femejavan de guijàrro, y dos Sàbanas hechas de cuero de adarga, y una fraçada, cuyos hilos, si se quisièran contar, no se perdièra uno solo de la cuenta. En esta maldita cama se acostò Don Quixote, y luego la ventera, y su hija le emplastaron de arriba à baxo, alumbràndoles Maritornes (que assi se llamava la Asturiana;) y como al bizmalle, vièsse la ventera tan acardenalado à partes à Don Quixote, dixo, que aquello mas parecian golpes, que cayda. No fuèron golpes, dixo Sancho, fino que la peña tenia muchos picos, y tropeçones, y que cada uno avia hecho su cardenal. Y tambien le dixo: haga vuestra Merced, Señora, de manèra que queden algunas estopas, que no faltará quien las aya menester, que tambien me duelen à mi un poco los Lomos. Dessà manera, respondiò la ventera, tambien devisteis vos de caer? No cayè, dixo Sancho Pança, fino que del sobresàlto que tomè de ver caer à mi Amo, de tal manera me duele à mi el cuerpo, que me parece que me han dado mil palos. Bien podrá ser effo, dixo la donzella, que à mi me ha acontecido muchas vezes soñar, que cayà de una torre à baxo, y que nunca acabava de llegar al suelo, y quando despertava del sueño, hallàvame tan molida, y quebrantada, como si verdaderamente huviera caydo. Ay està el toque, Señora, respondiò Sancho Pança, que yo sin soñar nada, fino estando mas despierto que aora estoy, me hallo con pocos menos cardenales que mi Señor Don Quixote. Como se llama este Cavallero
pre-



Jn. Vanderbank inv. et Delin.
Vol. I. p. 123

Ger. Vanderhucht sculp.
10





preguntò la Asturiana Maritornes? Don Quixote de la Mancha, respondiò Sancho Pança; y es Cavallero aventurèro, y de los mejòres, y mas fuertes, que de luengos tiempos acà se han visto en el mundo. Que es Cavallero aventurèro? replicò la moça. Tan nueva foys en el mundo que no lo fabeys vos? respondiò Sancho Pança. Pues sabed, hermana mia, que Cavallero aventurèro es una cosa, que en dos palabras, se vè apaleàdo, y Emperador. Oy està la mas defdichàda criatura del mundo, y la mas menesteròsa, y mañana tendrá dos, ò tres coronas de Reynos que dar à su Escudèro. Pues como vos, siéndolo de este tan buen Señor, dixo la ventèra, no tenèys, à lo que parece, si quièra algun condado? Aun es tempràno, respondiò Sancho, porque no hà fino un mes que andàmos buscando las aventuras, y hasta aora no hèmòs topado con ninguna que lo sèa: Y tal vez ày, que se busca una cosa, y se halla otra. Verdad es que si mi Señor Don Quixote sana desta herida, ò cayda, y yo no quedo contrahecho della, no trocarìa mis esperànças con el mejor titulo de España.

TODAS estas pláticas estàva escuchando muy atento Don Quixote, y sentàndose en el lecho como pùdo, tomando de la mano à la ventera, le dixo: Creèdme, hermosa Señora, que os podèys llamar venturosa por aver alojàdo en este vuestro castillo à mi persona, que es tal, que si yo no la alabo es, por lo que fuele dezirse, que la alabanza propia envilece; pero mi escudero os dirà quien soy. Solo os digo, que tendrè eternamente escrito en mi memoria el servicio, que me avedes fecho, para agradecèroslo mientras la vida me duràre. Y pluguièra à los altos cielos; que el amor

T O M. I.

S

no



no me tuvièra tan rendido, y tan fugèto à sus leyes, y los ojos de aquella hermosa ingrata (que digo entre mis dientes) que los desta hermosa donzella fuèran Señores de mi libertad.

CONFUSAS estàvan la ventera, y su hija, y la buena de Maritornes oyèdo las razones del andante Cavallero, que assi las entèndian, como si hablàra en Griego; aunque bien alcançaron, que todas se encaminàvan à ofrecimientos, y requièbros: Y como no usadas à semejante lenguaje, miràvanle, y admiràvanse, y parecìales otro hombre de los que se usàvan, y agradecièndole con venteriles razones sus ofrecimientos, le dexaron. Y la Asturiana Maritornes curò à Sancho, que no menos lo avia menestèr que su amo. Avia el harrièro concertado con ella, que aquella noche se refocilarian juntos, y ella le avia dado su palabra, de que en estàndo fòsègados los huespedes, y durmiendo sus amos, le iria à buscar, y satisfacèrle el gusto en quanto le mandàsse. Y cuèntase desta buena moça, que jamas diò semejantes palabras, que no las cumplièsse, aunque las dièsse en un monte, y sin testigo alguno, porque presumia muy de Hidalga, y no tenia por afrenta estàr en aquel exercicio de servir en la venta; porque dezia ella, que desgracias y malos succèssos le avian traydo à aquel estado.

EL dũro, estrècho, apocado, y fementido lecho de Don Quixote estàva primero en mitad de aquel estrellado establo, y luego junto à èl hizo el fuyo Sancho, que solo contenia una estera de enèa, y una manta, que antes mostrava sèr de angèo tundido que de lana. Sucedia à estos dos lechos el del harrièro, fabricado, como ya se ha dicho, de las enjalmas

jalmas, y de todo el adorno de los dos mejores Mulos que traÿa, aunque eran doze, luzios, gordos, y famosos, porque era uno de los ricos harrieros de Arevalo, segun lo dize el autor desta historia, que deste harriero haze particular mention, porque le conocia muy bien; y aun quieren dezir que era algo pariente fuyo: Fuèra de que Cide Hamete Benengeli fuè historiador muy curioso, y muy puntual en todas las cosas; y echase bien de ver, pues las que quedan referidas, con ser tan minimas, y tan ratèras, no las quiso passar en silencio. De donde podràn tomar exemplo los historiadores graves que nos cuentan las acciònes tan corta, y fuccintamènte, que à penas nos llegan à los labios, dexàndose en el tintèro, ya por descuydo, por malicia, ò ignorancia lo mas substancial de la obra. Bien aya mil vezes el autor de Tablante, de Ricamonte, y aquel del otro libro donde se cuentan los hechos del conde Tomillas, y con que puntualidad lo describen todo.

DIGO, pues, que despues de aver visitado el harriero à su requa, y dàdole el segundo pienso, se tendiò en sus enjalmas, y se diò à esperar à la puntualissima Maritornes. Ya estàva Sancho bismado y acostado, y aunque procuràva dormir, no lo consentia el dolor de sus costillas; y Don Quixote con el dolor de las fuyas tenia los ojos abièrtos como liebre. Toda la venta estàva en silencio, y en toda ella no avia otra luz que la que dava una lampara, que colgada en medio del portal ardìa. Esta maravillosa quietud, y los pensamiètos que siempre nuestro Cavallèro traÿa de los fucèssos, que à cada passò se cuentan en los libros, autores de su desgràcia, le truxo à la imaginacion una de



las mas estrañas locuras, que buenamente imaginarse pueden: Y fuè, que èl se imaginò aver llegado à un famoso castillo (que, como se ha dicho, castillos eran à su parecer todas las ventas donde alojaba) y que la hija del ventero lo era del Señor del castillo, la qual, vencida de su gentileza, se avia enamorado dèl, y prometido, que aquella noche, à furto de sus padres, vendria à yàzer con èl una buena pieza: Y teniendo toda esta quimera (que èl se avia fabricado) por firme y valedera, se començo à acuitar, y à pensar en el peligroso trance en que su honestidad se avia de ver; y propùso en su coraçon de no cometer alevosia à su Señora Dulcinea del Toboso, aunque la mesma Reyna Ginebra con su dama Quintañoa se le pusièssen delante.

PENSANDO, pues, en estos disparates, se llegó el tiempo, y la hora (que para èl fuè menguada) de la venida de la Asturiana, la qual en camisa, y descalça, cogidos los cabellos en una alvanega de fustàn, con tàcitos, y atentados passos entrò en el aposento, donde los tres alojavan, en busca del harriero. Pero à penas llegó à la puerta, quando Don Quixote la sintiò, y sentàndose en la cama à pesar de sus bizmas, y el Dolor de sus costillas, tendiò los braços para recibir à su hermosa donzella la Asturiana, que toda recogida, y callando, iba con las manos delante buscando à su querido. Topò con los braços de Don Quixote, el qual la asìo fuertemente de una muñeca, y tiràndola hàzia si (sin que ella osàsse hablar palabra) la hizo sentar sobre la cama. Tentòle luego la camisa, y aunque ella era de harpillera, à èl le pareciò ser de finissimo, y delgado cendal. Traya en las muñecas unas cuentas de vidro, pero à
èl



In^o Vanderbank inv. et delin.
Vol. I. P. 132.

Ger. VanderGucht sculp. II





èl le dieron vislumbres de preciosas perlas orientales. Los cabellos, que en alguna manera tiravan a crines, èl los marcò por hebras de luzidissimo oro de Arabia, cuyo Resplandor al del mesmo Sol escurecìa: Y el aliento, que sin duda alguna olià à ensalada fiambre, y trasnochada, à èl le pareciò que arrojàva de su boca un olor suave y aromático: Y finalmente èl la pintò en su imaginacion de la misma traça, y modo de lo que avìa leydo en sus libros de la otra Princesa, que vino à ver el mal ferido Cavallero, vencida de sus amores, con todos los adornos que aqui van puestas. Y era tanta la ceguedad del pobre Hidalgo, que el tacto, ni el aliènto, ni otras cosas que traÿa en sí la buena donzella, no le defengañavan, las quales pudièran hazer vomitar à otro, que no fuèra harriero. Antes le parecia, que tenìa entre sus brazos à la Diosa de la hermosura. Y tenièndola bien asida, con voz amorosa, y baxa le començò à dezir: Quisiera hallarme en terminos, hermosa, y alta Señora, de poder pagar tamaña merced como la que con la vista de vuestra gran hermosura me avèdes fecho; pero ha querido la fortuna (que no se cansa de perseguir à los buenos) ponerme en este lecho, donde yago tan molido, y quebrantado, que aunque de mi voluntad quisiera satisfacer à la vuestra, fuèra imposible: Y mas que se añade à esta imposibilidad otra mayor, que es la prometida fe que tengo dada à la fin par Dulcinea del Toboso, unica Señora de mis mas escondidos pensamientos, que si esto no huviera de por medio, ne fuèra yo tan sandio Cavallero, que dexàra passar en blanco la venturosa ocasion en que vuestra gran bondad me ha puesto. Maritornes estàva congojadissima, y trasu-

dando

dando de verse tan asida de Don Quixote, y sin entender, ni estar atenta à las razones que le dezìa, procuràva, sin hablar palabra, desafirse. El bueno del harriero, à quien tenian despierto sus malos desèos, desde el punto que entrò su coyma por la puerta, la fintiò, y estùvo atentamente escuchando todo lo que Don Quixote dezìa; y zeloso de que la Asturiana le huvièsse faltado à la palabra pro otro, se fuè llegando mas al lecho de Don Quixote, y estùvose quedo hasta ver en que paràvan aquellas razones, que èl no podia entender. Pero como viò, que la moça forcejàva por desafirse, y Don Quixote trabajava por tenerla, parecièndole mal la burla, enarbolò el braço en alto, y descargò tan tèrrible puñada sobre las estrechas Quixadas del enamorado Cavallero, que le bañò toda la boca en sangre: Y no contento con esto, se le fubiò encima de las costillas, y con los pies, mas que de trote, se las pasèo todas de cabo à cabo. El lecho que era un poco endeble, y de no firmes fundamentos, no pudiendo sufrir la añaadidura del harriero, diò con figo en el suelo, à cuyo gran ruýdo despertò el ventero, y luego imaginò que devian de ser pendencias de maritornes, porque aviendola llamado à voces, no respondìa. Con esta sospècha se levantò, y encendiendo un candil, se fuè hàzia donde avìa sentido la pelàza. La moça, viendo que su amo venìa, y que era de condicion terrible, toda medrosica, y alborotàda, se acogìo à la cama de Sancho Pança, que aun dormia, y alli se acorrucò y se hizo un ovillo. El ventero entrò diziendo: A donde estas puta? A buen seguro que son tus cosas estas. En esto despertò Sancho, y sintiendo aquel bulto casi encima de si, pensò,

pensò, que tenia la pesadilla, y començò à dar puñadas à una y otra parte, y entre otras alcançò con no sè quantas à Maritornes, la qual, sentida del dolor, echàndo à rodar la honestidad, diò el retorno à Sancho con tantas, que à su despecho le quitò el fueño; el qual vièndose tratar de aquella manera, y sin saber de quien, alçàndose como pudo, se abraçò con Maritornes, y començaron entre los dos la mas reñida, y graciosa escaramùça del mundo. Viendo, pues, el harriero à la lumbre del candil del ventero, qual andava su dama, dexando à Don Quixote, acudiò à dalle el socorro necessàrio. Lo mismo hizo el ventero, pero con intencion diferente, porque fuè à castigar à la moça, creyèndo sin duda, que ella sola era la occasion de toda aquella harmonia. Y assi como fuele dezirse: El gato al rato, el rato à la cuerda, la cuerda al palo: Dava el harriero à Sancho, Sancho à la moça, la moça à el, el ventero à la moça, y todos menudeàvan con tanta prieda, que no se davan punto de reposo; y fuè lo bueno que al ventero se le apagò el candil, y como quedaròn à escuras, davanse tan sin compassion todos à bulto, que, à do quièra que ponian la mano, no dexàvan cosa sana.

ALOXÀVA à caso aquella noche en la venta un Quadrillero de los que llaman de la Santa Hermandad vieja de Toledo, el qual oyèndo assimesmo el estraño estruendo de la pelèa, asìò de su media vara, y de la caja de lata de sus titulos, y entrò à escuras en el aposento diziendo: Tènganse à la Justicia: Tènganse à la Santa Hermandad: Y el primero con quien topò, fuè con el apuñeado de Don Quixote, que estàva en su derribado lecho, tendido boca
arriba

arriba sin sentido alguno; y echándole à tiento mano à las barbas, no cesàva de dezir: favor à la Justicia; pero viendo que el que tenia afido no se bullia, ni meneàva; se diò à entender, que estàva muerto, y que los que alli dentro estavan, eran sus matadores; y con esta sospecha reforçò la voz diziendo: Cièrrese la puerta de la venta, miren no se vaya nadie, que han muerto aqui à un hombre. Esta voz sobrefaltò à todos, y cada qual dexò la pendencia en el grado que le tomò la voz. Retiròse el ventero à su aposento, el harriero à sus enjalmas, la moça à su rancho: solos los desventurados Don Quixote, y Sancho no se pudieron mover de donde estavan. Soltò en esto el Quadrillero la barba de Don Quixote, y saliò à buscar luz para buscar, y prender los delinquentes, mas no la hallò; porque el ventero de industria avia muerto la lampara, quando se retirò à su estancia, y fuèle forçoso acudir à la Chiminea, donde con mucho trabajo y tiempo encendiò el quadrillero otro candil.

C A P I T U L O XVII.

Donde se prosiguen los innumerables trabajos, que el bravo Don Quixote, y su buen escudero Sancho Pança pasaron en la venta, que por su mal pensò que era castillo.

AVIA yà buelto en este tiempo de su paraíso Don Quixote, y con el mesmo tono de voz con que el dia antes avia llamado à su escudero, quando estàva tendido en el val de las estacas, le començò à llamar diziendo;

do: Sancho amigo duermes? Duermes amigo Sancho? Que tengo de dormir, pesia à mi, respondiò Sancho lleno de pesadumbre, y de despecho, que no parece fino que todos los Diablos han andado con migo esta noche. Puèdesflo crèer assi fin duda, respondiò Don Quixote, porque ò yo sè poco, ò este castillo es encantado: Porque has de fabèr: Mas esto, que aora te quiero dezir, hafme de jurar, que lo tendràs secrèto hasta despues de mi muerte. Si juro, respondiò Sancho. Dìgolo, replicò Don Quixote, porque soy enemigo de que se quite la honra à nadie. Digo que si juro, tornò à dezir Sancho, que lo cellarè hasta despues de los dias de vuestra Merced, y plega à Dios, que lo pueda descubrir mañana. Tan malas obras te hago, Sancho, respondiò Don Quixote, que me querrias ver muerto con tanta brevedad? No es por effo, respondiò Sancho, fino porque soy enemigo de guardar mucho las cosas, y no querria que se me pudrièssen de guardadas. Sea por lo que fuère, dixo Don Quixote, que mas fio de tu amor, y de tu cortesìa: Y assi has de saber, que esta noche me hà sucedido una de las mas estrañas aventùras, que yo fabrè encarecèr; y por contartela en breve, fabràs, que poco hà que à mi vino la hija del Señor deste castillo, que es la mas apuesta, y fermosa donzella, que en gran parte de la tierra se puede hallar. Que te podria dezir del adorno de su persona? Que de su gallardo entendimiento? Que de otras cosas ocultas, que por guardar la Fè que devo à mi Señora Dulcinea del Toboso, dexarè passar intactas, y en silencio? Solo te quiero dezir, que, envidioso el cielo de tanto bien como la ventura me avia puesto en las manos, ò quiça (y

T o m. I.

T

esto



esto es lo mas cierto) que, como tengo dicho, es encantado este castillo, al tiempo que yo estàva con ella en dulcissimos, y amorosissimos coloquios, fin que yo la vièsse, ni supiéssè por donde venìa, vino una mano pegada à algun braço, de algun descomunal Gigante, y asentòme una puñada en las quixadas, tal, que las tengo todas bañadas en sàngre, y despues me moliò de suèrte, que estoy peor que ayèr, quando los harrieros, por demasias de Rozinante, nos hizieron el agravio que sabes. Por donde conjeturo, que el tesoro de la fermosura desta Donzella le deve de guardar algun encantado Moro, y no deve de ser para mi. Ni para mi tampoco, respondiò Sancho, porque mas de quatrocientos Moros me han aporreàdo de manera, que el molimiento de las estàcas, fuè tortas y pan pintado. Pero digame, Señor, como llama à esta buena, y rara aventura, aviendo quedado della qual quedamos? Aun vuestra Merced menos mal, pues tuvo en sus manos aquella incomparable fermosura, que ha dicho: Pero yo que tuve, fino los mayores porrazos, que pienso recibir en toda mi vida? Desdichado de mi, y de la madre que me pariò, que ni soy Cavallero andante, ni lo pienso ser jamas, y de todas las malandanças me cabe la mayor parte. Luego tambien estàs tu aporreàdo? respondiò Don Quixote. No le hè dicho que sí, pese à mi linage, dixo Sancho. No tengas pena, amigo, dixo Don Quixote, que yo harè aora el bàlsamo precioso, con que senarèmos en un abrir, y cerrar de ojos. Acabò en esto de encender el candil el quadrillero, y entrò à ver el que pensava que era muerto; y assi como le viò entrar Sancho, viendole venir en camisa, y con su paño

ño de cabeça, el candil en la mano, y con una muy mala cara, preguntò à su Amo: Señor, si ferà este, à dicha el Moro encantado, que nos buelve à castigar, si se dexò algo en el tintero? No puede fer el Moro, respondiò Don Quixote, porque los encantados no se dexan ver de nàdie. Si no se dexan ver, dexanse sentir, dixo Sancho; fino diganlo mis espaldas. Tambien lo podrian dezir las mias, respondiò Don Quixote, pero no es bastante indicio esse para creer, que este que se vè, sea el encantado Moro.

LLEGÒ el quadrillero, y como los hallò hablando en tan sossegada conversacion, quedò suspèso. Bien es verdad que aun Don Quixote se estàva boca arriba, sin poderse meneàr de puro molido, y emplastado. Llegòse à èl el quadrillero, y dixole: Pues como và, buen hombre? Hablàra yo mas bien criado, respondiò Don Quixote, si fuèra que vos. Usafe en esta tierra hablar dessa fuerte à los Cavalleros andantes, majadero? El quadrillero que se viò tratar tan mal de un hombre de tan mal parecer, no lo pudo sufrir, y alçando el candil con todo su azeyte, diò à Don Quixote con èl, en la cabeça de fuerte, que le dexò muy bien descalabrado, y como todo quedò à escuras, saliòse luego: Y Sancho Pança dixo: Sin duda, Señor, que este es el Moro encantado, y deve de guardar el tesoro para otros, y para nosotros solo guarda las puñadas, y los candilazos. Assi es, respondiò Don Quixote, y no ay que hazer caso destas cosas de encantamientos, ni ay para que tomar còlera, ni enojo con ellas, que como son invisibles, y fantàsticas, no hallarèmos de quien vengarnos, aunque mas lo procurèmos. Levantate Sancho, si puèdes, y llama al Alcaide de esta forta-



leza, y procura que se me de un poco de azeite, vino, sal, y romero, para hazer el salutifero balsamo, que en verdad que creo, que lo he menester aora; porque se me va mucha sangre de la herida que esta fantasma me ha dado.

LEVANTOSE Sancho con harto dolor de sus huesos, y fue a escuras donde estava el ventero, y encontrandose con el quadrillero, que estava escuchando en que parava su enemigo, le dixo: Señor quienquiera que seays, hazednos Merced, y beneficio de darnos un poco de romero, azeite, sal, y vino, que es menester para curar uno de los mejores Cavalleros andantes, que ay en la tierra, el qual yaze en aquella cama mal ferido por las manos del encantado Moro, que esta en esta venta. Quando el quadrillero tal oyò, tuvole por hombre falso de feo. Y porque ya comenzava a amanecer, abrió la puerta de la venta, y llamando al ventero, le dixo lo que aquel buen hombre queria. El ventero le proveyò de quanto quiso, y Sancho se lo llevó a Don Quixote, que estava con las manos en la cabeza, quejandose del dolor del candilazo, que no le avia hecho mas mal, que levantarle dos chichones algo crecidos, y lo que el pensava que era sangre, no era sino sudor, que sudava con la congoxa de la passada tormenta. En resolucion el tomó sus simples, de los quales hizo un compuesto, mezclandolos todos y coziendolos un buen espacio, hasta que le pareció que estaban en su punto. Pidió luego alguna redoma para echallo, y como no la hubo en la venta, se resolvió de ponello en una alcuza, o azeitera de hoja de lata, de quien el ventero le hizo grata donacion. Y luego dixo sobre la alcuza mas de ochenta Paternosters, y otras tantas Ave Marias, Salves, y Credos, y
à

à cada palabra acompañava una Cruz à modo de benedición, à todo lo qual se hallaron presentes Sancho, el ventero, y quadrillero ; que yà el harriero fofiegadamente andava entendiendo en el beneficio de fus machos.

HECHO esto, quiso el mesmo hazer luego la experiencia de la virtud de aquel precioso bálamo, que el se imaginava : Y assi se beviò de lo que no pudo caber en la alcuza, y quedava en la olla donde se avia cozido, casi medio azumbre, y a penas lo acabò de bevèr, quando començò à vomitar de manera, que no le quedò cosa en el estòmago, y con las ansias, y agitacion del vòmito, le diò un Sudor copiosissimo, por lo qual mandò, que le arropàssen, y le dexàssen solo. Hizièronlo assi, y quedòse dormido mas de tres horas, al cabo de las quales despertò, y se finitiò aliviadissimo del cuerpo, y en tal manera mejor de su quebrantamiènto, que se tuvo por sano. Y verdaderamente creyò que avia acertado con el bálamo de Fierabras, y que con aquel remedio podia acometèr desde alli adelante sin temor alguno qualesquiera ruynas, batallas, y pependencias por peligrosas que fuèssen.

SANCHO Pança, que tambien tuvo à milagro la mejorìa de su Amo, le rogò que le dièsse à el lo que quedava en la olla, que no era poca cantidad. Concediòselo Don Quixote, y el, tomàndola à dos manos, con buena Fè, y mejor talante se la echò à pechos, y envasò bien poco menos que su Amo. Es, pues, el caso, que el estòmago del pobre Sancho no devìa de ser tan delicado, como el de su Amo, y assi primero que vomitàsse, le dièron tantas ansias, y vascas con tantos trasudòres, y desmayos, que el pensò
bien,

bien, y verdaderamente, que era llegada su ultima hora : Y viendose tan aflixido, y congoxado, maldezia el bálamo, y el ladron que se lo avia dado. Viéndole assi Don Quixote, le dixo : Yo creo, Sancho, que todo este mal te viene de no sèr armado Cavallero, porque tengo para mi, que este licòr no deve de aprovechar à los que no lo son. Si esto sabìa vuestra Merced, replicò Sancho, mal aya yo, y toda mi parentela, para que consintió que lo gustasse? En esto hizo su operacion el brevage, y començò el pobre escudero à defaguarfe por entrambas canales con tanta priessa, que la estera de enea sobre quien se avia buuelto à echar, ni la manta de angeò con que se cubria, fueron mas de provecho. Sudava, y trafudava con tales parasismos, y accidentes, que no solamente el, sino todos pensaron, que se le acabava la vida. Duròle esta borrasca y mala andança casi dos horas, al cabo de las quales no quedò como su Amo, sino tan molido y quebrantado, que no se podia tener. Pero Don Quixote, que, como se ha dicho, se sintió aliviado y sano, quiso partirse luego à buscar aventuras, pareciéndole, que todo el tiempo, que alli se tardava, era quitarsele al mundo, y à los en el menesteròs de su favor y amparo ; y mas con la seguridad y confiança que llevava en su bálamo : Y assi, forçado deste deseò, el mismo enfillò à Rozinante, y enalbardò al Jumento de su escudero, à quien tambien ayudò à vestir, y à subir en el asno. Pùsofe luego à cavallo y llegandòse à un rincon de la venta, asió de un lançon, que alli estava para que le sirviessè de lança. Estavanle mirando todos quantos avia en la venta, que passavan de mas de veynte personas. Mirà-
vare

vale tambien la hija del ventero, y èl tambien no quitava los ojos della, y de quando en quando arrojaba un suspiro, que parecia que lo arrancava de lo profundo de sus Entrañas, y todos pensavan, que devia de ser del dolor que sentia en las costillas, alomenos pensavanlo aquellos que la noche antes le avian visto bizmar.

YA que estuvièron los dos à Cavallo, puesto à la puerta de la venta, llamò al ventero, y con voz muy reposada y grave le dixo: Muchas y muy grandes son las mercedes, señor Alcayde, que en este vuestro castillo he recebido, y quedo obligadissimo à agradeceròslas, todos los dias de mi vida. Si os las puedo pagar en hazèros vengado de algun sobervio, que os aya fecho algun agràvio, sabed que mi officio no es otro, sino valer à los que poco pueden, y vengar à los que reciben tuertos, y castigar alevosias. Record vuestra memoria, y si hallays alguna cosa deste Jaez, que encomendarme, no ay sino dezilla, que yo os prometo por la orden de Cavallero que recebi, de fazèros satisfecho, y pagado à toda vuestra voluntad. El ventero le respondiò con el mesmo sosiego, Señor Cavallero, yo no tengo necesidad de que vuestra Merced me vengue ningun agràvio, porque yo sè tomar la vengança que me parece, quando se me hazen: Solo hè menester, que vuestra merced me pague el gasto, que esta noche hà hecho en la venta, assi de la paja, y cevada de sus dos bestias, como de la cena, y camas. Luego venta es esta, replicò Don Quixote? Y muy honrada, respondiò el ventero. Engañado he vivido hasta aqui, respondiò Don Quixote, que en verdad pensè, que era castillo, y no malo; pero pues es assi que no es castillo

tillo fino venta, lo que se podrá hazer por aora es, que perdoneis por la paga, que yo no puedo contravenir à la orden de los Cavalleros andantes, de los quales se cierto (sin que hasta aora aya leydo cosa en contrario) que jamas pagaron posada, ni otra cosa en venta donde estuviessen, porque se les deve de fuero, y de derecho qualquier buen acogimiento, que se les hiziere, en pago del infufrible trabajo que padecen, buscando las aventuras de noche, y de dia, en invierno, y en verano, à pie, y à cavallo, con sed, y con hambre, con calor, y con frio, sujetos à todas las inclemencias del cielo, y à todos los incòmodos de la tierra. Poco tengo yo que ver en esto, respondiò el ventero: Paguefeme lo que se me deve, y dexemonos de cuentos, ni de Cavallerias, que yo no tengo cuenta con otra cosa, que con cobrar mi hazienda. Vos soys un sandio, y mal hostalero, respondiò Don Quixote, y poniendo piernas à Rozinante, y terciando su lançon, se saliò de la venta, sin que nadie le detuvièsse; y el, sin mirar si le seguia su escudero, se alongò un buen trecho.

EL ventero, que le viò ir, y que no le pagava, acudiò à cobrar de Sancho Pança, el qual dixo, que pues fu Señor no avia querido pagar, que tampoco el pagaria, porque siendo el escudero de Cavallero andante, como era, la mesma regla, y razon corria por el como por su amo, en no pagar cosa alguna en los mesones, y ventas. Amohinòse mucho desto el ventero, y amenaçòle, que fino le pagava, que lo cobrarìa de modo, que le pesasse. A lo qual Sancho respondiò, que por la Ley de Cavalleria, que fu amo avia recebido, no pagaria un solo cornado aunque le costasse la vida; porque

porque no avia de perder por èl la buena, y antigua usança de los Cavalleros andantes, ni se avian de quejar dèl, los escuderos de los tales, que estàvan por venir al mundo, reprochàndole el quebrantamiento de tan justo fuèro.

QUISO la mala fuerte del desdichado Sancho, que entre la gente que estàva en la venta, se hallàssen quatro peylayres de Segovia, tres agujeros del potro de Cordova, y dos vezinos de la heria de Sevilla, gente alegre, bien intencionada, maleante, y juguetona; los quales, casi como instigados, y movidos de un mismo espiritu, se llegaron à Sancho, y apeàndole del asno, uno dellos entrò por la manta de la cama del huesped; y echàndole en ella, alçaron los ojos, y vièron que el techo era algo mas baxo de lo que avian menester para su obra, y determinaron salirse al corral, que tenia por limite el cielo. Y alli puestò Sancho en la mitad de la manta, començaron à levantàrle en alto, y à holgàrse con èl como con perro por carneistolendas. Las voces que el mifero manteado davà fuèron tantas, que llegaron à los oydos de su amo, el qual, detenièndose à escuchar atentamente, creyo que alguna nueva aventura le venia; hasta que claramente conociò, que el que gritava era su escudero; y bolviendo las riendas con un penado galope llegò à la venta, y hallandola cerrada, la rodeò por ver, si hallava por donde entrar. Pero no huvò llegado à las paredes del corral (que no eran muy altas) quando viò el mal Juego, que se le hazia à su escudero. Viòle baxar y subir por el ayre con tanta gracia, y presteza, que si la còlera le dexàra, tengo para mi que se riera. Provò à subir desde el cavallo à las bardas, pero estàva tan molido, y quebrantado, que aun apeàrse no pùdo; y assi

T O M. I.

U

desde



desde encima del cavallo començò à dezir tantos denuèstos y baldones à los que à Sancho manteàvan, que no es possible acertar à escrivillos: Mas no por esto cesàvan ellos de furisa y de su obra, ni el volador de Sancho dexàva sus queixas, mezcladas ya con Amenazas, yà con ruègos; mas todo aprovechàva poco, ni aprovechò hasta que de puro cansados le dexàron. Truxèronle alli su asno, y fubriendole encima, le arropàron con su gavan. Y la compasiva de Maritornes vièndole tan fatigado, le pareciò ser bien socorrelle con un Jarro de agua, y assi le truxo del pozo por ser mas fria. Tomòle Sancho, y llevàndole à la boca, se parò à las voces, que su amo le dava, diciendo: hijo Sancho, no bèvas agua, hijo no la bèvas, que te matarà: vès, aqui tengo el Santissimo bàlfamo (y enseñàvale la alcuza del brevage) que con dos gotas que dèl bèvas, sanaràs sin duda. A estas voces bolviò Sancho los ojos como de travès, y dixo con otras mayores: Por dicha hàsele olvidado à vuestra Merced, como yo no soy cavallero, ò quiere que acabe de vomitar las entrañas que me quedàron de à noche. Guarde su licor con todos los diablos, y dèxeme à mi. Y el acabar de dezir esto, y el començar à bèver todo fuè uno: Mas como al primer trago viò que era agua, no quiso passar adelante, y rogò à Maritornes que se le truxèsse de vino, y assi lo hizo ella de muy buena voluntad, y lo pagò de su mesmo dinero; porque en efeto se dize della, que, aunque estàva en aquel trato, tenìa unas sombras, y lexos de Christiana. Assi como beviò Sancho, diò de los carcaños à su asno, y abriendole la puerta de la venta de par en par, se saliò della muy contento de no aver pagado nada, y de aver salido con su intencion,

intencion, aunque avia fido à costa de sus acostumbrados fiadores, que eran sus espaldas. Verdad es que el ventero se quedò con sus alforjas en pago de lo que se le devia ; mas Sancho no las echò menos, segun faliò turbado. Quiso el ventero atrancar bien la puerta assi como le viò fuera, mas no lo consentieron los manteadores, que era gente, que aunque Don Quixote fuèra verdaderamente de los cavalleros andantes de la tabla redonda, no le estimàran en dos ardites.

CAPITULO XVIII.

Donde se cuentan las razones que passò Sancho Pança con su Señor Don Quixote, con otras aventuras dignas de ser contadas.

LLEGO Sancho à su amo, marchito, y desmayado, tanto, que no podia harrear à su Jumento. Quando assi le viò Don Quixote, le dixo: aora acabo de creer, Sancho bueno, que aquel castillo, ò venta es encantado sin duda, porque aquellos, que tan atrozmente tomaron passatiempo contigo, que podian ser fino fantasmas, y gente del otro mundo? Y confirmo esto por aver visto, que quando estàva por las bardas del corral mirando los actos de tu triste tragèdia, no me fuè possibile subir por ellas, ni menos pude apearme de Rozinante, porque me devian de tener encantado ; que te juro por la fè de quien soy, que si pudiese subir, ò apearme, que yo te hiziera vengado de manera, que aquellos follones, y malandrines se acordàran de la burla para siempre, aunque en ello supiera contravenir à las leyes de



cavalleria, que, como ya muchas vezes te he dicho, no contenten, que Cavallero ponga mano contra quien no lo sea, fino fuere en defensa de su propia vida y persona, y en caso de urgente y gran necesidad. Tambien me vengara yo, dixo Sancho, si pudièra, fuèra, ò no fuèra armado cavallero, pero no pude; aunque tengo para mi, que aquellos que se holgaron conmigo, no eran fantasmas, ni hombres encantados, como vuestra Merced dize, fino hombres de carne, y de huefso como nosotros; y todos, segun los oÿ nombrar quando me bolteavan, tenian sus nombres: que el uno se llamava Pedro Martinez, y el otro Tenorio Hernandez, y el ventero oÿ que se llamava Juan Palomeque el Zurdo. Assi que, Señor, el no poder saltar las bardas del corral, ni apearse del cavallo, en al estuvo, que en encantamientos. Y lo que yo faco en limpio de todo esto es, que estas aventuras que andamos buscando, al cabo al cabo nos han de traer à tantas desventuras, que no sepamos qual es nuestro piè derecho. Y lo que feria mejor, y mas acertado, segun mi poco entendimiento, fuèra el bolvèrnos à nuestro lugar aora que es tiempo de la siega, y de entender en la hazienda, dexàndonos de andar de ceca en meca, y de zoca en colodra, como dizen. Que poco sabes, Sancho, respondiò Don Quixote, de achaque de cavalleria! calla, y ten paciencia, que dia vendrà donde veas por vista de ojos, quan honrosa cosa es andar en este exercicio. Sino dime, que mayor contento puede aver en el mundo, ò que gusto puede igualarse al de vencer una batalla, y al de triunfar de su enemigo? ninguno fin duda alguna. Assi deve de ser, respondiò Sancho, puesto que yo no lo sè: solo sè, que
despues

despues que somos Cavalleros andantes, ò vuestra Merced lo es (que yo no ay paraque me cuente en tan honroso Numero) jamas hemos vencido batalla alguna, fino fuè la del Vizcaÿno, y aun de aquella faliò vuestra Merced con media oreja, y media zelada menos; que despues acà todo ha fido palos, y mas palos, puñadas, y mas puñadas, llevàndo yo de ventaja el manteamiènto; y avèrme fucedido por personas encantadas de quien no puedo vengarme, para saber hasta donde llega el gusto del vencimiento del enemigo, como vuestra Merced dize. Essà es la pena que yo tengo, y la que tu dèves tener, Sancho, respondiò Don Quixote, pero de aqui en adelante yo procurarè aver à las manos alguna espada hecha por tal Maestrìa, que al que la truxère con figo, no le puèdan hazer ningun genero de encantamientos. Y aun podria ser, que me deparàsse la ventura aquella de Amadis quando se llamàva, *el Cavallero de la ardiente espada*, que fuè una de las mejores espadas, que tuvo Cavallero en el mundo; porque, fuèra que tenìa la virtud dicha, cortava como una navaja, y no avìa armadura por fuerte, y encantada que fuèsse, que se le parasse delante. Yo soy tan venturoso, dixo Sancho, que quando effo fuèsse, y vuestra Merced vinièsse à hallar espada femejante, solo vendria à servir, y aprovechar à los armados Cavalleros, como el bàlsamo, y à los escuderos, que se los papen dueños. No temas effo, Sancho, dixo Don Quixote, que mejor lo harà el cielo con tigo.

EN estos Coloquios ivan Don Quixote, y su escudero, quando viò Don Quixote, que por el camino que ivan, venia hàzia ellos una grande, y espesa polvoreda, y en vièndola,

dola, se bolvió à Sancho, y le dixo: Este es el dia, ó Sancho, en el qual se hà de ver el bien que me tiene guardado mi fuerte. Este es el dia, digo, en que se ha de mostrar tanto, como en otro alguno, el valor de mi braço, y en el que tengo de hazer obras, que queden escritas en el libro de la fama por todos los venideros siglos. Ves aquella polvoreda, que alli se levanta, Sancho? Pues toda es quaxada de un copiosísimo exercito, que de diversas, è innumerables gentes por alli viene marchando. A essa cuenta dos deven de ser, dixo Sancho, porque desta Parte contraria se levanta assi mesmo otra semejante polvoreda. Bolvió à mirarlo Don Quixote, y viò que assi era la verdad, y alegrándose sobremanera, pensò sin duda alguna, que eran dos exercitos, que venian à envestirse, y à encontrarse en mitad de aquella espaciosa llanura: porque tenia à todas horas, y momentos llena la fantasia de aquellas batallas, encantamientos, suceßos, desatinos, amores, y desafios, que en los libros de Cavallerias se cuentan; y todo quanto hablava, pensava, ò hazia era encaminado à cosas semejantes; y la polvoreda, que avia visto, la levantavan dos grandes manadas de ovejas, y carneros, que por aquel mesmo camino de dos diferentes partes venian, las quales con el polvo no se echaròn de ver hasta que llegaròn cerca. Y con tanto ahinco afirmava Don Quixote, que eran exercitos, que Sancho lo vino à creer, y à dezirle: Señor, pues que hèm de hazer nosotros? Que? dixo Don Quixote; favorecer y ayudar à los menesterosos, y desvalidos. Y has de saber, Sancho, que este, que viene por nuestra frente, le conduce, y guya el grande Emperador Alifanfaron, Señor de
de

de la grande Isla Trabobàna: Este otro, que à mis espaldas marcha, es el de su enemigo el Rey de los Garamantas, Pentapolin del arremangado braço, porque siempre entra en las batallas con el braço derecho desnudo. Pues porque se quièren tan mal estos dos señores? preguntò Sancho. Quièrense mal, respondiò Don Quixote, porque este Alifanfaron es un furibundo pagàno, y està enamorado de la hija de Pentapolin, que es una muy fermosa, y ademàs agraciada señòra, y es Christiana; y su Padre no se la quiere entregar al Rey pagàno, fino dexa primero la ley de su falso Profeta Mahòma, y se buelve à la fuya. Para mis barbas, dixo Sancho, fino haze muy bien Pentapolin, y que le tengo de ayudar en quanto pudière. En effo haràs lo que debes, Sancho, dixo Don Quixote, porque para entrar en batallas semejantes no se requière ser armado Cavallero. Bien se me alcanza effo, respondiò Sancho; pero à donde pondrèmos este asno, que estèmos ciertos de hallarle despues de passada la refriega, porque el entrar en ella en semejante Cavalleria, no creo que està en uso hasta aora? Assi es verdad, dixo Don Quixote; y lo que puedes hazer dèl es, dexarle à sus aventuras, aora se pierda, ò no, porque seràn tantos los cavallos, que tendrèmos despues que salgamos vencedores, que aun corre peligro Rozinante, no le trueque por otro. Pero estàme atento, y mira que te quiero dar cuenta de los Cavalleros mas principales, que en estos dos exercitos vienen: Y para que mejor lo vèas y nòtes, retirèmonos à aquel altillo, que alli se haze, de donde se deven de descubrir los dos exercitos. Hizièronlo assi, y pusièronse sobre una loma, desde la qual se verian bien las dos manadas, que à Don Quixote



Quixote se le hizieròn exercitos, si las nubes del polvo, que levantàvan, no le turbàran, y cegàran la vista; pero con todo esto, viendo en su imaginacion lo que no veya, ni avia, con voz levantada començò à dezir.

AQUEL Cavallero, que alli vès de las armas jaldes, que tràe en el escudo un leon coronado, rendido à los pies de una Donzella, es el valeroso laùrcalco, Señor de la puente de plata: Y el otro de las armas de las flores de oro, que tràe en el escudo tres coronas de plata en campo azùl, es el temido Micocolemo, gran duque de Quiracia. El otro de los miembros Gigantèos, que està à su derecha mano, es el nunca medroso Brandabarbaràn de Boliche, Señor de las tres Aràbias, que viene armado de aquel cuero de serpiente, y tiene por escudo una puerta, que, segun es Fama, es una de las del templo, que derribò Sansòn, quando con su muerte se vengò de sus enemigos. Pero buelve los ojos à estotra parte, y veràs delante y en la frente destotro exercito al siempre vencedor, y jamas vencido Timonèl de Carcajona, principe de la nueva Vizcaya, que viene armado con las armas partidas à quarteles, azules, verdes, blancas, y amarillas, y tràe en el escudo un gato de oro en campo leonado con una letra que dize: *Miàtu*, que es el principio del nombre de su dama, que, segun se dize, es la fin par miulina, hija del duque Alfeñiquen del Algarve. El otro, que carga, y oprime los lomos de aquella poderosa Alfana, que tràe las armas como nieve blancas, y el escudo blanco, y sin empresa alguna, es un cavallero novèl de nacion Francès, llamado Pierres Papin, señor de las baronias de Utrique. El otro que bate las
hija-

hijadas con los herrados carcaños à aquella pintada, y ligera Cebra, y tràe las armas de los veros azules, es el poderoso duque de Narbà, Espartafilardo del bosque, que tràe por empresa en el escudo una esparraguera con una letra en Castellano, que dize assi: *Rastrèa mi Suerte*. Y desta manera fuè nombrando muchos Cavalleros del uno y del otro esquadron, que èl se imaginàva; y à todos les diò sus armas, colores, empresas, y motes de improviso, llevado de la imaginacion de su nunca vista locura, y sin parar, prosiguiò diziendo: A este esquadron frontèro forman, y hazen gentes de diversas naciones: Aquì estàn los que bevèn las dulces Aguas del famoso Xanto; los Montuosos que pisan los Masilicos campos; los que criban el finissimo, y menudo oro en la felice Aràbia; los que gozan las famosas, y frescas ribèras del claro Termodonte; los que sangran por muchas, y diversas vias al dorado Pactolo; los Numidas dudosos en sus promesas; los Persas en arcos, y flechas famosos; los Partos; los Medos, que pelèan huyendo; los Arabes de mudables casas; los Citas tan crueles como blancos; los Etiopes de horadados labios; y otras infinitas naciones, cuyos rostros conozco, y vèò, aunque de los nombres no me acuerdo.

EN estotro esquadron viènen los que bevèn las corrientes cristalinas del olivifero Betis; los que tersan, y pùlen sus rostros con el licòr del siempre rico, y dorado Tajo; los que gozan las provechosas aguas del divino genil; los que pisan los Tartesios campos de pastos abundantes; los que se alegran en los Eliseos Xerezanos Prados; los Manchegos ricos, y coronados de rubias espigas; los de Hierro



vestidos, (Reliquias antiguas de la sangre Goda;) los que en Pisuerga se bañan, famoso por la mansedumbre de su corriente; los que su ganado apacientan en las estendidas dehesas del tortuoso Guadiana, celebrado por su escondido curso; los que tiemblan con el frio del silvoso Pireneo, y con los blancos copos del levantado Apenino; finalmente quanto toda la Europa en si contiene y encierra.

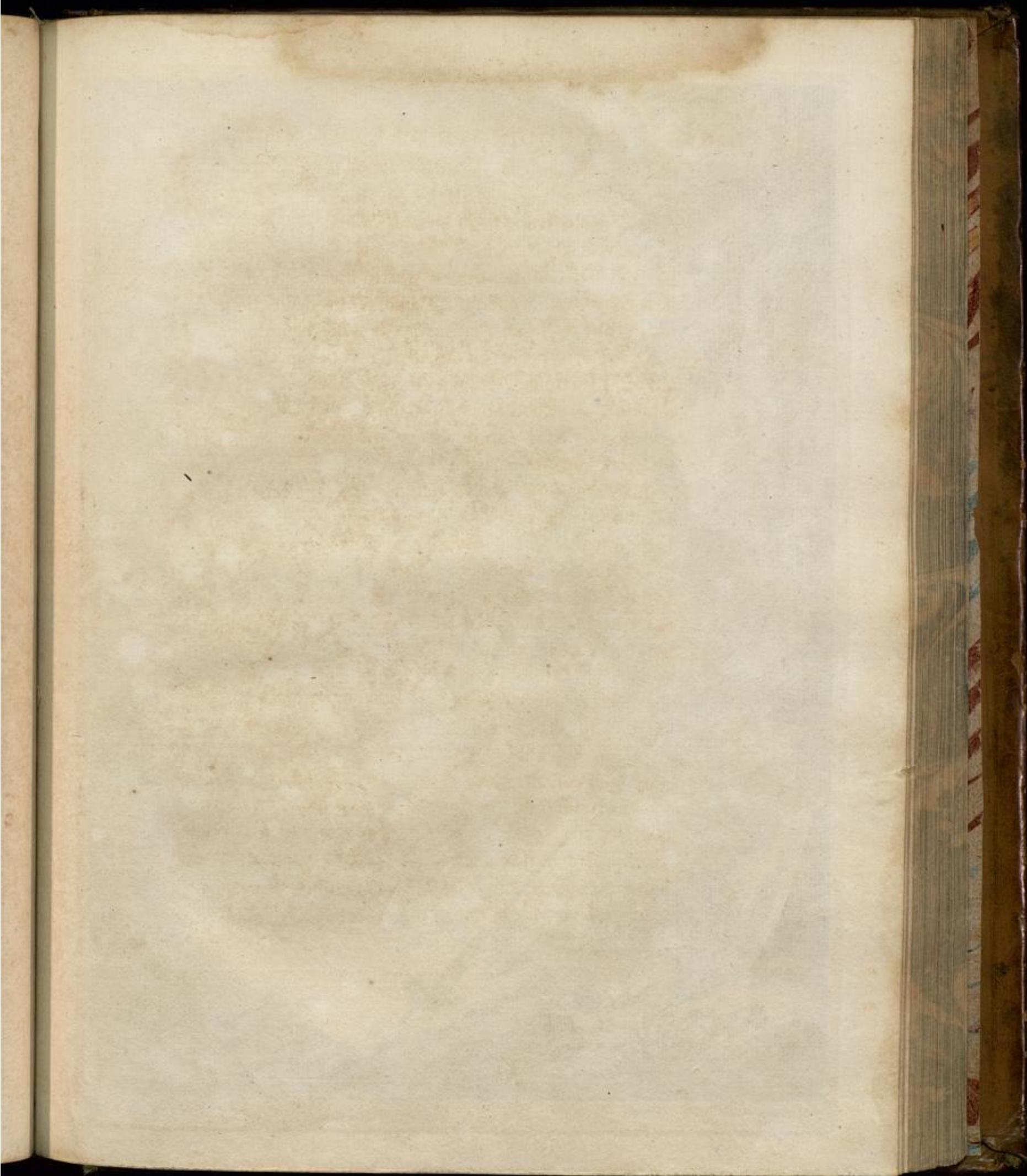
VALAME Dios, y quantas Provincias dixo, quantas naciones nombrò, dándole à cada una con maravillosa presteza los atributos que le pertenecian, todo absorto, y empapado en lo que avia leydo en sus libros mentirosos. Estaba Sancho Pança colgado de sus palabras sin hablar ninguna, y de quando en quando bolvia la cabeça à ver, si veya los Cavalleros, y Gigantes que su amo nombrava; y como no descubria à ninguno, le dixo: Señor, encomiendo al Diablo hombre, ni Gigante, ni Cavallero de quantos vuestra Merced dize, parece por todo esto, alomenos yo no los veo: Quiça todo deve ser encantamiento como las fantasmas de à noche. Como dizes esto? respondiò Don Quixote: No oyès el relinchar de los cavallos, el tocar de los clarines, y el ruýdo de los atambores? No oygo otra cosa, respondiò Sancho, fino muchos balidos de ovejas, y carneros; y assi era la Verdad, porque ya llegavan cerca los dos rebaños. El miedo que tienes, dixo Don Quixote, te haze, Sancho, que ni veas, ni oyas à derechas; porque uno de los efectos del miedo es, turbar los sentidos, y hazer que las cosas no parezcan lo que son; y si es que tanto temes, retirate à una parte, y dexame solo, que solo basto à dar la vitoria à la parte, à quien yo diere mi ayuda. Y
diziendo

diziendo esto, puso las espuelas à Rozinante, y puesta la lança en el ristre, baxò de la costezuela como un rayo. Diòle voces Sancho, diziendole: Buèlvase vuestra Merced, Señor Don Quixote, que, voto à Dios, que son carneros, y ovejas las que vâ à envestir. Buèlvase, desdichado del Padre que me engendrò, que locura es esta? Mire que no ày Gigante, ni Cavallero alguno, ni gatos, ni armas, ni escudos partidos, ni enteros, ni veros azules, ni endiablados: Que es lo que haze, pecador soy yo à Dios? Ni por effas bolviò Don Quixote, antes en altas voces iba diziendo: Ea Cavalleros, los que seguys, y militays debaxo de las vanderas del valeroso Emperador Pentapolin del arremangado brazo, seguidme todos, verèys quan facilmente le doy vengança de su enemigo Alifanfaron de la Trapobana. Esto diziendo, se entrò por medio del esquadron de las ovejas, y començò de alanceallas con tanto corage, y denuèdo, como si de veras alanceara à sus mortales enemigos. Los pastores y ganaderos, que con la manada venian, devanle voces que no hizièsse aquello; pero viendo que no aprovechavan, desciñeronse las hondas, y començaron à saludalle los oydos con piedras como el puño. Don Quixote no se curava de las piedras, antes discurriendo à todas partes, dezia: adonde estas sobervio Alifanfaron, vente à mi, que un Cavallero solo soy, que deseà de solo à solo provàr tus fuerças, y quitarte la vida en pena de la que das al valeroso Pentapolin Garamanta. Llegò en esto una peladilla de arroyo, y dándole en un lado, le sepultò dos costillas en el cuerpo. Viéndose tan mal-trecho, creyò fin duda, que estava muerto, ò mal ferido; y acordándose de su licòr, sacò su alcùza, y



pùfofela à la boca, y començò à echàr licòr en el eſtòma-
go : Mas antes que acabàſſe de envaſar lo que à èl le pare-
cía que era baſtante, llegò otra almendra, y diòle en la ma-
no, y en el alcuza tan de lleno, que ſe la hizo pedaços,
llevàndole de camino tres, ò quatro dientes, y muelas de
la boca, y machucàndole malamente dos dedos de la ma-
no. Tal fuè el golpe primero, y tal el ſegundo, que le
fuè forcòſo al pobre Cavallero dár con figo del cavallo
abàxo. Llegàronſe à èl los paſtores, y creyèron que le avian
muerto; y aſſí con mucha prièſſa recogieron ſu ganado, y
cargàronſe de las reſes muertas, que paſàvan de fiete; y
ſin averiguàr otra coſa ſe fuèron.

ESTÁVASE todo eſte tiempo Sancho ſobre la cueſta
mirando las locuras, que ſu amo hazía, y arrancàvaſe las
barbas, maldiziendo la hora, y el punto en que la fortuna
ſe le avia dado à conocer. Vièndole, pues, caydo en el
fuego, y que yà los paſtores ſe avian ido, baxò de la cueſ-
ta, y llegòſe à èl, y hallòle de muy mal arte, aunque no
avia perdido el ſentido, y dixole: No le dezía yo, Señor
Don Quixote, que ſe bolvièſſe, que los que iba à acometer,
no eran exercitos, ſino manadas de carneros? Como eſſo
puede deſparècer, y contrahazer aquel ladron del ſabio mi
enemigo, reſpondiò Don Quixote. Sàbete Sancho, que es
muy facil coſa à los tales hazèrnos parecèr lo que quièren;
y eſte maglimo que me perſigue, envidioſo de la gloria,
que viò, que yo avia de alcançàr deſta batalla, ha buuelto
los eſquadrones de enemigos en manadas de ovejas. Sino
haz una coſa, Sancho, por mi vida, porque te deſengañes,
y vèas ſer verdad lo que te digo: Sube en tu aſno, y ſi-
guelos





In: *Vanderbank invt et Delin.*
Vol. I. P. 157.

Ger. *VanderGucht sculp.*
12

guèlos bonitamente, y veràs como en alexàndose de aqui algun poco, se buelven en su Ser primero, y dexando de ser carneros, son hombres hechos, y derechos, como yo te los pintè primero: Pero no vayas aora, que he menester tu favor y ayùda. Llègate à mi, y mira quantas muelas, y dientes me faltan, que me parece, que no me ha quedado ninguno en la boca. Llegòse Sancho tan cerca, que casi le metìa los ojos en la boca, y fuè à tiempo, que yà avìa obrado el bàlamo en el estòmago de Don Quixote; y al tiempo que Sancho llegò à mirar la boca, arrojò de si mas rezio que una escopeta quanto dentro tenìa, y diò con todo ello en las barbas del compasivo escudero. Santa Maria! dixo Sancho, y que es esto que me ha sucedido: sin duda este pecador està herido de muerte, pues vomita sangre por la boca. Pero reparàndo un poco mas en ello, echò de ver, en la colòr, sabòr, y olòr, que no era sangre, sino el bàlamo de la alcuza, que èl le avìa visto beber; y fuè tanto el asco que tomò, que rebolvièndosele el estomago, vomitò las tripas sobre su mismo Señor, y quedaron entrambos como de perlas. Acudiò Sancho à su asno para sacar de las alforjas con que limpiarle, y con que curar à su amo, y como no las hallò, estùvo à punto de perder el Juyzio. Maldixòse de nuevo, y propùso en su coraçon de dexar à su amo, y bolverse a su tierra, aunque perdièsse el salario de lo servido, y las esperanças del gobierno de la prometida infula.

LEVANTÒSE en esto Don Quixote, y puesta la mano hizquierda en la boca, porque no se le acabàsèn de salir los dientes, asìò con la otra las riendas de Rozinante, que nunca

nunca se avia movido de junto à su amo (Tal era de leal y bien acondicionado) y fuèssè adonde su escudero estava de pechos sobre su asno con la mano en la mexilla en guisa de hombre pensativo ademas. Y viéndole Don Quixote de aquella manera con muestras de tanta tristeza, le dixo: Sàbete, Sancho, que no es un hombre mas que otro, sino haze mas que otro. Todas estas borrascas que nos suceden son señales de que presto hà de serenar el tiempo, y han de sucedernos bien las cosas, porque no es possible, que el mal, ni el bien seàn durables; y de aqui se sigue, que aviendo durado mucho el mal, el bien està ya cerca: Assi que no debes congojarte por las desgracias, que à mi me suceden, pues à ti no te cabe parte dellas. Como no? respondió Sancho; por ventura el que ayer mantèaron, era otro que el hijo de mi Padre? Y las alforjas que òy me faltan con todas mis alajas, son de otro que del mismo? Que te faltan las alforjas, Sancho? dixo Don Quixote. Si que me faltan, respondió Sancho. Dese modo no tenèmos que comer òy, replicò Don Quixote? Effeno fuèra, respondió Sancho, quando faltàran por estos prados las yervas que vuestra Merced dize, que conoce, con que fueren suprir semejantes faltas los tan malaventurados Cavalleros andantes, como vuestra Merced es. Con todo effo, respondió Don Quixote, tomàra yo aora mas ahina un quartal de Pan, ò una hogaza, y dos cabeças de sardinas arenques, que quantas yervas describe Dioscorides, aunque fuèra el ilustrado por el Dotor Laguna. Mas con todo esto sube en tu Jumento, Sancho el bueno, y vente tras mi, que Dios, que es proveedor de todas las cosas, no nos ha de faltar; y
mas

mas andando tan en su servicio, como andamos, pues no falta à los mosquitos del ayre, ni à los gusanillos de la tierra, ni à los renaquajos del agua : Y es tan piadoso que haze salir su Sol sobre los buenos, y malos, y llève sobre los injustos y justos. Mas bueno era vuestra merced, dixo Sancho, para predicador, que para Cavallero andante. De todo sabian y han de saber los Cavalleros andantes, Sancho, dixo Don Quixote ; porque Cavallero andante huvò en los passados siglos, que assi se parava à hazer un sermon, ò platica en mitad de un camino real, como si fuèra graduado por la universidad de Paris : De donde se infiere, que nunca la lança embotò la pluma, ni la pluma la lança. Aora bien, sèa assi como vuestra merced dize, respondiò Sancho ; vamos aora de aqui, y procurèmos donde aloxar esta noche, y quièra Dios que sèa en parte donde no aya mantas, ni manteadores, ni fantasmas, ni Moros encantados, que si los ày, darè al Diablo el hatò y el garavato. Pideselo tu à Dios, hijo, dixo Don Quixote, y guìa tu por donde quisières, que esta vez quièro dexar à tu Eleccion el alojarnos ; pero dame acà la mano, y atièntame con el dedo, y mira bien quantos dientes y muèlas me faltan deste lado derecho de la quixada alta, que alli siento el dolor. Metiò Sancho los dedos, y estàndole atentando, le dixo : Quantas muelas solia vuestra merced tener en esta parte ? Quatro, respondiò Don Quixote, fuèra de la cordal, todas enteras y muy fanas. Mire vuestra merced bien lo que dize, Señor, replicò Sancho, Digo, quatro, fino eran cinco, respondiò Don Quixote, porque en toda mi vida me han sacado diente, ni muela de la boca, ni se me hà caydo, ni
comido

comido de neguijon, ni de reuma alguna. Pues en esta parte de abaxo, dixo Sancho, no tiene vuestra Merced mas de dos muelas y media, y en la de arriba ni media, ni ninguna, que toda està rafa como la palma de la mano. Sin ventura yo, dixo Don Quixote, oyendo las tristes nuevas que su escudero le dava, que mas quisièra que me huvieran derribado un braço, como no fuèra el de la espada. Porque te hago sabèr, Sancho, que la boca sin muelas es como molino sin piedra; y en mucho mas se hà de estimar un diente, que un diamante: Mas à todo esto estàmos fugetos los que profesàmos la estrecha orden de la Cavalleria. Sube, amigo, y guìa, que yo te seguirè al passo que quisières. Hizolo assi Sancho, y encaminòse hàzia donde le pareció, que podía hallar acogimiento, sin salir del camino real, que por allí iba muy seguido. Yendo, pues, poco à poco (porque el dolor de las quixadas de Don Quixote no le dexava fofsegàr, ni atender à darsè prièssa) quiso Sancho entretenerle, y divertirle dizièndole alguna cosa, y entre otras que le dixo, fuè lo que se dirà en el figuiente Capitulo.

CAPITULO XIX.

De las discretas razones que Sancho passava con su amo, y de la aventura que le sucediò con un cuerpo muerto, con otros acontecimientos famosos.

PARECEME, Señor mio, que todas estas desventuras que estos dias nos han sucedido, sin duda alguna han

han sido pena del pecado cometido por vuestra Merced contra la orden de su Cavalleria, no aviendo cumplido el Juramento, que hizo, de no comer pan à manteles, ni con la Reyna folgar, con todo aquello que à esto se figue, y vuestra Merced jurò de cumplir hasta quitar aquel Almete de Malandrino, ò como se llama el Moro, que no me acuerdo bien. Tienes mucha razon, Sancho, dixo Don Quixote, mas para dezirte verdad, ello se me avia passado de la memoria ; y tambien puedes tener por cierto, que por la culpa de no avèrmelo tu acordado en tiempo, te sucediò aquello de la manta ; pero yo harè la enmienda, que modos ày de composicion en la orden de la Cavalleria para todo. Pues jurè yo algo por dicha ? respondiò Sancho. No importa que no ayas jurado, dixo Don Quixote, basta que yo entiendo, que de participantes no estàs muy seguro ; y por si, ò por no, no ferà malo de proveèrnos de remedio. Pues si ello es assi, dixo Sancho, mire vuestra Merced, no se le torne à olvidar esto, como lo del Juramento, quiçà les bolverà la gana à las fantasmas de folazarse otra vez con migo, y aun con vuestra Merced si le ven tan pertinaz.

EN estas, y otras platicas les tomò la noche en mitad del camino, sin tener, ni descubrir donde aquella noche se recogiesen ; y lo que no avia de bueno en ello era, que perecian de hambre, porque con la falta de las alforjas les faltò toda la despenfa, y matalotaje. Y para acabar de confirmar esta desgracia, les sucediò una aventura, que sin artificio alguno verdaderamente lo parecia : Y fuè, que la noche cerrò con alguna escuridad, pero con todo esto caminàvan, creyendo Sancho, que pues aquel camino era

TOM. I.

Y

real,



real, à una, ò dos leguas de buena razon hallarian en èl alguna venta.

Y ENDÒ, pues, desta manera, la noche escura, el escudero hambriento, y el amo con gana de comer, vièron que por el mesmo camino que ivan, venian hàzia ellos gran multitud de lumbres, que no parecian fino estrellas que se movian. Pasmòse Sancho en vièndolas, y Don Quixote no las tuvo todas con figo. Tirò el uno del cabestro à su asno, y el otro de las riendas à su Rozino, y estuvièron quedos mirando atentamènte lo que podia ser aquello, y vièron, que las lumbres se ivan acercando à ellos, y mientras mas se llegàvan, mayores parecian: A cuya vista Sancho començò à temblar como un azogàdo, y los cabellos de la cabeça se le erizaron à Don Quixote; el qual, animàndose un poco, dixo: Esta sin duda, Sancho, dève de ser grandissima, y peligrosissima aventura, donde serà necesario, que yo muestre todo mi valor, y esfuerço. Desdichado de mi, respondiò Sancho, si à caso esta aventura fuèsse de fantasmas, como me lo vè pareciendo, adonde avrà costillas que la sufran? Por mas fantasmas que sèan, dixo Don Quixote, no consentirè yo, que te toquen en el pelo de la ropa; que si la otra vez se burlaròn contigo fuè, porque no pùde yo saltar las paredes del corral, pero aora estàmos en campo raso donde podrè yo, como quisière, esgrimir mi espada. Y si le encantan, y entomecen, como la otra vez lo hizieron, dixo Sancho, que aprovecharà estàr en campo abierto, ò no? Con todo effo, replicò Don Quixote, te ruègo, Sancho, que tengas buen animo, que la experiencia te darà à entender el que yo tengo. Si tendrè,

tendrè, si à Dios plàce, respondiò Sancho, y apartandose los dos à un lado del camino, tornàron à mirar atentamente lo que aquello de aquellas lumbres que caminàvan, podìa ser: Y de alli à muy poco descubrièron muchos encamisàdos, cuya temeròsa visiòn de todo punto rematò el animo de Sancho Pança, el qual començò à dar diente con diente, como quièn tiene frio de quartàna; y creciò mas el batir, y dentelleàr, quando distintamente vièron lo que èra, porque descubrièron hasta veynte encamisados, todos à Cavallo con sus hachas encendidas en las manos, detrás de los quales venìa una litèra cubièrta de luto, à la qual seguian otros sèys de à Cavallo, enlutados hasta los piès de las mulas, que bien vièron, que no èran Cavallos en el fosiègo con que caminàvan. Yvan los encamisados murmurando entre si con una voz bàxa y compasiva.

ESTA estraña visiòn à tales horas, y en tal despoblado bien bastava para poner miedo en el coraçon de Sancho, y aun en el de su amo; y assi fuèra en quanto à Don Quixote, que ya Sancho avia dàdo al travès con todo su esfuerço. Lo contràrio le avino à su amo, al qual en aquel punto se le representò en su imaginacion al vivo, que aquella èra una de las aventuras de sus libros. Figuròsele que la litèra èran andas, donde devìa de ir algun mal ferido ò muerto Cavallero, cùya vengança à èl solo estàva reservada: Y sin hazer otro discurso, enristrò su lançon, pùsose bien en la silla, y con gentil brio, y continente se pùso en la mitad del camino por donde los encamisados forçosamente avian de passèr; y quando los viò cerca, alçò la voz y dixo: Deteneos, Cavalleros quièn quièra que seàys, y dadme cuen-



ta de quien soys? De donde venís? A donde vais? Que es lo que en aquellas andas lleváis? Que segun las muestras, ò vosotros avéis fecho, ò vos han fecho algun desaguifado; y conviène, y es menester, que yo lo sèpa, ò bien para castigaròs del mal que fizistes, ò bien para vengaròs del tuerto que vos fizièron. Vámos de prièssa, respondiò uno de los encamisados, y està la venta lexos, y no nos podèmos detenèr à dar tanta cuenta como pedís, y picando la mula pasò adelante. Sentiòse desta respuesta grandemente Don Quixote, y travando del freno, dixo: Detenèos, y sed mas bien-criado, y dadme cuenta de lo que os hè preguntado, fino conmigo sòys todos en batalla. Era la mula assombradiza, y al tomàrla del frèno, se espantò de manera, que alçàndose en los pies, diò con su dueño por las ancas en el suelo. Un moço que iba à piè, viendo caer al encamisado, començò à denostar à Don Quixote; el qual, yà encolerizado, sin esperàr mas, enristrando su lançon, arremetiò à uno de los enlutados, y, mal ferido, diò con èl en tierra; y rebovièndose por los demás, era cosa de ver, con la presteza que los acometia, y desbaratava, que no parecia fino que en aquel instante le avian nacido alas à Rozinante, segun andava de ligero, y orgullòso. Todos los encamisados era gente medrosa, y sin armas, y assi con facilidad en un momento dexaron la refrièga, y començaron à corrèr por aquel campo con las hachas encendidas, que no parecian fino à los de las màscaras, que en noche de regocijo, y fiesta còrren. Los enlutados assimesmo, rebueltos, y embueltos en sus faldamentos, y lòbas, no se podian movèr: Assi que, muy à su salvo, Don Quixote los
apa-

apalcò à todos, y les hizo dexar el sitio mal de su Gardo; porque todos pensaron, que aquel no era hombre sino diablo del infirno, que les salia à quitar el cuerpo muerto, que en la litera llevavan.

Todo lo mirava Sancho, admirado del ardimiento de su Señor, y dezia entre si: Sin duda este mi amo es tan valiente, y esforçado como èl dize. Estava una hacha ardiendo en el fuelo junto al primero, que derribò la mula, à cuya luz le pudo ver Don Quixote; y llegandose à èl, le puso la punta del lançon en el rostro, diciendole, que se rindièsse, sino que le mataria. A lo qual respondiò el caydo: Harto rendido estoy, pues no me puedo mover, que tengo una pierna quebrada. Suplico à vuestra Merced, si es Cavallero Christiano, que no me mate, que cometerà un gran sacrilègio, que soy licenciado, y tengo las primeras ordenes. Pues quien diablos os ha traydo aqui, dixo Don Quixote, siendo hombre de Iglesia? Quien, Señor, replicò el caydo? Mi desventura. Pues otra mayor os amenaza, dixo Don Quixote, sino me satisfacèys à todo quanto primero os preguntè. Con facilidad ferà vuestra Merced satisfecho, respondiò el licenciado, y assi fabrà vuestra Merced, que aunque denantes dixè, que yo era licenciado, no soy sino bachiller, y llamome Alfonso Lòpez: Soy natural de Alcovendas: vengo de la ciudad de Baeça con otros once sacerdotes, que son los que huyeron con las hachas: vamos à la ciudad de Segovia acompañando un cuerpo muerto, que va en aquella litera, que es de un Cavallero, que murió en Baeça, donde fuè depositado; y aora, como digo, llevavamos sus huesos à su sepultura, que està en
Segovia,

Segòvia, de donde es natural. Y quien le matò? Preguntò Don Quixote. Dios por mèdio de unas calenturas pestilentes que le dièron, respondiò el bachiller. Dèssa fuerte, dixo Don Quixote, quitado me hà nuestro Señor del trabajo que avia de tomàr en vengàr su muerte, si otro alguno lo huvièra muerto; pero avièndole muerto quien le matò, no ày fino callàr, y encogèr los ombros, porque lo mesmo hiziera si à mi mesmo matàra. Y quièro que sepa vuestra Reverència, que yo sòy un Cavallero de la Mancha, llamàdo Don Quixote, y es mi officio, y exercicio andàr por el mundo, endereçando tuèrtos, y desfaziendo agràvios. No sè como puède ser esso de endereçàr tuèrtos, dixo el bachiller, pues à mi, de derecho me avèys buelto tuèrto, dexàndome una pierna quebràda, la qual no se verá derecha en todos los dias de su vida; y el agràvio que en mi avèys desfecho, hà sido dexarme agraviado de manera, que me quedarè agraviado para siempre; y harta desventùra hà sido la mia topar con vos, que vàys buscando aventuras. No todas las cosas, respondiò Don Quixote, succeden de un mismo modo: El daño estùvo, Señor bachillèr Alonso Lòpez, en venìr, como veniades de noche, vestidos con aquellos sobrepellizes, con las hachas encendidas, rezando, cubiertos de luto, que propiamente semejàvades cosa mala, y del otro mundo; y assi yo no pùde dexàr de cumplir con mi obligacion, acometièndoos; y os acometièra, aunque verdaderamente supiera, que èrades los mesmos satanàses del Infierno, que por tales os juzguè, y tùve siempre. Yà que assi lo hà querido mi suerte, dixo el bachiller, suplico à vuestra Merced, Señor Cavallèro andante (que tan mala andança

andança me hà dado) me ayùde à salir de debaxo desta mulla, que me tiène tomada una pierna entre el estrivo y la filla. Hablàra yo para mañana, dixo Don Quixote, y hasta quando aguardàvades à dezirme vuestro afàn? Diò luego voces à Sancho Pança que vinièsse; pero èl no se curò de venir, porque andava ocupado, desbalijando una azèmila de repuesto, que trayan aquellos buenos Señores, bièn bastecida de cosas de comèr. Hizo Sancho costal de fùgavàn, y recogiendo todo lo que pùdo y cùpo en el talègo, cargò su Jumento, y luègo acudiò à las voces de su amo, y ayudò à facàr al Señor bachiller de la opressiòn de la mulla, y ponièndole encima della, le diò la hacha, y Don Quixote le dixo, que siguièsse la derrota de sus Compañeros, à quien de su parte pidièsse perdòn del agravio; que no avia fido en su mano dexàr de averle hecho. Dixole tambien Sancho: Si à caso quisièren sabèr effos Señores, quièn ha fido el valeroso que tales los pùso, dirales vuestra Merced, que es el famoso Don Quixote de la Mancha, que por otro nombre se llama, *El Cavallero de la triste figùra*.

CON esto se fuè el bachiller; y Don Quixote preguntò à Sancho, que le avia movido à llamarle, *El Cavallero de la triste figùra*, mas entonces que nunca? Yo se lo dirè, respondiò Sancho, porque le hè estàdo mirando un rato à la luz de aquella hacha que llèva aquel mal andante, y verdaderamente tiene vuestra Merced la mas mala figùra de poco acá, que jamàs he visto: Y dèvelo de avèr causado, ò yà el Canfancio deste Combàte, ò yà la falta de las muelas y dientes. No es esto, respondiò Don Quixote, fino que el fábio, à cuyo cargo deve de estàr el escrivir la història
de

de mis hazañas, le avrè parecido, que ferà bien, que yo tòmè algun nombre apelativo, como lo tomàvan todos los Cavalleros passàdos: Qual se llamàva *El de la ardiente Espada*: Qual *El del Unicornio*: Aquèl *De las donzellas*: Aqueste *El del Ave Fènix*: El otro *El Cavallero del Grifo*: Estotro *El de la Muerte*: Y por estos nombres, è insignias èran conocidos por toda la redondez de la tierra. Y assi digo, que el sàbio, yà dicho, te avrè puesto en la lengua, y en el pensamiento aora, que me llamàsès *El Cavallero de la triste figura*, como pienso llamàrme desde oy en adelante; y para que mejor me quadre tal nombre, determino de hazer pintàr, quando aya lugar, en mi escudo una muy triste figura. No ày para que gastàr tiempo, y dineros en hazer essa figura, dixo Sancho, fino lo que se hà de hazèr es, que vuestra Merced descubra la fuya, y dè rostro à los que le miràren, que fin mas ni mas, y fin otra imagen, ni escudo, le llamaràn *El de la triste figura*; y crèame, que le digo verdad, porque le prometo à vuestra Merced, Señor (y esto sèa dicho en burlas) que le haze tan mala càra la hambre, y la falta de las muelas, que, como yà tengo dicho, se podrà muy bien escusàr la triste pintura.

R I Ò S E Don Quixote del donàyre de Sancho, pero con todo propùso de llamarse de aquel nombre en pudiendo pintàr su escudo, ò rodèla, como avia imaginado; y dixole: Yo entiendo, Sancho, que quèdo descomulgàdo por avèr puesto las manos violentamènte en cosa sagrada, *Juxta illud: Si quis suadente Diabolo*, &c. Aunque sè bièn, que no pùse las manos fino este lançon: Quanto mas que yo no pensè, que ofendìa à sacerdotes, ni à cosas de la Iglè-
fia

fi à quien respèto y adòro como Catolico y fiel Christiano que sòy, fino à fantasmas, y à vestiglos del otro mundo. Y quando effo assi fuèssè, en la memòria tengo lo que le passò al Cid Ruy Diaz, quando quebrò la filla del Embaxador de aquel Rey delante de su Santidad el Papa, por lo qual lo descomulgò, y andùvo aquel dìa el buen Rodrigo de Vivàr como muy honrado, y valiente Cavallero. En oyèndo esto el Bachiller, se fuè, como queda dicho, sin replicar le palabra.

QUISIERA Don Quixote miràr, si el cuerpo, que venia en la litèra, eran huesòs ò no, pero no lo consintió Sancho, diziendòle: Señor vuestra Merced hà acabàdo esta peligrosa aventura lo mas à su salvo, de todas las que yo he visto. Esta gente, aunque vencida, y desbaratada, podria fer, que cayèssè en la cuenta de que los venció sola una persona, y corridos, y avergonçados desto, bolvièssen à rehazerse, y à buscarnos, y nos dièssen en que entender. El Jumento està como conviene, la montaña cerca, la hambre carga; no ày que hazer sino retirarnos con gentil compàs de pies, y, como dizen, vàyasse el muerto à la sepultura, y el vivo à la hogaza: Y antecogiendo su asno, rogò à su Señor que le figuièssè, el qual, parecièndole que Sancho tenia razon, sin bolvèrle à replicar, le figuiò. Y à poco trecho que caminàvan por entre dos montañuelas, se hallaron en un espacioso y escondido valle donde se apearon, y Sancho aliviò el Jumento; y tendidos sobro la verde Yerba, con la salsa de su hambre, almorçaròn, comieròn, mendaròn, y cenaron à un mesmo punto, satisfaciendo sus estòmagos con mas de una fiambrella, que los Señores Clè-



rigos del Difunto (que pocas vezes se dexan mal passar) en la Azèmila de su repuesto trayan. Mas fucedìoles otra desgracia, que Sancho la tuvo por la peòr de todas, y fuè, que no tenian vino que bevèr, ni aun agua que llegar à la boca; y acofados de la sed, dixo Sancho, viendo que el prado donde estavan, estava colmado de verde, y menuda yerba, lo que se dirà en el figuiente Capitulo.

CAPITULO XX.

De la jamas vista, ni oyda aventura, que con mas poco peligro fuè acabada de famoso Cavallero en el mundo, como la que acabò el valeroso Don Quixote de la Mancha.

NO es possible, Señor mio, fino que estas yervas dan testimonio, de que por aqui cerca deve de estar alguna fuente ò Arròyo, que estas yervas humedece; y assi fuèra bien que vamos un poco mas adelante, que ya toparemos, donde podamos mitigar esta terrible sed, que nos fatiga, que sin duda causa mayor pena que la hambre. Pareciòle bien el consèjo à Don Quixote, y tomando de la rienda à Rozinante, y Sancho del cabestro à su asno, despues de avèr puesto sobre el los relieves, que de la cena quedaròn, començaròn à caminar por el prado arriba à tiento, porque la escuridad de la noche no les dexava ver cosa alguna: Mas no huvieron andado dozientos passos, quando llegò à sus oydos un gran Ruýdo de agua como que de algunos grandes, y levantados riscos se despeñava. Alegròles

gròles el ruýdo en gran manera, y paràndose à escuchàr hàzia que parte sonàva, oyèron à deshora otro estruendo, que les aguò el contento del agua, especialmente à Sancho, que naturalmente era medroso, y de poco animo. Digo que oyèron, que dàvan unos golpes à compàs, con un cierto cruxir de hierros y cadenas, que acompañados del furioso estruendo del agua, pusièran Pavòr à qualquier otro coraçon, que no fuèra el de Don Quixote. Era la noche, como se ha dicho, escura, y ellos acertaròn à entrar entre unos arboles altos, cuyas ojas, movidas del blando viènto, hazian un temeroso, y manso ruýdo, de manera, que la soledad, el sitio, la escuridad, el ruýdo del agua, con el susurro de las hojas, todo causàva horror y espanto: Y mas quando vièron, que ni los golpes cesàvan, ni el viento dormìa, ni la mañana llegàva, añadièndose à todo esto el ignoràr el lugar donde se hallavan. Pero Don Quixote, acompañado de su intrèpido coraçon, saltò sobre Rozinante, y abraçando su rodela, terciò su lançon, y dixo: Sancho amigo, has de sàber, que yo naci por querèr del cielo en esta nuestra edad de hierro, para refucitàr en ella la de oro, ò la dorada como fuele llamarfe. Yo soy aquel para quien estàn guardados los peligros, las grandes hazañas, los valerosos hechos. Yo soy, digo otra vez, quien hà de refucitàr los de la tabla redonda, los doze de Francia, y los nueve de la Fama; y el que hà de ponèr en olvido los Platires, los Tablantes, Olivantes, y Tirantes, Los Febos, y Belianifes, con toda la caterva de los famosos Cavalleros andantes del passado tiempo, haziendo en este, en que me hallo, tales grandezas, esrañezas, y fechos de



Armas, que escurezcan las mas claras, que ellos hizieron. Bien notas, escudero fiel, y legal, las tinieblas desta noche, su estraño silencio, el sordo, y confuso estruendo de estos arboles, el temeroso ruýdo de aquella agua en cuya busca venimos, que parece que se despeña, y derrumba desde los altos montes de la luna, con el incessable golpear, que nos hiere, y lastima los oydos, las quales cosas todas juntas, y cada una por si son bastantes à infundir mièdo, temor, y espanto en el pecho del mesmo marte quanto mas en aquel, que no està acostumbraðo à semejantes acontecimientos, y aventuras. Pues todo esto, que yo te pinto, son incentivos, y despertadores de mi animo, que yà haze que el coraçon rebiente en el pecho con el desseo que tiene de acometer esta aventura por mas dificultosa que se muestra: Assi que aprieta un poco las cinchas à Rozinante, y quedate à Dios, y espèrame aqui hasta tres dias no mas, en los quales si no bolviere, puedes tu bolverte à nuestra aldèa, y desde alli, por hazerme merced, y buena obra, iràs al Toboso, donde diràs à la incomparable seño-
ra mia Dulcinea, que fu cautivo Cavallero murió por acometer cosas, que le hiziesen digno de poderse llamar Suyo.

QUANDO Sancho oyò las palabras de su Amo, començò à llorar con la mayor ternura del mundo, y à dezirle: Señor, yo no sè porque quiere vuestra merced acometer esta tan temerosa aventura: Aora es de noche, aqui no nos ve nadie, bien podèmos torcèr el camino, y desviarnos del peligro, aunque no bevamos en tres dias; y pues no ay quien nos vèa, menos avrà quien nos note de cobardes: Quanto mas que yo hè oydo predicar al cura de nuestro Lugar (que
vuestra

vuestra merced bien conòce) que quien busca el peligro, perèce en èl: Assi que no es bien tentar à Dios, acometiendo tan defavorado hecho, donde no se puède escapar fino por milagro; y basta los que hà hecho el cielo con vuestra merced en librarle de ser manteado, como yo lo fuè, y en sacarle vencedor, libre, y salvo de entre tantos enemigos como acompañavàn al difunto. Y quando todo esto no muèva, ni ablande effe duro coraçon, muèvele el pensàr, y creèr, que à penas se avrà vuestra merced apartàdo de aqui, quando yo de miedo, dè mi anima à quien quisiere llevarla. Yo salì de mi tierra, y dexè hijos y muger por venir à servir à vuestra merced, creyèdo valèr mas y no menos; pero como la codicia rompe el faco, à mi me hà rasgado mis esperanças, pues quando mas vivas las tenìa de alcançar aquella negra, y mal hadàda infula, que tantas vezes vuestra merced me hà prometido, veo que en pago, y truèco della, me quiere aòra dexàr en un lugar tan apartàdo del trato humano. Por un solo Dios, señor mio, que no se me faga tal defaguisàdo; y yà que del todo no quiere vuestra merced desistìr de acometèr effe fecho, dilàtelo alomènos hasta la mañana, que à lo que à mi me muestra la sciencia, que aprendì quando era pastòr, no dève de avèr desde aqui al alva tres horas, porque la boca de la bozina està encìma de la cabeça, y haze la media noche en la línea del braço izquierdo. Como puedes tu, Sancho, dixo Don Quixote, ver donde haze effa línea, ni donde està effa boca, ò effe colodrillo que dizes, si haze la noche tan escura, que no parece en todo el cielo estrella alguna? Assi es, dixo Sancho, pero tiene el miedo muchos ojos, y vè
las

las cosas debaxo de tierra, quanto mas encìma en el cielo ; puesto que por buen discurso se puède entendèr, que ày poco de aqui al dia. Falte lo que faltàre, respondiò Don Quixote, que no se hà de dèzir por mi àora, ni en ningun tiempo, que làgrimas, y ruègos me apartàron de hazèr lo que devìa à estìlo de Cavallero ; y assi te ruego, Sancho, que calles, que Dios, que me hà puesto en el coraçòn de acometèr àora esta tan no vista, y tan temeròsa aventura, tendrà cuydàdo de miràr por mi falud, y de consolàr tu tristeza. Lo que has de hazèr es, apretar bien las cinchas à Rozinante, y quedàrte aqui, que yo darè la buelta presto, ò vivo, ò muerto.

VIENDO, pues, Sancho la ultima resolucion de su Amo, y quan poco valian con el sus lagrimas, consejos, y ruegos, determinò de aprovecharse de su industria, y hazerle esperar hasta el dia, si pudièsse ; y assi quando apretava las cinchas al Cavallo, bonitamente, y sin ser sentido, atò con el cabestro de su asno ambos pies à Rozinante de manera, que quando Don Quixote se quiso partir, no pudo, porque el cavallo no se podia movèr fino à saltos. Viendo Sancho Pança el buen fucèssò de su embuste, dixo: Ea Señor, que el cielo, comovido de mis lagrimas, y plegàrias, ha ordenado, que no se pueda movèr Rozinante, y si vos querèys porfiar, y espoleàr, y dalle, serà enojàr à la Fortuna, y dar cozes, como dizen, contra el aguijon. Desesperavase con esto Don Quixote, y por mas que ponìa las piernas al cavallo, menos le podia movèr, y sin caer en la cuenta de la ligadura, tuvo por bien de foflegarse y esperar, ò à que amanecièsse, ò à que Rozinante se meneasse,
creyendo



J. v. Vanderbank inv. et delin.
1674

Ger. v. Vanderhucht sculp.
15



creyendo fin duda, que aquello venìa de otra parte que de la industria de Sancho; y assi le dixo: Pues assi es, Sancho, que Rozinante no puede movèrse, yo soy contento de esperar à que ria el Alva, aunque yo llore lo que ella tardare en venir. No ày que llorar, respondiò Sancho, que yo entenderè à vuestra merced contando cuentos desde aqui al dia, si ya no es, que se quiere apeàr, y echàrse à dormir un poco sobre la verde yerva, à uso de Cavalleros andantes, para hallarse mas descansado quando llegue èl dia, y punto de acometèr esta tan defemejable aventura que le espèra. A que llamas apeàr, ò à que dormir? dixo Don Quixote. Soy yo por ventura de aquellos Cavalleros que toman repòso en los peligros? Duerme tu, que naciste para dormir, ò haz lo que quisières, que yo harè lo que vière, que mas viene con mi pretension. No se enoje vuestra merced, Señor mio, respondiò Sancho, que no lo dixe por tanto; y llegàndose à èl, pùso la una mano en el arzòn delantero, y la otra en el otro, de modo, que quedò abraçado con el muslo izquierdo de su amo, sin osarse apartar del, un dedo (Tal era el miedo que tenìa à los golpes, que toda via alternativamènte sonàvan.) Dixole Don Quixote, que contàsse algun cuento para entretenerle, como se lo avìa prometido; à lo que Sancho dixo, que si hiziera, si le dexàra el temòr de lo que oya: Pero con todo esto yo me esforçarè à dezir una historia, que si la acièrto à contar, y no me van à la mano, es la mejor de las historias; y estème vuestra merced atento, que yà comienço.

ERASE, que se erà, el bien que vinière para todos sea, y el mal para quien lo fuère à buscàr. Y advièrta vuestra

Mer-



merced, Señor mio, que el principio, que los Antiguos dieròn à sus consejas, no fuè assi como quièra, que fuè una sentencia de Catòn Zonzorino Romano, que dize: *Y el Mal para quien le fuere à buscar*: Que viene aqui como anillo al dedo, para que vuestra merced se estè quedo, y no vaya à buscar el mal à ninguna parte, fino que nos bolvamos por otro camino, pues nadie nos fuerça à que figamos este, donde tantos miedos nos sobrefaltan. Sigue tu cuento, Sancho, dixo Don Quixote, y del camino que hemos de seguir, dexame à mi el cuydado. Digo, pues, profiguiò Sancho, que en un lugar de Estremadura avia un pastor cabrerizo, quiero dezir, que guardava cabras, el qual pastor, ò cabrerizo, como digo de mi cuento, se llamava Lope Ruÿz; y este Lope Ruÿz andava enamorado de una pastora que se llamava Torralva, la qual pastora llamada Torralva era hija de un ganadero rico; y este ganadero rico. Si dessa manera cuentas tu cuento, Sancho, dixo Don Quixote, repitiendo dos vezes lo que vas diziendo, no acabaràs en dos dias: Dilo seguidamente, y cuentalo como hombre de entendimiento, y fino, no digas nada. De la misma manera que yo lo cuento, respondiò Sancho, se cuentan en mi tierra todas las consejas; y yo no sè contar de otra, ni es bien que vuestra merced me pida que haga usos nuevos. Di como quisières, respondiò Don Quixote, que pues la fuerte quièra, que no pueda dexar de escucharte, profigue.

A S S I que, Señor mio de mi anima, profiguiò Sancho, que, como yà tengo dicho, este pastor andava enamorado de Torralva la pastora, que era una moça rolliza, zahareña,

y

y tirava algo à hombruna, porque tenia unos pocos vigòtes, que parece que aora la vèò. Luego conocistela tu? dixo Don Quixote. No la conocì yo, respondiò Sancho, pero quien me contò este cuento, me dixo, que era tan cierto, y verdadèro, que podia bien, quando lo contàsse à otro, afirmàr, y juràr, que lo avia visto todo. Assi que yendo dias, y viniendo dias, el diablo (que no duerme, y que todo lo añesca) hizo de manera, que el amor, que el pastor tenia à la pastora, se bolvièsse en omezillo, y mala voluntad; y la causa fuè, segun malas lenguas, una cierta cantidad de zelillos que ella le diò, tales, que pasàvan de la raya, y llegàvan à lo vedado: Y fuè tanto lo que el pastor la aborreciò de alli adelante, que por no verla, se quiso ausentàr de aquella tierra, è irse donde sus ojos no la vièssen jamas. La Torralva, que se viò desdeñada de Lope, luego le quiso bien, mas que nunca le avia querido. Esta es natural condiciòn de mugeres, dixo Don Quixote, desdeñar à quien las quiere, y amàr à quien las aborrece. Passa adelante, Sancho.

SUCEDIÒ, pues, prosiguiò Sancho, que el pastor puso por obra su determinacion, y antecogiendo sus cabras, se encaminò por los campos de estremadura para pasàrse à los Reynos de Portugal. La Torralva, que lo supo, se fuè tras èl, y seguiale à piè, y descalça desde lexos con un bordòn en la mano, y con unas alforjas al cuello, donde llevava (segun es fama) un pedaço de espèjo, y otro de un pèyne, y no sè que botecillo de mudas para la cara: Mas llevàsse lo que llevàsse, que yo no me quièro meter aora en averiguàllo: Solo dirè, que dizen, que el pastor llegò con



fu ganado à passar el rio Guadiana, y en aquella fazon iva crecido, y casi fuera de madre; y por la parte que llegó no avia barca, ni barco, ni quien le passàsse à èl, ni à su ganado de la otra parte; de lo que se congojó mucho, porque veya, que la Torralva venia yà muy cerca, y le avia de dar mucha pesadumbre con sus ruègos y lagrimas: Mas tanto anduvo mirando, que viò un pescador, que tenia junto à si un barco tan pequeño, que solamente podian caber en èl una persona, y una cabra, y con todo esto le habló, y concertò con èl, que le passàsse à èl, y à trezientas cabras que llevava. Entrò el pescador en el barco, y passò una cabra: bolviò, y passò otra: Tornò à bolver, y tornò à passàr otra. Tenga vuestra merced cuenta en las cabras que el pescador và passàndo, porque si se pierde una de la memoria, se acabará el cuento, y no será possible contar mas palabra del. Sigo, pues, y digo, que el desembarcadero de la otra parte estava lleno de cieno, y resbaloso, y tardava el pescador mucho tiempo en ir, y bolver. Con todo esto bolviò por otra cabra, y otras, y otra. Haz cuenta que las passò todas, dixo Don Quixote, no andes yendo y viniendo dessa manera, que no acabaràs de passàrlas en un año. Quantas han passado hasta aora? dixo Sancho. Yo que Diablos, sè, respondiò Don Quixote. Hè ay lo que yo dixè, que tuvièsse buena cuenta: Pues por Dios que se hà acabado el cuento, que no ay passàr adelante. Como puede ser esso? replicò Don Quixote: Tan de essencia de la historia es, sabèr las cabras que han passàdo por estenso, que si se hierra una del numero, no puedes seguir adelante con la historia? No Señor, en ninguna manera,

manera, respondiò Sancho, porque assi como yo preguntè à vuestra merced, que me dixèssè quantas cabras avian pasado, y me respondiò, que no lo sabìa; en aquel mesmo instante se me fuè à mi de la memoria quanto me quedàva por dezir, y à fè que era de mucha virtud y contento. De modo, dixo Don Quixote, que yà la història es acabada? Tan acabada es como mi madre, dixo Sancho. Digote de verdad, respondiò Don Quixote, que tu has contado una de las mas nuevas consejas, cuento, ò història, que nàdie pùdo pensàr en el mundo, y que tal modo de contàrta, ni dexàrta, jamas se podrà ver, ni avrà visto en toda la vida; aunque no esperàva yo otra cosa de tu buen discurso: Mas no me maravillo, pues quiza estos golpes, que no cessan, te deven de tenèr turbado el entendimiento. Todo puede ser, respondiò Sancho, mas yo sè, que en lo de mi cuento no ày mas que dezir, que alli se acàba, do comiènça el yerro de la cuenta del pasàge de las cabras. Acàbe no-rabuena donde quisiere, dixo Don Quixote, y veamos si se puede movèr Rozinante. Tornòle à ponèr las piernas, y èl tornò à dàr saltos, y à estàrse quedo, tanto estàva de bien atado.

EN esto parece ser, ò que el frio de la mañana que yà venìa, ò que Sancho huvièssè cenado algunas cosas lenitivas, ò que fuèssè cosa natural (que es lo que mas se deve creèr) à èl le vino en voluntad, y desèo de hazèr lo que otro no pudièra hazèr por èl. Mas era tanto el miedo que avìa entrado en su coraçòn, que no osàva apartàrse un negro de uña de su amo. Pues pensàr que no avìa de hazèr lo que tenìa gana, tampoco era possible; y assi lo que hizo

A a 2

por



por bien de paz fuè, soltò la mano derecha, que tenia afi-
 da al arzòn trasèro, con la qual bonitamènte, y sin rumor
 alguno, se soltò la laçàda corrediza con que los calçones se
 sostenian sin ayùda de otra alguna, y en quitàndosela, die-
 ròn luego abaxo, y se le quedàron como grillos. Tras esto
 alçò la camisa lo mejor que pùdo, y echò al ayre entram-
 bas posadèras, (que no eran muy pequeñas.) Hecho esto
 (que èl pensò que era lo mas que tenia que hazèr para sa-
 lir de aquel terrible aprièto y angùstia) le sobrevino otra
 mayor, que fuè, que le pareciò, que no podìa mudàrse sin
 hazèr estrèpito, y ruýdo, y començò à apretàr los dien-
 tes, y à encogèr los ombros, recogiendo en si el aliènto
 todo quanto podìa. Pero con todas estas diligencias fuè
 tan desdichado, que al cabo al cabo vino à hazèr un poco
 de ruýdo, bien diferente de aquel que à èl le ponìa tanto
 miedo. Oyòlo Don Quixote, y dixo: Que rumor es esse,
 Sancho? No sè, Señor, respondiò èl: Alguna cosa nuèva
 deve de fer, que las aventùras, y desventùras nunca co-
 miènçan por poco. Tornò otra vez à provàr ventura, y
 fucediole tan bien, que sin mas ruýdo, ni alboroto que el
 pasàdo, se hallò libre de la carga, que tanta pesadumbre le
 avia dado. Mas como Don Quixote tenia el sentido del
 olfàto tan vivo como el de los oýdos, y Sancho estàva tan
 junto, y cosido con èl, que casi por línea recta subian los
 vapores arriba, no se pùdo escùsar, que algunos no llegaf-
 sèn à sus narizes; y apènas huvieron llegado, quando èl fuè
 al socorro, apretàndolas entre los dos dedos, y con tono
 algo gangoso dixo: Parèceme, Sancho, que tienes mucho
 miedo? Si tengo, respondiò Sancho; mas en que lo echa
 de

de ver vuestra merced aora mas que nunca? En que aora mas que nunca huèles, y no à ambar, respondiò Don Quixote. Bien podrà fer, dixo Sancho, mas yo no tengo la culpa fino vuestra merced, que me tràe à deshoras, y por estos no acostumbrados passòs. Retirate tres ò quatro allà, amigo, dixo Don Quixote (todo esto sin quitarse los dedos de las narizes) y desde aqui adelante ten mas cuenta con tu persona, y con lo que debes à la mia; que la mucha Conversacion que tengo con tigo, hà engendrado este menosprècio. Apostarè, replicò Sancho, que piensa vuestra merced, que yo hè hecho de mi persona alguna cosa que no deva. Peòr es mençallo, amigo Sancho, respondiò Don Quixote.

EN estos coloquiòs y otros semejantes passaron la noche amo, y moço. Mas viendo Sancho, que à mas andar se venìa la mañana, con mucho tiento desligò à Rozinante, y se atò los calçones. Como Rozinante se viò libre (aunque èl de fuyo no era nada brioso) parece que se refintiò, y començo à dar manotadas, porque corbetas (con perdon fuyo) no las sabìa hazer. Viendo, pues, Don Quixote, que ya Rozinante se movìa, lo tùvo à buena señal, y creyò que lo era de que acometièssè aquella temerosa aventura. Acabò en esto de descubrirse el Alva, y de parecer distintamente las cosas, y viò Don Quixote que estava entre unos arboles altos, que eran castaños, que hazen la sombra muy escura. Sintio tambien que el golpear no cesàva, pero no viò quien lo podia causàr: Y assi fin mas detenerse hizo sentir las espuelas à Rozinante, y tornando à despedirse de Sancho, le mandò que alli le aguardàsse tres dias

dias à lo mas largo, como yà otra vez se lo avia dicho; y que si al cabo dellos no huvièsse buelto, tuvièsse por cierto, que Dios avia sido servido de que en aquella peligrosa aventura se le acabàssen sus dias. Tornòle à referir el recado, y embaxada, que avia de llevar de su parte à su señora Dulcinea, y que en lo que tocava à la paga de sus servicios, no tuvièsse pena, porque èl avia dexado hecho su testamento antes que saliera de su lugar, donde se hallaria gratificado de todo lo tocante à su salario, Rata por cantidad del tiempo que huvièsse servido: Pero que si Dios le facava de aquel peligro sano, y salvo, y sin cautela, se podia tener por muy mas que cierta la prometida infula. De nuevo tornò à llorar Sancho, oyendo de nuevo las lastimeras razones de su buen señor, y determinò de no dexarle hasta el ultimo transito, y fin de aquel negocio. Destas làgrimas y determinacion tan honrada de Sancho Pança faca el autor desta historia, que devia de ser bien nacido, ò por lo menos Christiano viejo: Cuyo sentimiento enterneciò algo à su amo, pero no tanto que mostràsse flaqueza alguna, antes disimulando lo mejor que pudo, començò à caminar hàzia la parte por donde le pareciò, que el ruýdo del agua, y del golpear venia, Seguiàle Sancho à piè, llevando, como tenia de costumbre, del cabestro à su Jumento (perpètuo compañero de sus pròsperas, y advèrsas fortunas:) Y aviendo andado una buena pieça por entre aquellos castaños, y arboles sombríos, dièron en un pradecillo, que al piè de unas altas peñas se hazia, de las quales se precipitava un grandissimo golpe de agua. Al piè de las peñas estavan unas casas mal hechas, que mas parecian ruýnas

ruynas de edificios, que casas, de entre las quales advertieron, que salia el ruído, y estruendo de aquel golpear, que aun no cesava. Alborotose Rozinante con el estruendo del agua, y de los golpes, y fofegándole Don Quixote, se fue llegando poco à poco à las casas, encomendándose de todo coraçon à su Señora, suplicándole, que en aquella temerosa Jornada, y empresa le favorecièsse; y de camino se encomendava tambien à Dios, que no le olvidasse. No se le quitava Sancho del lado, el qual alargava quanto podia el cuello, y la vista por entre las piernas de Rozinante, por ver, si veria yà lo que tan suspenso, y medroso le tenia. Otros cien passos serian los que anduvieron, quando, al doblar de una punta, pareció descubierta, y patente la misma causa, fin que pudièsse ser otra, de aquel horrifono, y para ellos espantable ruído, que tan suspensos, y medrosos toda la noche los avia tenido. Y eran (si no lo has, ò lector, por pesadumbre y enojo) seys maços de batàn, que con sus alternativos golpes aquel estruendo formavan. Quando Don Quixote vió lo que era, enmudeció, y pasmóse de arriba à baxo. Miróle Sancho, y vió que tenia la cabeça inclinada sobre el pecho con muestras de estar corrido. Mirò tambien Don Quixote à Sancho, y vióle que tenia los carrillos hinchados, y la boca llena de risa, con evidentes señales de querer reventar con ella; y no pudo su melancolia tanto con él, que à la vista de Sancho pudièsse dexar de reyrse, y como vió Sancho, que su amo avia comenzado; soltó la presa de manera, que tuvo necesidad de apretarse las hijadas con los puños por no reventar riendo. Quatro vezes fofegò y otras tantas bolvió à su risa con el mismo

mo Impetu que primero, de lo qual yà se dava al diablo Don Quixote; y mas quando le oyò dezir como por modo de fisga: Has de sabèr, ò Sancho amigo, que yo naci por querer del cielo en esta nuestra edad de hierro, para resucitar en ella la dorada, ò de oro. Yo soy aquel para quien estan guardados los peligros, las hazañas grandes, y los valerosos fechos: Y por aqui fuè repitiendo todas ò las mas razones que Don Quixote dixo la vez primera que oyèron los temerosos golpes. Viendo, pues, Don Quixote, que Sancho hazìa burla dèl, se corrió y enojò en tanta manera, que alço el lançon, y le assentò dos palos, tales, que si como los recibì en las espaldas, los recibiera en la cabèça, quedàra libre de pagarle el salario, si no fuere à sus herederos. Viendo Sancho, que sacava tan malas veras de sus burlas, con temor de que su amo no pasàsse adelante en ellas, con mucha humildad le dixo: foffieguèse vuestra merced, que por Dios, que me burlo. Pues porque os burlàys, no me burlo yo, respondiò Don Quixote. Venid acà, señor alegre, parèceos à vos, que si como estos fuèron maços de batàn, fuèran otra peligrosa aventura, no avia yo mostrado el animo, que convenìa, para emprendella, y acaballa? Estoy yo obligado, à dicha (siendo, como soy, cavallero) à conócèr y distinguir los fones, y saber quales son de batàn ò no? Y mas que podria fer (como es verdad) que no los he visto en mi vida, como vos los avrèys visto, como villano ruyn que foy, criado y nacido entre ellos. Sino hazed vos, que estos seys maços se buèlvan en seys Jayànes, y echàdmelos à las barbas uno à uno, ò todos juntos; y quando yo no diere con todos patas arriba, hazed

hazed de mi la burla que quisièredes. No aya mas, señor mio, replicò Sancho, que yo confieſſo, que hè andado algo riſueño en demasia: Pero digame vueſtra merced aora que eſtamos en Paz, aſſi Dios le ſaque de todas las aventuras, que le ſucedieren, tan ſano, y ſalvo como le hà ſacado deſta: No hà ſido coſa de reyr, y lo es de contar, el gran miedo que hèmos tenido, alomènos èl que yo tùve; que de vueſtra merced yà yo sè que no le conoce, ni ſabe que es temor ni eſpanto? No niego yo, reſpondiò Don Quixote, que lo que nos hà ſucedido, no ſea coſa digna de riſa, pero no es digna de contarſe; que no ſon todas las perſonas tan diſcretas, que ſepan poner en ſu punto las coſas. Alomenos, reſpondiò Sancho, ſupo vueſtra merced poner en ſu punto el Lançon, apuntandome à la cabeça, y dandome en las eſpaldas: gracias à Dios, y à la diligencia que pùſe en ladearme. Pero vaya, que todo ſaldrà en la colàdo, que yo hè oýdo dezir: Eſſe te quiere bien, que te haze llorar: Y mas que ſuelen los principales ſeñores, tras una mala palabra que dicen à un criado, darle luego unas calças; aunque no sè lo que le ſuelen dar, tras averle dado de palos; ſi yà no es, que los Cavalleros andantes dan tras palos infulas, ò reynos en tierra firme. Tal podria correr el dado, dixo Don Quixote, que todo lo que dizes, vinièſſe à ſer verdad: Y perdona lo paſſado, pues eres diſcreto y ſàbes, que los primeros movimientos no ſon en mano del hombre. Y eſtà advertido de aqui adelante en una coſa (para que te abſtengas, y reportes en el hablar demasiado con migo) que en quantos libros de Cavallerias hè leydo (que ſon infinitos) jamas he hallado, que ningun eſ-

T o m. I.

B b

cudero



cudero hablàsse tanto con su señor, como tu con el tuyo: Y en verdad que lo tengo à gran falta tuya, y mia: tuya, en que me estimas en poco: mia, en que no me dexo estimar en mas. Si que Gandalin escudero de Amadis de Gaula, conde fuè de la infula firme; y se lèe dèl, que siempre hablava à su señor con la gorra en la mano, inclinada la cabeça, y doblado el cuerpo (*More Turquesco.*) Pues que diremos de Gafabàl, escudero de Don Galaòr, que fuè tan callado, que para declararnos la excelencia de su maravilloso silencio, sola una vez se nombra su nombre en toda aquella tan grande como verdadera historia. De todo lo que he dicho has de inferir, Sancho, que es menester hazer diferencia de amo à moço, de Señor à criado, y de Cavallero à escudero: Assi que desde òy en adelante nos hèmòs de tratar con mas respeto, sin darnos cordelejo, porque de qualquiera manera que yo me enoje con vos, hà de fer mal para el càntaro. Las mercedes, y beneficios, que yo os hè prometido, llegaràn à su tiempo, y si no llegàren, el salàrio alomenos no se hà de perder, como yà os hè dicho. Està bien quanto vuestra merced dize, dixo Sancho, pero querria yo saber (por si à caso no llegàsse el tiempo de las mercedes, y fuèsse necessàrio acudir al de los salàrios) quanto ganàva un escudero de un Cavallero andante en aquellos tiempos? Y si se concertàvan por meses, ò por dias como peònes de albañir? No creo yo, respondiò Don Quixote, que jamàs los tales escuderos estuvièron à salàrio, sino à merced: Y si yo aora te le hè señaado à ti en el testamento cerrado, que dexè en mi casa, fuè por lo que podia suceder, que aun no sè, como prùeva en estos tan
cala-

calamitosos tiempos nuestros la Cavalleria; y no querria, que por pocas cosas penasse mi anima en el otro mundo; porque quiero que sepas, Sancho, que en el no ay estado mas peligroso. que el de los aventureros. Assi es verdad, dixo Sancho, pues solo el ruydo de los maços de un batàn pùdo alborotar, y defassoflegar el coraçon de un tan valeroso andante aventurero como es vuestra merced. Mas bien puede estàr seguro, que de aqui adelante no despliègue mis lãbios para hazer donayre de las cosas de vuestra merced, sino fuere para honrarle como à mi amo, y señor natural. Dessa manera, replicò Don Quixote, viviràs sobre la haz de la tierra, porque, despues de à los padres, à los amos se ha de respetar, como si lo fuessen.

C A P I T U L O XXI.

Que trata de la alta aventura, y rica ganancia del yelmo de Mambrino, con otras cosas sucedidas à nuestro invencible cavallero.

EN esto comencò à llover un poco, y quisièra Sancho, que se entràran en el molino de los batànes, mas aviales cobrado tal aborrecimiènto Don Quixote por la pasada burla, que en ninguna manera quiso entrar dentro; y assi torciendo el camino à la derecha mano, dièron en otro, como el que avian llevado el dia de antes. De alli à poco descubriò Don Quixote un hombre à cavallo, que trayà en la cabeça una cosa que relumbrava como si fuera de oro, y apenas le huvò visto, quando se bolviò à

B b 2

Sancho,



Sancho, y le dixo: Parèceme, Sancho, que no ay refràn que no sèa verdadèro, porque todos son sentencias sacadas de la mesma experiencia, madre de las sciencias todas, especialmente aquel que dize: Donde una puerta se cierra, otra se abre. Digolo, porque si à noche nos cerrò la ventura la puerta de la que buscàvamos, engañàndonos con los batànes, aora nos abre de par en par otra, para otra mejor, y mas cierta aventura, que si yo no acertàre à entrar por ella, mia ferà la culpa, sin que la pùeda dar à la poca noticia de batànes, ni à la escuridad de la noche. Digo esto, porque fino me engaño, hàzia nosotros viène uno, que trae en su cabeça puesto el yelmo de Mambrino, sobre que yo hize el Juramento que sabes. Mire vuestra merced bien lo que dize, y mejor lo que haze, dixo Sancho, que no querria que fuèssen otros batànes, que nos acabàssen de batanar, y aporreàr el sentido. Vàlate el diablo por hombre, replicò Don Quixote, que và de yelmo à batànes? No sè nada, respondiò Sancho; mas a fè, que si yo pudièra hablar tanto como folia, que quicà dièra tales razones, que vuestra merced vièra, que se engaña en lo que dize. Como me puedo engañar en lo que digo, traydòr escrupuloso? Dixo Don Quixote. Dime, no ves aquel Cavallero, que hàzia nosotros viène sobre un cavallo rùzio rodado, que tràe puesto en la cabeça un yelmo de oro? Lo que yo veo, y columbro, respondiò Sancho, no es fino un hombre sobre un asno pardo, como el mio, que tràe sobre la cabeça una cosa que relumbra. Pues effè es el yelmo de Mambrino, dixo Don Quixote. Apartate à una parte, y dèxame con èl à solas, veràs quan sin hablar palabra,

bra, por ahorrar el tiempo, concluyó esta aventura, y queda por mio el yelmo que tanto he deseado. Yo me tengo en cuidado el apartarme, replicó Sancho, mas quiera Dios, torno à dezir, que orégano sea, y no batanes. Ya os he dicho, hermano, que no me mentéis, ni por pienso, mas esto de los batanes, dixo Don Quixote, que voto (y no digo mas) que os batanèe el alma. Calló Sancho, de temor que su amo no cumplierse el voto, que le avia echado redondo como una bola.

Es, pues, el caso, que el yelmo, el cavallo, y Cavallero, que Don Quixote veyá, era esto: Que en aquel contorno avia dos lugares, el uno tan pequeño, que no tenia botica, ni barbero; y el otro, que estava junto à el, si; y allí el barbero del mayor servia al Menor, en el qual tuvo necesidad un enfermo de sangrarse, y otro de hazerse la barba, para lo qual venia el barbero, y traía una bazia de azofar. Y quiso la fuerte, que al tiempo que venia, comenzó à llover, y porque no se le manchasse el sombrero (que devia de ser nuevo) se puso la bazia sobre la cabeça, y como estava limpia, desde media legua relumbrava. Venia sobre un asno pardo, como Sancho dixo, y esta fue la ocasion, que à Don Quixote le pareció cavallo ruzio rodado, y Cavallero, y yelmo de oro (Que todas las cosas que veyá, con mucha Facilidad las acomodava à sus desvariadas cavallerias, y mal andantes pensamientos:) Y quando el vió, que el pobre cavallero llegava cerca, sin ponerse con èl en razones, à todo correr de Rozinante le enristró con el lançon baxo, llevando intencion de passarle de parte à parte: Mas quando à èl llegava, sin detener la furia de su
car-

carrera, le dixo: Defiendete, cautiva criatura, ò entrégame de tu voluntad lo que con tanta razon se me deve. El barbero, que tan sin pensarlo, ni temerlo, viò venir aquella fantasma sobre si, no tuvo otro remedio para poder guardarse del golpe de la lança, sino fuè el dexarse caer del asno abaxo; y no hubo tocado al suelo, quando se levantò mas ligero que un gamo, y començò à correr por aquel llano, que no le alcançara el viento. Dexòse la bazia en el suelo, con la qual se contentò Don Quixote, y dixo, que el pagano avia andado discreto, y que avia imitado al castor, el qual viendose acosado de los caçadores, se targa, y corta con los dientes aquello por lo que èl por instinto natural sabe, que es perseguido. Mandò à Sancho que alçasse el yelmo; el qual, tomandola en las manos, dixo: Por Dios, que la bazia es buena, y que vale un real de à ocho como un maravedì: Y dandofela à su amo, se la puso luego en la cabeça, rodeandola à una parte, y à otra, buscandole el encaxe, y como no se le hallava, dixo: Sin duda que el pagano, à cuya medida se forjó primero esta famosa celada, devia de tener grandissima cabeça; y lo peor dello es, que le falta la mitad. Quando Sancho oyò llamar à la bazia celada, no pudo tener la risa, mas vino se le à las mientes la cólera de su amo, y callò en la mitad della. De que te ries, Sancho? dixo Don Quixote. Ríome, respondió èl, de considerar la gran cabeça que tenia el pagano, dueño deste almète, que semeja à una bazia de barbero pintiparada. Sabes que imagino, Sancho? que esta famosa pieza deste encantado yelmo, por algun extraño accidente devió de venir à manos de quien no supo
cono-



J. Vanderbank inv. et Delin
Vol. I. p. 190

Ger. Vander Gucht sculp.



conocer, ni estimar su valor; y sin saber lo que había, viéndola de oro purísimo, debió de fundir la mitad para aprovecharse del precio, y de la otra mitad hizo esta, que parece bazía de barbero, como tu dices; pero sea lo que fuere, que para mi, que la conozco, no hace al caso su transmutacion; que yo la aderezaré en el primer lugar donde aya herrero, y de fuerte, que no le haga ventaja, ni aun le llegue la que hizo, y forjó el Dios de las herrerías para el Dios de las batallas: Y en este entretanto la traeré como pudiere, que mas vale algo, que no nada; quanto mas, que bien será bastante para defenderme de alguna pedrada. Esto será, dixo Sancho, fino se tira con honda, como se tiraron en la pelea de los dos exercitos, quando le fantiguaron à vuestra merced las muelas, y le rompieron el alcuza donde venia aquel benditissimo brevaje, que me hizo vomitar las asaduras. No me da mucha pena el averle perdido, que ya sabes tu, Sancho, dixo Don Quixote, que yo tengo la receta en la memoria. Tambien la tengo yo, respondiò Sancho; pero si yo le hiziere, ni le provare mas en mi vida, aqui sea mi hora: Quanto mas que no pienso ponerme en ocasion de averle menester, porque pienso guardarme con todos mis cinco sentidos de ser ferido, ni de ferir à nadie. De lo del ser otra vez manteado, no digo nada, que semejantes desgracias mal se pueden prevenir, y si vienen, no ày que hazer otra cosa, fino encoger los ombros, detener el aliento, cerrar los ojos, y dexarse ir por donde la fuerte, y la manta nos llevaren. Mal Christiano eres, Sancho, dixo, oyendo esto, Don Quixote, porque nunca olvidas la injuria que una vez te han hecho: Pues sàbete, que

es

es de pechos nobles, y generosos no hazer caso de niñerías. Que pie facaste cojo? Que costilla quebrada? Que cabeça rota? para que no se te olvide aquella burla, que bien apurada la cosa, burla fuè y passatiempo; que à no entenderlo yo assi, yà yo huvièra buelto allà, y huvièra hecho en tu vengança mas Daño, que el que hizieron los Griegos por la robada Elena; la qual, si fuèra en este tiempo, ò mi Dulcinea fuèra en aquel pudièra estar segura, que no tuvièra tanta fama de hermosa como tiene . . . y aqui diò un suspiro que le puso en las nubes. Y dixo Sancho passè por Burlas, pues la vengança no puede passàr en veras; pero yo sè de que calidad fueròn las veras, y las burlas, y sè tambien que no se me caeràn de la memoria como nunca se me quitaràn de las espaldas.

PERO dexando èsto à parte, dìgame vuestra merced: que harèmos deste cavallo rùzio rodado, que parece asno pardo, que dexò aqui desamparado aquel martino, que vuestra merced derribò, que segun èl puso los pies en polvorosa, y cogiò las de villadiego, no lleva Pergenio de bolver por èl jamas? Y para mis barbas, fino es bueno el rùzio. Nunca yo acostumbro, dixo Don Quixote, despojar à los que venço, ni es uso de cavalleria quitarles los cavallos, y dexarlos à piè; si yà no fuèsse que el vencedor huvièsse perdido en la pendencia el fuyo, que en tal caso lícito es tomar el del vencido, como ganado en guerra lícita. Assi que, Sancho, dexa esse cavallo, ò asno, ò lo que tu quisières que sèa, que como fu dueño nos vèa alongados de aqui, bolverà por èl. Dios sabe si quisièra llevarle, replicò Sancho, ò por lo menos trocarle con este mio, que

no

no me parece tan bueno, verdaderamente que son estrèchas las leyes de Cavalleria, pues no se estienden à dexar trocar un asno por otro; y querria saber, si podria trocar los aparejos, si quièra? En esto no estoy muy cierto, respondiò Don Quixote, y en caso de duda (hasta estar mejor informado) digo, que los truèques, si es que tienes dellos necesidad estrema. Tan estrema es, respondiò Sancho, que si fuèran para mi mesma persona, no los huvièra menester mas: Y luego habilitado con aquella licencia hizo mutacion *Caparum*, y puso su Jumento à las mil lindezas, dexàndole mejorado en tercio, y quinto. Hecho esto, almorçaron de las sobras del real, que de la azèmila despojaròn, y bevièron del agua del arroyo de los batanes; sin bolver la cara à mirarlos (tal era el aborrecimiènto que les tenian, por el miedo en que les avian puesto) cortada pues la colera, y aun la melancolia subièron à cavallo, y sin tomar determinàdo camino (por ser muy de cavalleros andantes el no tomar ninguno cièrto) se pusieron à caminar por donde la voluntad de Rozinante quiso, el qual se llevava tras si la de su amo, y aun la del asno, que siempre le seguia por donde quièra que guiava, en buen amor, y compania. Con todo esto bolvièron al camino real, y figuièron por èl à la ventura sin otro desìgnio alguno.

YENDO, pues, assi caminando, dixo Sancho à su Amo: Señor, quièra vuestra merced darme licencia, que departa un poco con el; que despues que me puso aquel aspero mandamiento del silencio, se me han podrido mas de quatro cosas en el estòmago, y una sola, que aora tengo en el pico de la lengua, no quisièra que se mal lograssè? Dila,



dixo Don Quixote, y sè breve en tus razonamientos; que ninguno ay gustoso, si es largo. Digo, pues, Señor, respondiò Sancho, que de algunos dias à esta parte he considerado quan poco se gana, y grangèa de andar buscando estas aventuras, que vuestra merced busca por estos desiertos, y encruzijadas de caminos, donde ya que se vençan, y acaben las mas peligrosas, no ày quien las vèa, ni sepa; y assi se han de quedar en perpetuo silencio, y en perjuyzio de la intencion de vuestra merced, y de lo que ellas merecen: Y assi me parece, que serìa mejor (salvo el mejor parecer de vuestra merced) que nos fuèssimos à servir à algun Emperador, ò à otro Principe grande, que tenga alguna guerra, en cuyo servicio vuestra merced mùestre el valor de su persona, sus grandes fuerças, y mayor entendimiento; que visto esto del Señor à quien sirvièremos, por fuerça nos ha de remunerar à cada qual segun sus Meritos; y alli no faltará quien ponga en escrito las hazañas de vuestra merced para perpètua memoria. De las mias no digo nada, pues no han de salir de los límites escuderiles: Aunque sè dezir, que si se usá en la Cavalleria escribir hazañas de escuderos, que no pienso que se han de quedar las mias entre renglones. No dizes mal, Sancho, respondiò Don Quixote: Mas antes que se llegue à esse termino, es menester andar por el mundo, como en aprovación, buscando las aventuras; para que, acabando algunas, se cobre nombre y fama tal, que quando se fuere à la corte de algun gran Monarca, ya sèa el Cavallero conocido por sus obras, y que apenas le ayan visto entrar los muchachos por la puerta de la ciudad, quando todos le figan, y rodèn, dando

do voces, diciendo: Este es el Cavallero del fol, ò de la fierpe, ò de otra insignia alguna, debaxo de la qual huviere acabado grandes hazañas. Este es, diràn, el que venció en fingular batalla al Gigantazo Brocabruno de la gran fuerça: El que defencantò al gran Mameluco de Perfia del largo encantamiento, en que avia estado casi nuevecientos años. Assi que de mano en mano iràn pregonando sus hechos; y luego al alboroto de los muchachos, y de la demas gente parecerà à las fenestras de su real palacio el Rey de aquel reyno, y assi como vèa al Cavallero, conociéndole por las armas, ò por la empresa del escudo, forçosamente ha de dezir: Ea, sus salgan mis Cavalleros, quantos en mi corte estàn, à recibir à la flor de la Cavalleria, que alli viene: A cuyo mandamiento saldràn todos, y el llegarà hasta la mitad de la escalera, y le abraçará estrechissimamente, y le darà paz, besàndole en el rostro, y luego le llevará por la mano al aposento de la Señora Reyna, à donde el Cavallero la hallará con la infanta su hija, que ha de ser una de las mas fermosas y acabadas donzellas, que en gran parte de lo descubierto de la tierra à duras penas se puede hallar. Sucederà tras esto luego incontinente, que ella ponga los ojos en el Cavallero, y el en los della, y cada uno parezca al otro cosa mas divina, que humana; y sin saber como ni como no, han de quedar presos, y enlazados en la intricable red amorosa, y con gran cuyta en sus coraçones, por no saber como se han de hablar, para descubrir sus ansias y sentimientos. Desde alli le llevaràn sin duda à algun quarto del palacio ricamente adereçado, donde, aviendòle quitado las armas, le traeràn un rico mantòn de escarlata con

C c 2

que



que se cubra; y si bien pareció armado, tan bien, y mejor ha de parecer en Farsèto. Venida la noche cenarà con el Rey, Reyna, è infanta, donde nunca quitarà los ojos della, miràndola à furto de los circunstantes, y ella harà lo mesmo con la mesma sagacidad; porque, como tengo dicho, es muy discreta donzella. Levantàrse han las tablas, y entrarà à deshora por la puerta de la sala un feo y pequeño Enano con una hermosa dueña, que entre dos Gigantes detras del Enano viène con cierta aventura hecha por un antiquissimo fabio, que el que la acabare, serà tenido por el mejor Cavallero del mundo. Mandarà luego el Rey, que todos los que estàn Presentes la prueven, y ninguno le darà fin, y cima fino el Cavallero huesped en mucho pro de su fama; de lo qual quedará contentissima la Infanta, y se tendrá por contenta, y pagada además, por aver puesto, y colocado sus pensamientos en tan alta parte. Y lo bueno es, que este Rey, ò principe, ò lo que es, tiene una muy reñida guerra con otro tan poderoso como el; y el Cavallero huesped le pide (al cabo de algunos dias que ha estado en su corte) licencia para ir à servirle en aquella guerra dicha. Daràsela el Rey de muy buen talante, y el Cavallero le befarà cortesmente las manos por la merced que le faze. Y aquella noche se despedirá de su Señora la infanta por las rejas de un Jardin, que càe en el aposento donde ella duerme, por las quales yà otras muchas vezes la avia sablado, siendo medianera, y sabidora de todo, una donzella de quien la infanta mucho se fia. Suspirarà el: desmayaràse ella: Traerà agua la donzella: acuytaràse mucho el, porque viene la mañana, y no querrìa que fuèssen descubiertos

cubiertos por la honra de su señora. Finalmente la Infanta bolverà en si, y darà sus blancas manos por la reja al Cavallero, el qual se las besará mil y mil vezes, y se las bañará en lágrimas. Quedará concertado entre los dos del modo que se han de hazer saber sus buenos, o malos sucesos; y rogaràle la Princesa, que se detenga lo menos que pudiese. Prometèrselo hà el con muchos Juramentos. Tòrnale à besar las manos; y despídese con tanto Sentimiento, que estará poco por acabar la vida. Vase desde alli à su aposento: echase sobre su lecho: No puede dormir del dolor de la partida: Madruga muy de mañana: Vase à despedir del Rey y de la Reyna, y de la Infanta: Dizenle, aviéndose despedido de los dos, que la señora Infanta està mal dispuesta, y que no puede recibir visita: Pienfa el Cavallero, que es de pena de su partida: Traspàssasele el Coraçon y falta poco de no dar indicio manifiesto de su pena: Està la donzella medianera delante: Hào de notar todo: vafelo à dezir à su señora, la qual la recibe con lagrimas, y le dize, que una de las mayores penas que tiene es, no saber quien seà su Cavallero, y si es de linage de Reyes ò no. Affegùrale la donzella, que no puede caber tanta cortesía, gentileza, y valentia como la de su Cavallero, fino en Sujeto real y grave. Consuèlase con esto la cuytada, y procùra alegrarse por no dar mal indicio de si à sus padres; y à cabo de dos dias sale en público. Ya se es ido el Cavallero: pelèa en la guerra: vence al enemigo del Rey: gana muchas ciudades: triunfa de muchas batallas: buelve à la corte: vè à su señora por donde fuele: Concièrtase que la pida à su padre por muger en pago de sus servicios;

servicios : No se la quiere dar el Rey porque no sabe quien es ; pero con todo esto, o robada, o de otra qualquier fuerte que sea, la Infanta viene a ser su esposa, y su padre lo viene a tener a gran ventura, porque se vino a averiguar, que el tal Cavallero es hijo de un valeroso Rey de no se que reyno, porque creo que no deve de estar en el mapa. Muere se el padre : hereda la Infanta : Queda Rey el Cavallero en dos palabras. Aqui entra luego el hazer mercedes a su escudero, y a todos aquellos que le ayudaron a subir a tan alto estado. Casa a su escudero con una donzella de la Infanta, que sera sin duda la que fue tercera en sus amores, que es hija de un Duque muy principal. Esto pido, y barras derèchas, dixo Sancho. A esto me atengo, porque todo al pie de la letra ha de suceder por vuestra merced, llamandose el *Cavallero de la triste figura*. No lo dudas, Sancho, replicò Don Quixote, porque del mesmo modo, y por los mesmos passos, que esto he contado, suben y han subido los Cavalleros andantes a ser Reyes y Emperadores. Solo falta aora mirar, que Rey de los Christianos, o de los paganos tenga guerra, y tenga hija hermosa : Pero tiempo avrà para pensar esto ; pues, como te tengo dicho, primero se ha de cobrar fama por otras partes, que se acuda a la corte. Tambien me falta otra cosa ; que, puesto caso, que se halle Rey con guerra, y con hija hermosa, y que yo aya cobrado fama increyble por todo el universo, no se yo, como se podria hallar, que yo sea de linage de Reyes, o por lo menos primo segundo de Emperador ? Porque no me querrà el Rey dar a su hija por muger fino està primero muy enterado en esto, aunque mas lo merezcan

can mis famosos hechos. Assi que por esta falta temo perder lo que mi braço tiene bien merecido. Bien es verdad que yo soy hidalgo de solar conocido, de possession, y Propiedad, y de devengar quinientos sueldos; y podria ser, que el sabio que escrivièsse mi historia, deslindasse de tal manera mi parentela, y descendencia, que me hallasse quinto, ò sexto nieto de Rey. Porque te hago saber, Sancho, que ay dos maneras de linages en el mundo: Unos que traen, y derivan su descendencia de Principes, y Monarcas, à quien poco à poco el tiempo hà deshecho, y han acabado en punta como piràmide puesta al revès. Otros tuvièron principio de gente baxa, y van subiendo de grado en grado hasta llegar à ser grandes señores. De manera que està la diferencia en que unos fuèron, que yà no son; y otros son, que yà no fuèron; y podia ser yo, de aquellos, que, despues de averiguado, huvièsse sido mi principio grande, y famoso; con lo qual se devia de contentar el Rey mi suegro, que huviere de ser: Y quando no, la Infanta me ha de querer de manera, que à pesar de su padre, aunque claramente sepa, que soy hijo de un açacàn, me hà de admitir por señor, y por esposo: Y fino aqui entra el roballa, y llevarla donde mas gusto me diere, que el tiempo, ò la muerte hà de acabar el enojo de sus padres. Ay entra bien, dixo Sancho, lo que algunos desalmados dizen: No pidas de grado lo que puedes tomar por fuerça: Aunque mejor quadrà dezir: Mas vale salto de mata, que ruego de hombres buenos. Dìgolo, porque si el señor Rey, suegro de vuestra merced, no se quisiere domeñar à entregarle à mi señora la Infanta, no ay fino como vuestra merced dize, roballa,

y

y trasponella. Pero està el daño, que en tanto que se hagan las pazes, y se goze pacificamente del Reyno, el pobre escudero se podrá estar à diente en esto de las mercedes; si yà no es, que la Donzella tercera, que hà de fer su muger, se fale con la Infanta, y èl passà con ella su mala ventura, hasta que el cielo ordene otra cosa; porque bien podrá, creo yo, desde luego darsela su señor por legitima esposa. Esto no ay quien te la quite, dixo Don Quixote. Pues como esto sea, respondiò Sancho, no ay fino encomendarnos à Dios, y dexar correr la fuerte por donde mejor lo encaminare. Hágalo Dios, respondiò Don Quixote, como yo desseo, y tu, Sancho, has menester; y ruyn sea quien por Ruyn se tiene. Sea par Dios, dixo Sancho, que yo Christiano viejo soy, y para ser conde esto me basta. Y aun te sobra, dixo Don Quixote, y quando no lo fuèras, no hazia nada al caso, porque siendo yo el Rey, bien te puedo dar nobleza sin que la compres, ni me sirvas con nada; porque en haziendote Conde, càtate ay Cavallero; y digan lo que dixèren, que à buena fè, que te han de llàmar señoria, mal que les pese. Y montas, que no fabrica yo autorizar el litado? dixo Sancho. Dictado has de dezir, que no litado, dixo su amo. Sea assi, respondiò Sancho Pança. Digo que le fabrica bien acomodar, porque por vida mia, que un tiempo fuy munidor de una cofradia, y que me assentava tan bien la ropa de munidor, que dezian todos, que tenia presencia para poder ser prioste de la mesma cofradia. Pues que ferà quando me ponga un ropon ducal acuestas, ò me vista de oro y de perlas à uso de Conde estrangero? Para mi tengo que me han de venir à ver de
cien

cien leguas. Bien pareceràs, dixo Don Quixote; pero ferà menester que te rapas las barbas à menudo, que segun las tienes de espèssas, aborrascàdas, y mal puèstas, fino te las rapas à navaja cada dos dias por lo menos, à tiro de escopeta se echarà de ver lo que eres. Que ày mas, dixo Sancho, fino tomar un barbero, y tenerle assalariàdo en casa; y aun si fuere menester, le harè que ande tras mi como Cavallerizo de grande. Pues como sabes tu, preguntò Don Quixote, que los Grandes llevan detras de si à sus Cavallerizos? Yo se lo dirè, respondiò Sancho. Los años passados estuve un mes en la corte, y alli vi, que passeàndose un Señor muy pequeño, que dezian, que era muy grande, un hombre le seguìa à Cavallo à todas las bueltas que dava, que no parecia fino que era su rabo. Preguntè, que como aquel hombre no se juntava con el otro, fino que siempre andava tras dèl? Respondièronme, que era su Cavallerizo, y que era uso de Grandes llevar tras si à los tales. Desde entonces lo sè tan bien, que nunca se me ha olvidado. Digo que tienes razon, dixo Don Quixote, y que assi puedes tu llevar à tu barbero; que los usos no vinièron todos juntos, ni se inventaròn à una; y puedes ser tu el primero Conde, que lleve tras si su barbero; y aun es de mas confiança el hazer la barba, que enfillar un cavallo. Quèdesè esso del barbero à mi cargo, dixo Sancho, y al de vuestra merced se quede el procurar venir à ser Rey, y el hazerme Conde. Assi ferà, respondiò Don Quixote, y alçando los ojos viò lo que se dirà en el siguiente Capitulo.



CAPITULO XXII.

De la libertad que diò Don Quixote à muchos desdichados, que mal de su grado los llevavàn donde no quisèran ir.

CUENTA Cide Hamete Benengeli, autor Arabigo, y Manchego, en esta gravissima, altisonante, minima, dulce, è imaginada historia, que despues que entre el famoso Don Quixote de la Mancha, y Sancho Pança su escudero passaron aquellas razones, que en el fin del capitulo veynte y uno quedan referidas: Que Don Quixote alçò los ojos, y viò que por el camino que llevava, venian hasta doze hombres à pie, enfartados como cuentas en una gran cadena de hierro por los cuellos, y todos con espasas à las manos. Venian asimismo con ellos dos hombres de à cavallo, y dos de à Piè. Los de à cavallo con escopetas de rueda, y los de à pie con dardos, y espadas; y que assi como Sancho Pança los vidò, dixo: Esta es cadena de galeotes, gente forçada del Rey, que vâ à las galeras. Como gente forçada preguntò Don Quixote? Es possible que el Rey haga fuerça à ninguna gente? No digo esso, respondiò Sancho, sino que es gente, que por sus delitos vâ condenada à servir al Rey en las galeras de por fuerça. En resolucion, replicò Don Quixote, como quèra que ello fea, esta gente, aunque los llevan, van de por fuerça y no de su voluntad. Assi es, dixo Sancho. Pues dessa manera, dixo su amo, aqui encaxa la execucion de mi Oficio, desfazer fuerças, y focorrer, y acudir à los miserables.

ferables. Advierta vuestra merced, dixo Sancho, que la Justicia, que es el mesmo Rey, no haze fuerça, ni agràvio à semejante gente, fino que los castiga en pena de sus delitos. Llegò en esto la cadena de los galeotes; y Don Quixote, con muy corteses razones, pidiò à los que iban en su guarda, fuèssen servidos de informalle, y dezille la causa, ò causas porque llevàvan aquella gente de aquella manera. Una de las guardas de à cavallo respondiò, que eran galeotes, gente de su Magestad, que iba à galeras, y que no avia mas que dezir, ni el tenia mas que saber. Con todo esso, replicò Don Quixote, querria saber de cada uno dellos en particular la causa de su desgracia. Añadiò à estas otras tales, y tan comedidas razones para moverlos à que le dixèssen lo que deseàva, que la otra guarda de à Cavallo le dixo: Aunque llevàmos aqui el registro, y la fè de las sentencias de cada uno destes malaventurados, no es tiempo este de detenèrnos à sacarlas, ni à leellas. Vuestra merced llègue, y se lo pregunte à ellos mesmos, que ellos lo diràn si quisieren; que si querràn, porque es gente que recibe gusto de hazer, y dezir vellaquerias. Con esta licencia (que Don Quixote se tomàra, aunque no se la dièran) se llegò à la cadena, y al primero le preguntò, que por que pecados iba de tan mala guisa? El le respondiò, que por enamorado iba de aquella manera. Por esso no mas replicò Don Quixote? Pues si por enamorados echan à galèras, dias ha, que pudièra yo estar bogando en ellas. No son los amores como los que vuestra merced pienfa, dixo el galeote, que los mios fuèron, que quise tanto à una canasta de colar, atestada de ropa blanca, que la abracè con migo tan fuertemènte, que à no



quitarmela la Justicia por fuerça, aun hasta aora no la huvièra dexado de mi voluntad. Fuè en fragante; no hùvo lugar de tormento; concluyòse la causa; acomodàronme las espaldas con ciento, y por añadidura tres precios de gurapas; y acabòse la obra. Que son gurapas preguntò Don Quixote? Gurapas son galeras, respondiò el galeote, el qual era un moço de hasta edad de veynte y quatro anos; y dixo que era natural de Piedrahita. Lo mesmo preguntò Don Quixote al segundo, el qual no respondiò palabra, segun iba de triste, y melancolico: Mas respondiò por el el primero, y dixo: Este, señor, và por canario: Digo, que por musico y cantor. Pues como, replicò Don Quixote, por musicos, y cantores van tambien à galeras? Si Señor, respondiò el galeote, que no ay peor cosa, que cantar en el ansia. Antes he yo oýdo dezir, dixo Don Quixote, que quien canta, sus males espanta. Acà es al revès, dixo el galeote, que quien canta una vez, llora toda la vida. No lo entiendo, dixo Don Quixote; mas una de las guardas le dixo: Señor Cavallero, cantar en el ansia, se dize entre esta gente non Santa, confesàr en el tormento. A este pecador le dieròn tormento, y confesò fu delito, que era ser quatrero, que es ser ladron de bestias; y por aver confesado, le condenaron por seys años à galeras, amen de dozientos açotes, que yà lleva en las espaldas; y và siempre pensativo, y triste, porque los demas ladrones, que allà quedan, y aqui van, le maltratan, aniquilan, y escarnecen, y tienen en poco porque confesò, y no tuvo animo de dezir *nones*; porque dizen ellos, que tantas letras tiene un *No* como un *Si*; y que harta ventura tiene un delincente, que està en su
len-

lengua fu vida, ò fu muerte, y no en la de los testigos, y provanças; y para mi tengo, que no vãn muy fuera de camino. Y yo lo entièdo assi, respondiò Don Quixote: El qual passando al tercero, preguntò lo que à los otros; y el de presto, y con mucho desenfado respondiò, y dixo: Yo vòy por cinco años à las señoras gurapas por faltarme diez ducados. Yo darè veynte de muy buena gana, dixo Don Quixote, por libràros dessa pesadùmbre. Effen me parece, respondiò el galeote, como quien tiene dineros en mitad del golfo, y se està muriendo de hambre, sin tenèr à donde compràr lo que hà menestèr. Dìgolo, porque si à su tiempo tuvièra yo effos veynte ducados, que vuestra merced aora me ofrèce, huvièra untado con ellos la pendola del escrivano, y avivado el ingenio del procurador de manera, que oy me vièra en mitad de la plaça de Zocodovèr de Toledo, y no en este camino atraillado como galgo: Pero Dios es grande, paciencia, y basta. Passò Don Quixote al quarto, que era un hombre de venerable rostro, con una barba blanca, que le passava del pecho, el qual oyendose preguntàr la causa porque alli venia? Començò à lloràr, y no respondiò palabra: Mas el quinto condenado le firviò de lengua, y dixo: Este hombre honrado vè por quatro años à galeras, aviendo passeado las acostumbradas, vestido en pompa y à cavallo. Effen es, dixo Sancho Pança, à lo que à mi me parece, avèr salido à la verguença. Assi es, replicò el galeote, y la culpa porque le dièron esta pena es, por avèr sido corredor de oreja, y aun de todo el cuerpo. En efeto quièro dezir, que este Cavallero vè por alcahuète, y por tener assi mes-

mo

mo fus puntas, y collar de hechizèro. A no avèrle añadido effas puntas, y collar, dixo Don Quixote, por solamente el alcahuète limpio, no merecìa el ir à bogar en las galeras, fino à mandallas, y à sèr general dellas; porque no es assi como quièra el oficio de alcahuète, que es oficio de discretos y necessarissimo en la Republica bien ordenada, y que no le avìa de exercèr fino gente muy bien nacida: Y aun avìa de avèr veèdor y examinador de los tales, como le ày de los demas oficios con numero deputado, y conocido, como corredores de lonja; y desta manera se escusarìan muchos males, que se causan, por andàr este oficio, y exercicio entre gente idiota, y de poco entendimiènto, como son Mugercillas de poco mas à menos, pagecillos, y truhànes de pocos años, y de poca experiencia, que à la mas necessaria ocasion, y quando es menestèr dàr una traça que importe, se les yelan las mìgas entre la boca, y la mano, y no sabèn qual es su mano derecha.

QUISIERA passàr adelante, y dàr las razones porque convenìa hazèr eleccion de los que en la republica avian de tenèr tan necesario oficio, pero no es el lugar acomodado para ello: Algun dia lo dirè à quien lo pueda proveèr, y remediàr. Solo digo aora, que la pena que me hà causado vèr estas blancas canas, y este rostro venerable en tanta fatiga por alcahuète, me la hà quitado el adjunto de sèr hechizèro: Aunque bien sè, que no ay hechizos en el mundo, que puedan movèr, y forçàr la voluntad, como algunos simples piensàn; que es libre nuestro alvedrìo, y no ày yèrva, ni encanto que le fuerce. Lo que fuelen hazèr algunas mugercillas simples, y algunos embusteros vellacos,

Ilacos es algunas mixturas, y venenos con que buelven locos à los hombres, dando à entender, que tienen fuerça para hazer querer bien, siendo, como digo, cosa impossible forçar la voluntad. Assi es, dixo el buen viejo, y en verdad, Señor, que en lo de hechizero, que no tève culpa; en lo de alcahuete no lo pude negar, pero nunca pensè, que hazìa mal en ello; que toda mi intencion era, que todo el mundo se holgàsse, y vivièsse en paz, y quietud sin pependencias, ni penas; pero no me aprovechò nada este buen desèo para dexar de ir à donde no espero bolver, segun me cargan los años, y un mal de orina que llevo, que no me dexa repofar un rato: Y aqui tornò à su llanto comò de primero, y tève Sancho tanta Compassion, que facò un real de à quatro del seno, y se lo diò de limosna.

PASÒ adelante Don Quixote, y preguntò à otro, su delito: El qual respondiò con no menos, sino con mucha mas gallardìa que el passado: Yo voy aqui porque me burlè demasiadamente con dos primas hermanas mias, y con otras dos hermanas, que no lo eran mias. Finalmente tanto me burlè con todas, que resultò de la burla, crecèr la parentela tan intrincadamente, que no ày sumista que la declàre. Provòseme todo; faltò favòr; no tève dìneros; vime à pique de perder los tragaderos; sentenciàronme à galeras por seys años; consentì; castigo es de mi culpa; moço foy; dure la vida, que con ella todo se alcança. Si vuestra merced, Señor Cavallero, lleva alguna cosa con que socorrer à estos pobrètes, Dios se lo pagará en el cielo, y nosotros tendrèmos en la tierra cuydado de rogàr à Dios en nuestras oraciones por la vida, y salud de vuestra Merced,
que

que sea tan larga, y tan buena, como fu buena presencia merece. Este iba en habito de estudiante; y una de las guardas dixo, que era muy grande hablador, y muy gentil latino.

TRAS todos estos venia un hombre de muy buen parecer de edad de treynta años; fino que al mirar, metia el un ojo en el otro: Un poco venia diferentemente atado que los demas, porque traia una cadena al pie, tan grande, que se la liava por todo el cuerpo, y dos argollas à la garganta, la una en la cadena, y la otra de las que llaman, *Guarda Amigo*, ò *Pie de Amigo*, de la qual decendian dos hierros, que llegavan à la cintura, en los quales se asian dos esposas, donde llevava las manos cerradas con un grueso candado, de manera que ni con las manos podia llegar à la boca, ni podia baxar la cabeza à llegar à las manos. Preguntò Don Quixote, que como iba aquel hombre con tantas prisiones mas que los otros? Respondiòle la guarda; porque tenia aquel solo mas delitos que todos los otros juntos; y que era tan atrevido, y tan gran Vellaco, que aunque le llevavan de aquella manera, no ivan seguros del, fino que temian, que se les avia de huir. Que delitos puede tener, dixo Don Quixote, fino han merecido mas pena que echarle à las galeras? Và por diez años, replicò la guarda, que es como muerte civil. No se quiera saber mas, fino que este buen hombre es el famoso gines de passamonte, que por otro nombre llaman, Ginesillo de parapilla. Señor comisario, dixo entonces el galeote, vaya se poco à poco, y no andemos aora à deslindar nombres y sobrenombres. Ginès me llamo, y no Ginesillo, y Passamonte

monte es mi alcurnia, y no parapilla, como boace dize; y cada uno se dà una buelta à la redonda, y no harà poco. Hable con menos tono, replicò el comissario, Señor ladrón de mas de la marca, fino quiere, que le haga callar, mal que le pese. Bien parece, respondiò el galeote, que và el hombre como Dios es servido, pero algun dia sabrà alguno, si me llamo Ginesillo de Parapilla, ò no. Pues no te llaman assi, embuftero? dixò la guarda. Si llaman, respondiò Ginès, mas yo harè que no me lo llamen, ò me las pelaria, donde yo digo entre mis dientes. Señor Cavallero, si tiene algo que darnos, dènoslo yà, y vaya con Dios, que yà enfada con tanto querer saber vidas ajenas, y si la mia quiere saber, sepa que yo soy Ginès de Passamonte, cuya vida està escrita por estos pulgares. Dize verdad, dixò el comissario, que èl mesmo hà escrito su història, que no ày mas que desèar, y dexa empeñado el libro en la carcel en dozientos reales. Y le pienso quitar, dixò Ginès, si quedàra en dozientos ducados. Tan bueno es? dixo Don Quixote. Es tan bueno, respondiò Ginès, que mal año para Lazarillo de Tormes, y para todos quantos de aquel genero se han escrito, ò escrivièren. Lo que le sè dezir à boace es, que trata verdades, y que son verdades tan lindas, y tan donosas, que no puede aver mentiras que se les igualen. Y como se intitula el Libro preguntò Don Quixote? *La vida de Ginès de Passamonte*, respondiò èl mismo. Y està acabado preguntò Don Quixote? Como puede estar acabado, respondiò el, si aun no està acabada mi vida? Lo que està escrito es desde mi nacimiento hasta el punto, que esta ultima vez me han echado à galèras. Luego otra



vez avèys estado en ellas? dixò Don Quixote. Para fervir à Dios, y al Rey otra vez hè estado quatro años; y yà sè à que sabe el vizcocho, y el corbacho, respondiò Ginès: Y no me pesa mucho de ir à ellas, porque alli tendrè lugar de acabàr mi libro; que me quedan muchas cosas que dezir, y en las galeràs de España ày mas Sossiego de aquel que ferìa menestèr, aunque no es menestèr mucho mas, para lo que yo tengo de escribir, porque me lo sè de coro. Abil pareces dixo Don Quixote? Y desdichado, respondiò Ginès; porque siempre las desdichas perfiguen al buen ingenio. Perfiguen à los vellacos, dixò el comissario. Ya le hè dicho, Señor comissario, respondiò Passamonte, que se vaya poco à poco; que aquellos Señores no le dièron essa vara para que maltratàsse à los pobrètes, que aqui vàmós, sino para que nos guiàsse, y llevàsse à donde fu Magestad manda: Sino por vida de... basta, que podria ser, que salièssen algun dia en la colada las manchas, que se hizieron en la venta: Y todo el mundo calle, y viva bien, y hable mejor, y caminèmos, que ya es mucho regodèo este. Alçò la vara en alto el comissario para dar à Passamonte en respuesta de sus amenazas; mas Don Quixote se pùso en medio, y le rogò, que no le maltratàsse, pues no era mucho, que quien llevava tan atadas las manos, tuvièsse algun tanto suelta la lengua: Y bolviendose à todos los de la cadèna, dixo: De todo quanto me avèys dicho, hermanos carissimos, he sacado en limpio, que aunque os han castigado por vuestras culpas; las penas, que vays à padecèr, no os dan mucho gusto; y que vays à ellas muy de mala gana, y muy contra vuestra voluntad; y que podria ser,

fer, que el poco animo que aquel tuvo en el tormento, la falta de dineros deste, el poco favor del otro, y finalmente el torcido Juyzio del Juez havièsse sido la causa de vuestra perdicion, y de no aver salido con la Justicia que de vuestra parte teniades: Todo lo qual se me representa à mi aora en la Memoria de manera, que me està diziendo, persuadiendo, y aun forçando, que muestre con vosotros el efecto para que el Cielo me arrojò al mundo, y me hizo professar en èl la orden de Cavalleria que professò, y el voto que en ella hize de favorecer à los menesterosos, y opressos de los mayores. Pero porque sè, que una de las partes de la prudencia es, que lo que se puede hazer por bien, no se haga por mal, quiero rogàr à estos señores guardianes, y comissarios, seàn servidos de desataros, y dexaros ir en Paz, que no faltaràn otros que sirvàn al Rey en mejores ocasiones; porque me parece duro caso, hazer esclàvos à los que Dios, y naturaleza hizo libres. Quanto mas, señores guardas, añadió Don Quixote, que estos pobres no han cometido nada contra vosotros: Allà se lo aya cada uno con su pecado. Dios ay en el Cielo, que no se descuyda de castigar al malo, ni de premiar al bueno, y no es bien que los hombres honrados seàn verdugos de los otros hombres, no yèndoles nada en ello. Pido esto con esta mansedumbre y fosiègo, porque tenga, si lo cumplis, algo que agradeceròs: Y quando de grado no lo hagays, esta lança, y esta espada con el valor de mi Braço haràn, que lo hagays por fuerça. Donosa majaderia, respondiò el comissario: bueno està el donayre con que hà salido à cabo de rato. Los forçados del Rey quiere que le dexèmos, como si tu-



viéramos autoridad para foltárlas, ò el la tuviéra para mandárnoslo. Váyase vuestra merced, Señor, norabuena fu camino adelante, y enderècese eſſa bazía que trae en la cabeça, y no ande buscando tres pies al gato. Vos foys el gato, y el rato, y el vellaco, respondiò Don Quixote; y dizièndo, y hazièndo, arremetiò con el tan preſto, que fin que tuvièſſe lugar de ponerſe en defenſa, diò con el en el fuelo mal herido de una lançada: Y avinole bien, que eſte era el de la eſcopeta. Las demas guardas quedaròn atònitás, y fuſpenſas del no eſperado acontecimiento; pero bolvièndo ſobre ſi, puſièron mano à ſus eſpadas los de à cavallo, y los de à piè à ſus dardos, y arremetièron à Don Quixote, que con mucho ſoſiego los aguardàva, y fin duda lo paſàra mal, ſi los galeotes, viendo la ocaſion que ſe les ofrecia de alcançar libertad, no la procuràran, procurando romper la cadèna donde venìan enſartados. Fuè la rebuelta de manera, que las guardas, ya por acudir à los Galeotes que ſe deſatàvan, ya por acometer à Don Quixote, que los acometià, no hizièron coſa que fuèſſe de provecho. Ayudò Sancho por ſu parte à la foltura de Ginès de Paſſamonte, que fuè el primero que faltò en la campaña libre y deſembaraçado; y arremetièndo al comiſſario caydo, le quitò la eſpada, y la eſcopeta, con la qual, apuntàndo al uno, y ſeñalando al otro, fin diſparalla jamas, no quedò guarda en todo el campo, porque ſe fuèron huyèndo, aſſi de la eſcopeta de Paſſamonte, como de las muchas pedradas, que los ya fultos galeotes les tiràvan.

ENTRISTECIÒSE mucho Sancho deſte ſuceſſo, porque ſe le representò, que los que ivan huyèndo, avian de dar





J. Vanderbank scul.
Vol. 1. p. 213.

A. Baron. scul.

15

dar noticia del caso à la santa Hermandad, la qual à campana herida faldria à buscar los delinquentes, y assi se lo dixò à su amo, y le rogò, que luego de alli se partièssen, y se emboscàssen en la sierra, que estàva cerca. Bien està esso, dixo Don Quixote, pero yo sè lo que aora conviene que se haga; y llamando à todos los galeòtes, que andàvan alborotados, y avian despojado al comisiario hasta dexarle en cueros, se le pufieron todos à la redonda para ver lo que les mandava, y assi les dixo. De gente bien nacida es, agradecer los beneficios que reciben, y uno de los pecados, que mas à Dios ofende, es la ingratitud. Dìgolo, porque yà avèys visto, señores, con manifiesta experiencia, el que de mi avèys recebido; en pago del qual querria, y es mi voluntad, que cargados dessa cadèna que quitè de vuestros cuellos, luego os pongàys en camino, y vàys à la ciudad del Toboso, y alli os presentèys ante la señora Dulcinea del Toboso, y le digàys, que fu Cavallero, *El de la triste Figura*, se le embia à encomendar; y le contèys punto por punto todos los que hà tenido esta famosa aventura, hasta ponerlos en la deseada libertad: Y hecho esto, os podrèys ir donde quisièredes à la buena ventura. Respondiò por todos Ginès de Passamonte y dixo: Lo que vuestra merced nos manda, señor y libertador nuestro, es imposible de toda impossibilidad cumplirlo, porque no podèmos ir juntos por los caminos, sino solos, y divididos, y cada uno por su parte, procurando meterse en las entrañas de la tierra, por no ser hallado de la santa Hermandad, que sin duda alguna hà de salir en nuestra busca. Lo que vuestra merced puede hazer, y es justo que haga es, mudar esse servicio,

cio, y montazgo de la señora Dulcinea del Toboso en alguna cantidad de Ave-Marias, y Credos, que nosotros diremos por la intencion de vuestra merced; y esta es cosa que se podrá cumplir de noche, y de dia, huyendo, ò reposando, en paz, ò en guerra: Pero pensar que hēmos de bolver aora à las ollas de Egipto, digo, à tomār nuestra cadena, y à ponēnos en camino del Toboso, es pensar que es aora de noche, que aun no son las diez del dia; y es pedir à nosotros esto, como pedir peras al olmo. Pues voto à tal, dixo Don Quixote (ya puesto en cōlera) Don hijo de la puta, Don Ginesillo de Parapillo, ò como os llamays, que avēys de ir vos solo, rabo entre piernas, con la cadena acuestas. Passamonte, que no era nada bien sufrido, estando yà enterado, que Don Quixote no era muy cuerdo (pues tal disparate avia cometido, como el querer darles libertad) viendo se tratar de aquella manera, hizo del ojo à los compañeros, y apartandose à parte, començaron à llover tantas piedras sobre Don Quixote, que no se dava manos à cubrirse con la rodela; y el pobre de Rozinante no hazia mas caso de la espuēla, que si fuēra hecho de bronce. Sancho se puso tras su asno, y con el se defendia de la nube, y pedrisco que sobre entrambos llovía. No se pudo escudar tambien Don Quixote, que no le acertassen no sē quantos guijarros en el cuerpo, con tanta fuerça, que diēron con el en el suelo; y apēnas huvō caydo, quando fuē sobre el el estudiante, y le quitō la baziā de la cabeza, y diōle con ella tres, ò quatro golpes en las espaldas, y otros tantos en la tierra, con que casi la hizo pedazos. Quitaronle una ropilla que traya sobre las armas; y las medias calças

calças le querian quitàr, si las grevas no lo estorvàran. A Sancho le quitàron el gavàn, y dexàndole en pelòta, repartièndo entre si los demàs despojos de la batalla, se fuèron cada uno por su parte con mas cuydado de escapàrse de la Hermandad que temian, que de cargàrse de la cadena, è ir à presentàrse ante la señoira Dulcinea del Toboso. Solos quedàron el Jumento y Rozinante, Sancho y Don Quixote: El Jumento cabizbaxo, y pensativo, sacudièndo de quando en quando las orejas, pensando que aun no avia cessado la borràsca de las piedras, que le zumbàvan los oydos; Rozinante tendido junto à su amo, que tambien vino al suèlo de otra pedrada; Sancho en pelota, y temeroso de la santa Hermandad. Don Quixote mohinissimo de vèrse tan mal parado por los mismos à quien tanto bien avia hecho.

CAPITULO XXIII.

De lo que le aconteciò al famoso Don Quixote en sierra Morena, que fuè una de las mas raras aventuras, que en esta verdadera historia se cuentan.

VIENDOSE tan mal parado Don Quixote, dixo à su escudèro: Siempre, Sancho, lo hè oydo dezir, que el hazèr bien à villanos, es echàr agua en la Mar. Si yo huvièra creydo lo que me dixiste, yo huvièra escusado esta pesadumbre; pero yà està hecho: Paciencia, y escarmentàr para desde aqui adelante. Assi escarmentarà vuestra merced, respondiò Sancho, como yo foy Turco: Pero pues
dize

dize que si me huvièra creydo, se huvièra escufado este da-
 ño, crèame aora, y escufarà otro mayor; porque le hago
 fabèr, que con la santa Hermandad no ày ùsar de Cavalle-
 rias; que no se le dà à ella por quantos Cavalleros andantes
 ày dos maravedis: Y sepa, que yà me parece, que fus faè-
 tas me zumban por los oydos. Naturalmènte eres cobar-
 de, Sancho, dixo Don Quixote, pero porque no digas que
 foy contumaz, y que jamas hago lo que me aconsejas, por
 esta vez quièro tomàr tu consejo, y apartàrme de la fùria
 que tanto temes; mas ha de sèr con una condicion, que
 jamas en vida, ni en muerte has de dezir à nadie, que yo
 me retirè, y apartè deste peligro, de miedo, sino por com-
 plazèr à tus ruègos; que si otra cosa dixères, mentiràs en
 ello, y desde aora para entonces, y desde entonces para aora
 te desmiènto, y digo que mientes, y mentiràs todas las ve-
 zes que lo pensàres, ò lo dixères: Y no me repliques mas;
 que en solo pensàr, que me aparto, y retiro de algun peli-
 gro, especialmènte deste, que parece que lleva algun, es, no
 es, de sombra de miedo, estòy ya para quedàrme, y para
 aguardàr aqui solo, no solamènte à la santa Hermandad,
 que dizes y tèmes, sino à los hermanos de los doze Tribus
 de Israèl, y à los siete Machabeos, y à Castor, y à Polux,
 y aun à todos los hermanos, y hermandades que ày en el
 mundo. Señor, respondiò Sancho, el *retiràrse* no es *buyr*,
 ni el *esperàr* es *cordura*, quando el peligro sobrepuja à
 la esperança; y de sabios es, guardàrse oy para mañana,
 y no aventuràrse todo en un dia: Y sepa, que aunque Zà-
 fio, y villano, toda via se me alcança algo desto que lla-
 man, buen gobièrno: Assi que no se arrepienta de avèr to-
 mado

mado mi consejo, fino suba en Rozinante, si puede, ò fino yo le ayudarè, y sigame; que el caletre me dize, que hèmòs menester aora mas los pies que las manos. Subiò Don Quixote sin replicarle mas palabra, y guiando Sancho sobre su asno, se entraron por una parte de Sierra Morena, que alli junto estàva, llevando Sancho intencion de atravesarla toda, è ir à salir al Viso, ò à Almodovar del Campo, y esconderse algunos dias por aquellas asperezas, por no ser hallados, si la Hermandad los buscàsse. Animòle à esto aver visto, que de la refriega de los galeotes se avia escapado libre la despenfa, que sobre su asno venia: Cosa que la juzgò à milagro, segun fuè lo que llevaron, y buscaron los galeotes.

AQUELLA noche llegaron à la mitad de las entrañas de Sierra Morena, à donde le pareciò à Sancho passar aquella noche, y aun otros algunos dias, alomenos todos aquellos que duràsse el matalotaje, que llevava: Y assi hizieron noche entre dos peñas y entre muchos Alcornocues. Pero la fuerte fatàl, que, segun Opinion de los que no tienen lumbre de la verdadera Fè, todo lo guìa, guisa, y compone à su modo, ordenò, que Ginès de Passamonte el famoso embustero, y ladron, que de la cadena por virtud y locura de Don Quixote se avia escapado, llevado del miedo de la fanta Hermandad (de quien con justa razon temia) acordò de esconderse en aquellas montañas, y llevòle su fuerte, y su miedo à la misma parte, donde avia llevado à Don Quixote y à Sancho Pança, à hora, y tiempo que los pudo conocer, y à punto que los dexò dormir. Y como siempre los malos son desàgradecidos, y la necesidad



sèa ocasion de acudir à lo que se deve, y el remedio presente vença à lo por venir; Ginès, que no era ni agradecido, ni bien intencionado, acordò de hurtar el asno à Sancho Pança, no curàndose de Rozinante por ser prenda tan mala para empeñada, como para vendida. Dormìa Sancho Pança; hurtòle fu Jumento; y antes que amanecièsse, se hallò bien lexos de poder ser hallado. Saliò el Aurora alegrando la tierra, y entristeciendo à Sancho Pança, porque hallò menos fu Rùzio, el qual vièndose fin èl, començò à hazer el mas triste, y doloroso llanto del mundo; y fuè de manera, que Don Quixote despertò à las voces, y oyò que en ellas dezia: O hijo de mis entrañas, nacido en mi mesma casa, Brinco de mis hijos, regàlo de mi muger, envidia de mis vezinos, alivio de mis cargas, y finalmente Sustento de la mitad de mi persona, porque con veynte y seys maravedis que ganàva contigo cada dia, mediàva yo mi dispenfa.

Don Quixote que oyò el llanto y supo la causa, consolò à Sancho con las mejores razones que pudo, y le rogò que tuvièsse paciencia, prometiéndole de darle una cedula de Cambio, para que le dièssen tres en su casa de cinco que avia dexado en ella. Consolòse Sancho con esto, y limpiò sus lagrimas, templò sus solloços, y agradeciò à Don Quixote la merced que le hazia: El qual como entrò por aquellas montañas, se le alegrò el coraçon, pareciéndole aquellos lugares acomodados para las aventuras que buscàva. Reduziansele à la memoria los maravillosos acacimientos, que en semejantes soledades y asperezas avian sucedido à Cavalleros andantes. Iva pensando en estas cosas,
tan

tan enbebecido, y transportado en ellas, que de ninguna otra se acordava: Ni Sancho llevava otro Cuydado (despues que le pareció que caminava por parte segura) fino de fatisfazer su estómago con los relieves, que del despojo clerical avian quedado, y allí iba tras su amo, sentado à la mugeriega sobre su Jumento, sacando de un costal, y embaulando en su Pança; y no se le dièra por hallar otra Aventura, entre tanto que iba de aquella manera, un ardite. En esto alço los ojos, y viò que su amo estàva parado, procurando con la punta del lançon alçar no sè que bulto, que estàva cayendo en el suelo, por lo qual se diò priessa à llegar à ayudarle, si fuèsse menester; y quando llegò, fue à tiempo, que alçava con la punta del lançon un coxin, y una maleta afida à èl, medio podridos, ò podridos del todo, y deshechos; mas pesava tanto, que fuè necessàrio, que Sancho se apeasse à tomarlos, y mandòle su amo, que vièsse lo que en la maleta venia. Hizolo con mucha presteza Sancho; y aunque la maleta venia cerrada con una cadena, y su candado, por lo roto y podrido della viò lo que en ella avia, que eran quatro camisas de delgada olanda, y otras cosas de lienço, no menos curiosas, que limpias; y en un pañuelo hallò un buen montonzillo de escudos de oro; y allí como los viò, dixo: Bendito sea todo el Cielo, que nos ha deparado una aventura, que sea de provecho; y buscando mas, hallò un librillo de memoria ricamente guarnecido. Este le pidió Don Quixote, y mandòle que guardasse el dinero, y lo tomasse para el. Besòle las manos Sancho por la merced; y desbalijando à la balija de su lenceria, la puso en el costal de la despensa; todo lo qual



visto por Don Quixote, dixo: Parèceme, Sancho, (y no es possible que sèa otra cosa) que algun caminante descaminado deviò de passàr por esta tierra, y falseàndole malandrines, le devièron de matar, y le truxèron à enterrar en esta tan escondida parte. No puede ser esto, respondiò Sancho, porque si fuèran ladrones, no se dexàran aqui este dinero. Verdad dizes, dixo Don Quixote, y assi no adivino, ni doy en lo que esto pueda ser: Mas espèrate, verèmos, si en este librito de memoria ày alguna cosa escrita, por donde podàmos rastrear, y venir en conocimiento de lo que desseamos. Abriòle, y lo primero que hallò en èl escrito como en borrador, aunque de muy buena letra, fuè un soneto, que leyèndole alto porque Sancho tambien lo oyèsse, viò que dezia desta manera.

O le falta al amor conocimiento,
 O le sobra crueldad, ò no es mi pena
 Igual à la ocasion, que me condena
 Al genero mas duro de tormento.
 Pero si amor es Dios, es argumento,
 Que nada ignora; y es razon muy buena,
 Que un Dios no sèa cruel: Pues quien ordena
 El terrible dolor, que adoro y siento?
 Si digo que soys vos, Fili, no acierto;
 Que tanto mal en tanto bien no cabe,
 Ni me viene del Cielo esta ruyna.
 Presto avrè de morir, que es lo mas cierto,
 Que al mal, de quien la causa no se sabe,
 Milagro es acertar la medicina.

Por

Por effa Troba, dixo Sancho, no fe puede saber nada, fi yà no es que por effe hilo que està ay, fe faque el ovillo de todo. Que hilo està aqui? dixo Don Quixote. Parèceme, dixo Sancho, que vuestra merced nombrò ay hilo. No dixè fino fili, respondiò Don Quixote; y este fin duda es el nombre de la dama de quien se quexa el autor deste foneto: Y à fè que dève de ser razonable poëta, ò yo sè poco del arte. Luego tambien, dixo Sancho, se le entien- de à vuestra merced de trobas? Y mas de lo que tu pien- fas, respondiò Don Quixote, y veràslo quando lleves una carta, escrita en verso de arriba à baxo, à mi señora Dul- cinea del Toboso; porque quiero que sepas, Sancho, que todos, ò los mas Cavalleros andantes de la edad passada eran grandes trovadores, y grandes muficos; que estas dos ha- bilitades, ò gracias por mejor dezir, son anexas à los ena- morados andantes: verdad es, que las coplas de los passa- dos Cavalleros tienen mas de espiritu que de primor. Lea mas vuestra merced, dixo Sancho, que ya hallarà algo que nos satisfaga. Bolviò la hoja Don Quixote, y dixo: Esta es prosa, y parece carta. Carta missiva, señor? preguntò Sancho. En el principio no parece fino de amores, res- pondiò Don Quixote. Pues lèa vuestra merced alto, dixo Sancho, que gusto mucho destas cosas de amores. Que me plaze, dixo Don Quixote, y leyèndola alto, como Sancho se lo avia rogado, viò que dezia desta manera.

Tu falsa promessa, y mi cierta desventùra me llevan à parte, donde antes bolveràn à tus oydos las nuevas de mi muerte, que las razones de mis quexas. Desechàsteme, ò ingrata, por quien tiene mas, no por quien vale mas que yo:

yo: mas si la virtud fuèra riqueza que se estimàra, no envidiàra yo dichas ajenas, ni llorara desdichas propias. Lo que levantò tu hermosura, han derribado tus obras. Por ella entendì que eras Angel, y por ellas conozco que eres muger. Quèdate en paz, causadora de mi guerra, y haga el Cielo, que los engaños de tu esposo estèn siempre encubiertos, porque tu no quedes arrepentida de lo que hiziste, y yo no tome vengança de lo que no desèo.

ACABANDO de leèr la carta, dixo Don Quixote: Menos por esta que por los versos se puede facar mas, de que quien la escriviò es algun desdeñado amante: Y hojeando casi todo el librito, hallò otros versos, y cartas, que algunos pudo leèr, y otros no; pero lo que todos contenian, eran quejas, lamentos, desconfianças, favores, y sinfavores, favores, y desdenes, solenizados los unos, y llorados los otros. En tanto que Don Quixote passava el libro, passava Sancho la maleta, sin dexar rincon en toda ella, ni en el coxin, que no buscàsse, escudriñàsse, è inquirièsse, ni costura que no deshiziesse, ni vedixa de lana que no escarmenàsse, porque no se quedasse nada por diligencia, ni mal recado: Tal golosina avian despertado en el los hallados escudos, que passavan de ciento. Y aunque no hallò mas de lo hallado, diò por bien empleados los buelos de la manta, el vomitèr del brevaje, las bendiciones de las estacas, las puñadas del arriero, la falta de las alforjas, el robo del gavàn, y toda la hambre, sed, y Cansancio, que avia passado en servicio de su buen seño; parecièndole que estàva mas que rebien pagado con la merced recebida de la entrega del hallazgo.

C O N

CON gran desèo quedò el Cavallero de la triste Figura de saber, quien fuèsse el dueño de la maleta, conjeturando por el sonèto, y carta, por el dinero en oro, y por las tan buenas camisas, que devìa de ser de algun principal enamorado, à quien desdenes, y malos tratamientos de su Dama devian de avèr conduzido à algun desesperado termino: Pero como por aquel lugar inhabitable, y escabroso no parecia persona alguna de quien poder informarse, no se curò de mas, que de passàr adelante, sin llevar otro camino que aquel que Rozinante queria, que era por donde el podia caminar: Siempre con imaginacion que no podia faltar por aquellas malezas alguna estraña aventura.

YENDO, pues, con este pensamiento, viò, que por cima de una Montañuela, que delante de los ojos se le ofrecia, iba saltando un hombre de risco en risco, y de mata en mata con estraña ligereza. Figuròsele que iba desnudo, la barba negra, y espesa, los cabellos muchos, y rebul-tados, los pies descalços, y las piernas sin cosa alguna: los muslos cubrian unos calçones, al parecer, de terciopelo leonado, mas tan hechos pedaços, que por muchas partes se le descubrian las carnes. Traya la cabeça descubierta; y aunque passò con la ligereza que se hà dicho, todas estas menudencias mirò, y notò el Cavallero de la triste Figura; y aunque lo procurò, no pudo seguille, porque no era dado à la debilidad de Rozinante andar por aquellas asperezas, y mas siendo el de fuyo pisacorto, y flematico. Luego imaginò Don Quixote, que aquel era el dueño del coxìn, y de la malèta; y propùso en sè de bufcalle, aunque supièsse andar un año por aquellas montañas,



ñas, hasta hallarle; y assi mandò à Sancho, que se apeàsse del asno, y atajàsse por la una parte de la montaña, que el irìa por la otra, y podria fer, que topàsien con esta diligencia con aquel hombre, que con tanta prièssa se les avia quitado de delante. No podrè hazer esso, respondiò Sancho, porque en apartàndome de vuestra merced, luego es conmigo el miedo, que me assalta con mil generos de sobrefaltos, y visiones. Y sirvale esto que digo de aviso, para que de aqui adelante no me aparte un dedo de su presencia. Assi ferà, dixo el de la triste Figura, y yo estoy muy contento de que te quièras valèr de mi animo, el qual no te hà de faltar, aunque te falte el anima del cuerpo: Y vente aora tras mi poco à poco, ò como pudières; y haz de los ojos lanternas, rodearèmos esta Serreçuela, quiçà toparèmos con aquel hombre que vimos, el qual, sin duda alguna, no es otro, que el dueño de nuestro hallazgo. A lo que Sancho respondiò: Harto mejor ferà no buscarle, porque si le hallàmos, y à caso fuèsse el dueño del dinero, claro està que lo tengo de restituyr; y assi fuèra mejor, sin hazer esta inutil diligencia, posseerlo yo con buena fè, hasta que por otra via menos curiosa, y diligente parecièra su verdadero señor, y quiçà fuèra à tiempo que lo huvièra gastado, y entonces el Rey me harìa franco. Engañaste en esso, Sancho, respondiò Don Quixote, que yà que hèmos caydo en sospecha de quien es el dueño estàmos obligados à buscarle, y bolvèrselos; y quando no le buscàssemos, la vehemente sospecha que tenèmos, de que el lo sèa, nos pone ya en tanta culpa, como si lo fuèsse: Assi que, Sancho amigo, no te dè pena el buscallo,
por

por la que à mi se me quitarà, si le hállo: Y assi picò à Rozinante, y figuiòle Sancho con su acostumbrado Jumento; y avièdo rodeado parte de la montaña, hallàron en un arroyo, cayda, muerta, y medio comida de perros, y picada de grajos, una mula enfillada, y enfrenàda: todo lo qual confirmò en ellos mas la sospecha de que aquel que huýa, era el dueño de la mula, y del coxin.

ESTANDOLA mirando, oyèron un filvo como de pastor, que guardàva ganado; y à deshora à su finiestra mano parecièron una buena cantidad de cabras, y tras ellas por cima de la montaña pareciò el cabrero que las guardàva, que era un hombre anciano. Diòle voces Don Quixote, y rogòle que baxàsse donde estàva. El respondiò à gritos, que quien les avia traydo por aquel lugar, pocas, ò ningunas vezes pisado fino de pies de cabras, ò de lobos, y otras fieras, que por allí andàvan? Respondiòle Sancho, que baxàsse, que de todo le darían buena cuenta. Baxò el cabrero, y en llegando à donde Don Quixote estàva, dixo: Apostarè, que està mirando la mula de alquiler, que està muerta en esta hondonada: Pues à buena fè, que hà ya feys meses, que està en este lugar. Diganme, han topàdo por ay à su dueño? No hèmòs topado à nadie, respondiò Don Quixote, fino à un coxin, y à una maletilla, que no lexos deste lugar hallàmos. Tambien la hallè yo, respondiò el cabrero, mas nunca la quise alçar, ni llegar à ella, temeroso de algun desman, y de que no me la pidièssen por de hurto; que es el diablo fòtil, y debaxo de los pies se levanta al hombre cosa donde tropiece, y caya, sin saber como ni como no. Esto mesmo es lo que yo digo,



respondió Sancho, que tambien la hallè yo, y no quise llegar à ella con un tiro de piedra: Alli la dexè, y alli se queda como se estàva, que no quiero perro con cencerro. Dezidme buen hombre, dixo Don Quixote, fabeys vos, quien sèa el dueño destas prendas? Lo que sabrè yo dezir, dixo el cabrero es, que avrà al piè de seys meses poco mas ò menos, que llegò à una majada de pastores, que esterà como tres leguas deste lugar, un mancebo de gentil talle, y apostura, Cavallero sobre essa mesma mula, que ay està muerta, y con el mesmo coxìn, y maleta, que dezis, que hallastes, y no tocastes. Preguntònos, que qual parte desta sierra era la mas aspera y escondida? Dixìmosle, que era esta donde aora estàmos; y es assi la verdad, porque si entrays media legua mas adentro, quiçà no acertarèys à salir: Y estoy maravillado de como avèys podido llegar aqui, porque no ay camino, ni fenda que à este lugar encamine. Digo, pues, que en oyèndo nuestra respuesta el mancebo, bolviò las riendas, y encaminò hàzia el lugar donde le señalàmos, dexàndonos à todos contentos de su buen talle, y admirados de su demanda, y de la priesa con que le vìamos caminar, y bolverse hàzia la sierra: Y desde entonces nunca mas le vimos, hasta que de alli à pocos dias saliò al camino à uno de nuestros Pastores, y sin dezille nada, se llegò à el, y le diò muchas puñadas y cozes, y luego se fuè à la borrìca del hato, y le quitò quanto pan, y queso en ella traìa; y con estraña ligereza, hecho esto, se bolviò à entrar en la sierra. Como esto supimos algunos cabre-
ros, le anduvimos à buscar casi dos dias por lo mas cerrado desta sierra, al cabo de los quales le hallàmos metido en
el

el huèco de un gruèssò, y valiente alcornòque. Saliò à nosotros con mucha mansedumbre, yà roto el vestido, y el rostro desfiguràdo, y tostado del sol de tal fuèrte, que apenas le conocimos, fino que los vestidos, aunque rotos, con la noticia que dellos teniamos, nos dièron à entender, que era el que buscàvamos. Saludònos cortefmente, y en pocas y muy buenas razones nos dixo, que no nos maravillàffemos de verle andar de aquella fuerte, porque assi le convenia para cumplir cierta penitencia, que por sus muchos pecados le avia sido impuesta. Rogàmosle, que nos dixèsse quien era? Mas nunca lo pudimos acabar con el. Pedimosle tambien, que quando huvièsse menester el sustento, sin el qual no podia passàr, nos dixèsse donde le hallaríamos, porque con mucho amor y cuydado se lo llevaríamos; y que si esto tampoco fuèsse de su gusto, que alomenos falièsse à pedirlo, y no à quitarlo à los pastores. Agradeciò nuestros ofrecimiètos; pidiò perdon de los asfaltos passàdos, y ofreciò de pedillo de allí adelante por amor de Dios, sin dar molestia alguna à nadie. En quanto lo que tocàva à la estancia de su habitacion, dixo, que no tenia otra que aquella que le ofrecia la ocasion donde le tomava la noche; y acabò su platica con un tan tierno llanto, que bien fuèramos de piedra los que escuchado le aviamos, si en el no le acompañàramos, considerandole como le aviamos visto la vez primera, y qual le veyamos entonces: porque, como tengo dicho, era un muy gentil, y agraciado mancebo; y en sus cortefes, y concertadas razones mostrava ser bien nacido, y muy cortefana persona: Que puesto que èramos rusticos los que le escuchàvamos, su genti-



leza era tanta, que bastava à darse à conocer à la mesma rusticidad. Y estàdo en lo mejor de su plática, parò y enmudeciòse: Clavò los ojos en el suelo por un buen espacio, en el qual todos estuvimos quedos y suspenfos, esperando en que avia de parar aquel envelesamiento, con no poca lastima de verlo; porque por lo que hazia de abrir los ojos, estar fixo mirando al suelo sin mover pestaña gran rato, y otras vezes 'cerrarlos, apretando los labios, y enarcando las cejas, facilmente conocimos, que algun accidente de locura le avia sobrevenido: Mas el nos diò à entender presto, ser verdad lo que pensavamos; porque se levantò con gran furia del suelo, donde se avia echado, y arremetiò con el primero que hallò junto à si con tal denuedo y rabia, que fino se le quitàramos, le matàra à puñadas y à bocados: Y todo esto hazia, diciendo: A fementido Fernando! Aqui, aqui me pagaràs la finrazon, que me hiziste: Estas manos te facaràn el coraçon donde albergan, y tienen manida todas las maldades juntas, principalmente la fraude, y el engaño: Y à estas añadia otras razones, que todas se encaminàvan à dezir mal de aquel Fernando, y à tacharle de traydor, y fementido. Quitàmossele pues, con no poca pesadumbre; y el, sin dezir mas palabra, se apartò de nosotros, y se emboscò, corriendo por entre estos Xarales, y Malèzas, de modo, que nos impossibilitò el seguille. Por esto conjeturamos, que la locura le venia à tiempos, y que alguno, que se llamava Fernando, le devia de aver hecho alguna mala obra tan pesada, quanto lo mostrava el termino à que le avia conduzido: Todo lo qual se hà confirmado despues acà con las vezes (que han
fido

fido muchas) que el hà salido al camino; unas à pedir à los pastores, le den de lo que llevan para comer; y otras à quitarfelo por fuerça; porque quando està con el accidente de la locura, aunque los pastores se lo ofrezcan de buen grado, no lo admite, fino que lo toma à puñadas; y quando està en su seso, lo pide por amor de Dios, cortès, y comedidamente, y rinde por ello muchas gracias, y no con falta de lagrimas. Y en verdad os digo, Señores, profiguiò el cabrero, que ayer determinàmos yo y quatro zagales, los dos criados, y los dos amigos míos, de buscarle hasta tanto que le hallèmos, y despues de hallado, yà por fuerça, yà por grado le hèmòs de llevar à la villa de Almodovar, que està de aqui ocho leguas, y alli le curarèmos, si es que su mal tiene cura, ò fabrèmos quien es, quando estè en su seso, y si tiene parientes à quien dar noticia de su desgracia. Esto es, Señores, lo que fabrè deziros de lo que me avèys preguntado; y entendèd que el dueño de las prendas que hallastes, es el mesmo que vistes passar con tanta ligereza, como desnudez (que ya le avia dicho Don Quixote, como avia visto pasar aquel hombre saltando por la sierra.) El qual quedò admirado de lo que al cabrero avia oýdo, y quedò con mas desèo de saber quien era el desdichado loco; y propuso en sí lo mesmo que ya tenia pensado, de buscalle por toda la montaña sin dexar rincon, ni cueva en ella, que no miràsse hasta hallarle. Pero hizolo mejor la suerte de lo que el pensava, ni esperava; porque en aquel mesmo instante pareciò por entre una quebrada de una sierra, que salia donde ellos estàvan, el Mancebo que buscavan, el qual
venia

venìa hablando entre si cosas, que no podian ser entendidas de cerca, quanto mas de lexos. Su trage era qual se hà pintado, solo que llegando cerca, viò Don Quixote, que un colete hecho pedaços que sobre si traÿa, era de ambar, por donde acabò de entender, que persona que tales habitos traÿa, no devìa de ser de infima calidad. En llegando el mancebo à ellos, los saludò con una voz desentonada, y bronca, pero con mucha cortesìa. Don Quixote le bolviò las saludes con no menos comedimiento, y apeandose de Rozinante, con gentil continente, y donayre le fuè à abraçar, y le tuvo un buen espàcio estrechamente entre sus braços, como si de luengos tiempos le huviera conocido. El otro, à quien podèmos llamar, *El Roto de la mala Figura* (como à Don Quixote el de la Triste) despues de averse dexado abraçar, le apartò un poco de si, y puestas sus manos en los ombros de Don Quixote, le estuvo mirando, como que querìa ver, si le conocìa; no menos admirado, quiçà, de ver la figura, talle, y armas de Don Quixote, que Don Quixote lo estàva de verle à el. En resolucion el primero que hablò despues del abraçamiento, fuè el roto, y dixo lo que se dirà adelante.

C A P I T U L O XXIV.

Donde se prosigue la aventura de la Sierra Morena.

DIZE la història, que era grandissima la atencion con que Don Quixote escuchàva al astrofo Cavallero de la fierra, el qual, prosiguiendo su platica, dixo: Por cierto, Señor quien quiera que seays, que aunque yo no os conozco,



Ju. Vanderbank inv. et Delin.
Vol. 1. p. 230.

Ger. Vander Gucht sculp. 46



nozco, yo os agradezco las muestras, y la cortésia que conmigo avèys usado; y quisièra yo hallarme en terminos, que con mas que la voluntad pudièra servir la que avèys mostrado tenerme en el buen acogimiento, que me avèys hecho: Mas no quiere mi fuerte darme otra cosa con que corresponda à las buenas obras que me hazen, que buenos desèos de satisfazerlas. Los que yo tengo, respondiò Don Quixote, son de serviros, tanto, que tenìa determinado de no salir destas fierras hasta hallàros, y saber de vos, si al dolor que en la esotrañeza de vuestra vida mostrays tener, se podìa hallar algun genero de remedio; y (si fuèra menester) buscarle, con la diligencia possible: Y quando vuestra desventura fuèra de aquellas que tienen cerradas las puertas à todo genero de consuelo, pensàva ayudàros à llorarla, y à plañirla como mejor pudièra (que toda via es consuelo en las desgracias, hallar quien se duela dellas.) Y si es que mi buen intento merece ser agradecido con algun genero de cortésia, yo os suplico, señor, por la mucha que veo, que en vos se encierra, y juntamente os conjuro por la cosa que en esta vida mas avèys amado, ò amays, que me digays quien soys, y la causa que os hà traydo à vivir y à morir entre estas soledades como bruto animal, pues moràys entre ellos tan ageno de vos mismo, qual lo muestra vuestro trage y persona. Y juro, añadiò Don Quixote, por la orden de Cavallerìa que recibí (aunque indigno, y pecador) y por la profession de Cavallero andante, que si en esto, señor, me complacèys, de serviros con las veras à que me obliga el ser quien soy, ora remediando vuestra desgracia, si tiene remedio, ora ayudàndoos à llorarla, como

mo



mo os lo hè prometido. El Cavallero del bosque, que de tal manera oyò hablar al de la triste Figura, no hazia fino mirarle, y remirarle, y tornarle à mirar de arriba à baxo; y despues que le hùvo bien mirado, le dixo: Si tienen algo que darne à comer, por amor de Dios que me lo den, que despues de aver comido, yo harè todo lo que se me manda, en agradecimiento de tan buenos desçeos como aqui se me han mostrado. Luego facaron, Sancho de su costal, y el cabrero de su zurròn, con que fatifizo el roto su hambre, comièndo lo que le dièron como persona atontada, tan aprièssa, que no dàva espàcio de un bocado al otro, pues antes los engullia, que tragàva; y en tanto que comia, ni el, ni los que le miràvan, hablàvan palabra. Como acabò de comer, les hizo de señas, que le siguièssen, como lo hizieron, y el los llevò à un verde Pradezillo, que à la buelta de una peña poco desviado de alli estàva. En llegando à el, se tendiò en el suelo encima de la yerva, y los demas hizieron lo mismo, y todo esto fin que ninguno hablàsse, hasta que el roto, despues de averse acomodado en su asiento, dixo: Si gustays, señores, que os diga en breves razones la inmensidad de mis desventuras, ayeyfme de prometer, de que con ninguna pregunta, ni otra cosa interromperèys el hilo de mi triste historia; porque en el punto que lo hagays, en esse se quedará lo que fuere contando. Estas razones del roto truxeron à la memoria de Don Quixote el cuento que le avia contado su escudero, quando no acertò el numero de las cabras que avian passado el rio, y se quedò la historia pendiente. Pero bolvièndo al roto, prosiguiò diziendo: Esta prevencion que hago
es,

es, porque querria passar brevemente por el cuento de mis desgracias; que el traerlas à la memoria, no me sirve de otra cosa, que añadir otras de nuèvo; y mientras menos me preguntàredes, mas presto acabarè yo de dezillas, puesto que no dexarè por contar cosa alguna que sèa de importancia, para fatisfazer del todo à vuestro desèo. Don Quixote se lo prometìo en nombre de los demas, y el con este fe-guro començò desta manera.

MI nombre es Cardenio, mi patria una ciudad de las mejores desta Andaluzia, mi linage noble, mis padres ricos, mi desventura tanta, que la deven de aver llorado mis padres, y sentido mi linage, sin poderla aliviar con su riqueza (que para remediar desdichas del Cielo, poco suelen valèr los bienes de fortuna.) Vivìa en esta mesma tierra un Cielo, donde pùso el amor toda la gloria que yo acertàra à desèarme. Tal es la hermosura de Lucinda, Donzella tan noble, y tan rica, como yo; pero de mas ventura, y de menos firmeza de la que à mis honrados pensamientos se devìa. A esta Lucinda amè, quise, y adorè desde mis tiernos, y primeros años; y ella me quiso à mi con aquella senzillez, y buen animo, que fu poca edad permitìa. Sabian nuestros padres nuestros intentos, y no les pesàva dello, porque bien veyan, que quando passàran adelante, no podian tener otro fin que el de casarnos: Cosa que casi la concertàva la igualdad de nuestro linage, y riquezas. Creciò la edad, y con ella el amor de entrambos, tanto, que al padre de Lucinda le pareciò, que por buenos respetos estàva obligado à negarme la entrada de su casa (Casi imitando en esto à los padres de aquella Tisbe



tan decantada de los Poëtas:) Y fuè esta negacion añadir llama à llama, y desèo, a desèo; porque aunque pusièron silencio à las lenguas, no le pudièron poner à las plumas, las quales con mas libertad que las lenguas, fuèlen dar à entender à quien quieren lo que en el alma està encerrado (Que muchas vezes la presència de la cosa amada turba, y enmudece la intencion mas determinada, y la lengua mas atrevida.) Ay Cielos, y quantos billetes la escrivi! Quan regaladas, y honestas respuestas tùve! Quantas canciones compuse? Y quantos enamorados versos, donde el alma declarava y trasladava sus sentimientos, pintava sus encendidos desèos, entretenia sus memorias, y recreava su voluntad? En efeto vièndome apurado, y que mi alma se consumia con el desèo de verla, determinè poner por obra, y acabar en un punto lo que me pareciò, que mas convenia, para salir con mi desèado, y merecido Prèmio; y fuè el pedirfela à su padre por legitima esposa, como lo hize. A lo que el me respondiò: Que me agradecia la voluntad que mostrava de honrarle, y de querer honrarme con prendas fuyas; pero que siendo mi padre vivo, à el tocava de justo derecho hazer aquella demanda; porque sino fuèsse con mucha voluntad, y gusto fuyo, no era Lucinda muger para tomarfe, ni darse à hurto. Yo le agradeci su buen intento, parecièndome, que llevava razon en lo que dezia, y que mi padre vendria en ello, como yo se lo dixèsse. Y con este intento luego en aquel mismo instante fuy à dezirle à mi padre lo que desèava: Y al tiempo que entrè en un aposento donde estava, le hallè con una carta abierta en la mano, la qual, antes que yo le dixèsse palabra, me
la

la diò, y me dixo: Por effa carta veràs, Cardenio, la voluntad que el Duque Ricardo tiene de hazerte merced. Este Duque Ricardo, como ya vosotros, Señores, devèys de saber, es un grande de España, que tiene su estado en lo mejor desta Andaluzia. Tomè, y leyè la carta, la qual venìa tan encarecida, que à mi mismo me pareciò mal, si mi padre dexàva de cumplir lo que en ella se le pedìa; que era, que me embiàsse luego donde el estàva, que querìa que fuèsse compañero (no Criado) de su hijo el mayor, y que el tomava à Cargo el ponerme en Estado, que correspondièsse à la estimacion en que me tenìa. Leyè la carta, y enmudeci leyèndola, y mas quando oyè que mi padre me dezìa: De aqui à dos dias te partiràs, Cardenio, à hazer la voluntad del Duque; y dà gracias à Dios que te và abriendo camino por donde alcances lo que yo sè que mereces. Añadiò à estas otras razones de padre consejero. Llegòse el termino de mi partida; hablè una noche à Lucinda; dixele todo lo que pasàva, y lo mismo hize à su padre, suplicàndole, se entretuvièsse algunos dias, y dilatàsse el darla estado hasta que yo vièsse lo que el Duque Ricardo me querìa. El me lo prometì, y ella me lo confirmò con mil Juramentos, y mil desmayos. Vine en fin donde el Duque Ricardo estàva; fuy dèl tan bien recibido, y tratado, que desde luego començò la envidia à hazer su officio, tenièndomela los criados antiguos, parecièndoles, que las muestras, que el Duque dàva de hazerme merced, avian de ser en perjuizio fuyo. Pero el que mas se holgò con mi ida, fuè un hijo segundo del Duque, llamado Fernando, moço gallardo, gentil hombre, liberal, y enamorado; el



qual en poco tiempo quiso, que fuese tan su amigo, que dava que dezir à todos; y aunque el mayor me queria bien, y me hazia merced, no llegò al estremo con que Don Fernando me queria, y tratava. Es, pues, el caso, que como entre los amigos no ày cosa secreta, que no se comunique; y la privança, que yo tenia con Don Fernando, dexava de serlo por ser amistad, todos sus pensamientos me declarava, especialmente uno enamorado, que le trayà con un poco de desafossiego. Querìa bien à una labradora vassalla de su padre, y ella los tenia muy ricos, y era tan hermosa, recatada, discreta, y honesta, que nadie que la conocia, se determinava, en qual destas cosas tuvièse mas excelencia, ni mas se aventajàse. Estas tan buenas partes de la hermosa labradora reduxeron à tal termino los deseos de Don Fernando, que se determinò, para poder alcançarla y conquistar la entereza de la labradora, darle palabra de ser su esposo, porque de otra manera, era procurar lo imposible. Yo obligado de su amistad, con las mejores razones que sùpe, y con los mas vivos exemplos que pùde, procurè estorvarle, y apartarle de tal proposito. Pero viendo que no aprovechava, determinè de dezirle el caso al Duque Ricardo su padre: Mas Don Fernando, como astuto, y discreto, se rezelò y temiò desto, por parecerle, que estava yo obligado, en vez de buen criado, à no tener encubierta cosa, que tan en perjuizio de la honra de mi señor el Duque venia: Y assi por divertirme, y engañarme, me dixo, que no hallava otro mejor remedio para poder apartar de la memoria la hermosura que tan fugeto le tenia, que el ausentarse por algunos meses; y que queria, que

que el ausencia fuèsse, que los dos nos vinièssimos en casa de mi padre, con ocasion que dirian al Duque, que venia à ver, y ferir unos muy buenos cavallos que en mi ciudad avia, que es madre de los mejores del mundo. Apenas le oý yo dezir esto, quando, movido de mi aficion, aunque su determinacion no fuèra tan buena, la aprovàra yo por una de las mas acertadas, que se podian imaginar, por ver quan buena ocasion, y coyuntura se me ofrecia de bolver à ver à mi Lucinda. Con este pensamiento, y desseo aprovè su parecer, y esforcè su pròposito, dizièndole, que lo pusièsse por obra con la brevedad possible, porque en efeto la ausencia hazia su oficio à pesar de los mas firmes pensamientos. Y quando el me vino à dezir esto (segun despues se supo) ya avia gozado à la labradora con titulo de esposo, y esperava ocasion de descubrirse à su salvo, temeroso de lo que el Duque su padre haria, quando supièsse su disparate. Sucediò, pues, que como el amor en los Moços, por la mayor parte no lo es, sino apetito, el qual, como tiene por ultimo fin el deleyte, en llegando à alcançarle, se acaba, y hà de bolver atras, aquello que parecia amor, porque no puede passàr adelante del termino que le puso naturaleza, el qual termino no le puso à lo que es verdadero amor. Quiero dezir, que assi como Don Fernando gozò à la labradora, se le aplacaron sus desseos, y se resfriaron sus ahincos; y si primero fingia quererse ausentar por remediarlos, aora de veras procurava irse por no ponerlos en execucion. Diòle el Duque licencia, y mandòme que le acompañasse. Venimos à mi ciudad; recibìele mi padre como quien era; vi yo luego à Lucinda; tornaron à
vivir



vivir (aunque no avian estado muertos, ni amortiguados) mis deseos, de los quales di cuenta (por mi mal) à Don Fernando, por parecerme, que en la ley de la mucha amistad que me mostrava, no le devia encubrir nada. Alabèle la hermosura, donayre, y discrecion de Lucinda de tal manera, que mis alabanças movieron en el los deseos de querer ver donzella de tan buenas partes adornada. Cumplifelos yo por mi corta fuerte, enseñandosela una noche à la luz de una vela por una ventana, por donde los dos soliamos hablarnos. Viòla en sayo tal, que todas las bellezas hasta entonces por el vistas las puso en olvido. Enmudeciò, perdiò el sentido, quedò absorto, y finalmente tan enamorado, qual lo verèys en el discurso del cuento de mi desventura. Y para encenderle mas el deseo (que à mi me zelava, y al cielo à solas descubria) quiso la fortuna, que hallasse un dia un billete suyo (pidiendome que la pidiesse à su padre por esposa) tan discreto, tan honesto, y tan enamorado, que en leyendole, me dixo, que en sola Lucinda se encerravan todas las gracias de hermosura, y de entendimiento, que en las demas mugeres del mundo estavan repartidas. Bien es verdad, que quiero confessar agora, que puesto que yo veya con quan justas causas Don Fernando à Lucinda alabava, me pesava de oyr aquellas alabanças de su boca; y comencè à temer, y à rezelarme del, porque no se pasava momento donde no quisiessè, que tratassèmos de Lucinda, y el movia la platica, aunque la truxessè por los cabellos: Cosa que despertava en mi un no se que de zelos; no porque yo temiessè revès alguno de la bondad, y de la fè de Lucinda, pero con todo esto

me

me hazia temer mi fuerte, lo mismo que ella me assegurava. Procurava siempre Don Fernando leer los papeles que yo à Lucinda embiava, y los que ella me respondia, a titulo, que de la discrecion de los dos gustava mucho. Acaeciò, pues, que aviendome pedido Lucinda un libro de Cavallerias en que leer, de quien era ella muy aficionada, que era el de Amadis de Gaula.

No huvò bien oydo Don Quixote nombrar libro de Cavallerias, quando dixo: Con que me dixera vuestra merced al principio de su historia, que su merced de la señora Lucinda era aficionada à libros de Cavallerias, no fuera menester otra exageracion para darme à entender la alteza de su entendimiento; porque no le tuviera tan bueno, como vos, señor, le avèys pintado, si careciera del gusto de tan fabrosa leyenda: Assi que para conmigo no es menester gastar mas palabras en declararme su hermosura, valor, y entendimiento; que con solo aver entendido su aficion, la confirmo por la mas hermosa, y mas discreta muger del mundo: Y quisiera yo, Señor, que vuestra merced le huviera embiado, junto con Amadis de Gaula, al bueno de Don Rugel de Grecia, que yo sè, que gustara la señora Lucinda mucho de darayda, y garaya, y de las discreciones del pastor Darinel, y de aquellos admirables versos de sus bucòlicas, cantadas, y representadas por el con todo donayre, discrecion, y desemboltura: pero tiempo podrà venir en que se enmiende essa falta, y no tardarà mas en hazerse la enmienda, de quanto quiera vuestra merced ser servido de venirse conmigo à mi aldea, que alli le podrè dar mas de trecientos libros, que son el regalo de mi alma,

ma, y el entretenimiento de mi vida; aunque tengo para mi, que ya no tengo ninguno (merced à la malicia de malos, y envidiosos encantadores.) Y perdoneme vuestra merced el aver contravenido à lo que prometimos de no interrumpir su platica, pues en oyendo cosas de Cavallerias, y de Cavalleros andantes, assi es en mi mano dexar de hablar en ellos, como lo es en la de los rayos del sol dexar de calentar, y humedecer en los de la luna. Assi que perdon, y profeguir, que es lo que aora haze mas al caso.

EN tanto que Don Quixote estàva diziendo lo que queda dicho, se le avia caydo à Cardenio la cabeça sobre el pecho, dando muestras de estar profundamente pensativo: Y puesto que dos vezes le dixo Don Quixote, que profiguèsse su historia, ni alçava la cabeça, ni respondia palabra: Pero al cabo de un buen espacio la levantò, y dixo: No se me puede quitar del pensamiento, ni avrà quien me lo quite, en el mundo, ni quien me dè à entender otra cosa; y serìa un majadero el que lo contrario entendièsse, ò creyèsse, sino que aquel vellaconazo del maestro Elisabat estàva amancebado con la Reyna Madafima. Estdo no, voto à tal, respondiò con mucha còlera Don Quixote (y arrojàle como tenia de costumbre) y essa es una muy gran malicia, ò vellaqueria por mejor dezir. La Reyna Madafima fuè muy principal señora, y no se hà de presumir, que tan alta princesa se avia de amancebar con un saca-potras; y quien lo contrario entendière, miente como muy gran vellaco: Y yo se lo darè à entender à pie, ò à cavallo, armado, ò desarmado, de noche, ò de dia, ò como mas gusto le dière. Estàvale mirando Cardenio muy atentamente,



te, al qual yà avia venido el accidente de fu locura, y no estàva para profeguir fu historia: Ni tampoco Don Quixote se la oyèra, segun le avia disgustado lo que de Madafima le avia oydo (estraño caso, que assi bolviò por ella, como si verdaderamente fuèra fu verdadera, y natural seño-
ra:) tal le tenian sus descomulgados libros.

DIGÒ, pues, que como ya Cardenio estàva loco, y se oyò tratar de *mentis*, y de *vellaco*, con otros denuestos semejantes, pareciòle mal la burla, y alçò un guijarro, que hallò junto à sî, y diò con èl en los pechos tal golpe à Don Quixote, que le hizo caer de espaldas. Sancho Pança, que de tal modo viò parar à su seño, arremetiò al loco con el puño cerrado, y el roto le recibì de tal fuerte, que con una puñada diò con el à sus pies, y luego se fubì sobre el, y le brumò las costillas muy à su fàvor. El cabrero, que le quiso defender, corriò el mismo peligro: Y despues que los tùvo à todos rendidos, y molidos, los dexò, y se fuè con gentil foffiego à emboscarfe en la montaña. Levantòse Sancho, y con la rabia que tenia de verse aporreado, tan fin merecerlo, acudiò à tomar la vengança del cabrero, dizièndole, que el tenia la culpa de no averles avifado, que à aquel hombre le tomàva à tiempos la locura; que si esto supieran, huvièran estado sobre aviso para poderse guardar. Respondiò el cabrero, que yà lo avia dicho, y que si el no lo avia oydo, que no era fuya la culpa. Replicò Sancho Pança, y tornò à replicar el cabrero; y fuè el fin de las replicas, afirse de las barbas, y darse tales puñadas, que si Don Quixote no los pufiera en paz, se hizièran pedaços. Dezia Sancho afido con el cabre-



ro: Dèxeme vuestra merced, Señor Cavallero de la triste figura, que en este, que es villano como yo, y no està armado Cavallero, bien puedo à mi salvo fatisfazerme del agravio que me ha hecho, peleando con el mano à mano como hombre honrado. Assi es, dixo Don Quixote, pero yo sè, que el no tiene ninguna culpa de lo sucedido. Con esto los apaciguò, y Don Quixote bolviò à preguntar al cabrero, si sería possible hallar à Cardenio, porque quedava con grandissimo desèo de saber el fin de su historia. Dixole el cabrero lo que primero avia dicho, que era, no saber de cierto su manida; pero que si anduvièsse mucho por aquellos contornos, no dexaria de hallarle, ò cuerdo, ò loco.

CAPITULO XXV.

Que trata de las estrañas cosas que en Sierra Morena sucedieron al valiente Cavallero de la Mancha; y de la imitation que hizo à la penitencia de Beltenebros.

DESPIDIÒSE del cabrero Don Quixote; y subièndo otra vez sobre Rozinante, mandò à Sancho que le figièsse, el qual lo hizo con su jumento de muy mala gana. Ivanse poco à poco entrando en lo mas áspero de la montaña, y Sancho iba muerto por razonar con su amo, y desfeava que el començasse la platica por no contravenir à lo que le tenia mandado; mas no pudiendo sufrir tanto silencio, le dixo: Señor Don Quixote, vuestra merced me eche su bendicion, y me dè licencia; que desde aqui me
quiero

quiero bolver à mi casa, y à mi muger y à mis hijos, con los quales por lo menos hablarè y departirè todo lo que quisière; porque querer vuestra merced que vaya con el por estas soledades de dia y de noche, y que no le hable quando me dière gusto, es enterrarme en vida. Si yà quisièra la fuerte que los animales hablàran, como hablàvan en tiempo de Guisopète, fuèra menos mal, porque departièra yo con mi jumento lo que me vinièra en gana, y con esto pasàra mi mala ventura; que es rècia cosa, y que no se puede llevar en paciencia, andar buscando aventuras toda la vida, y no hallar fino cozes, y manteamientos, ladri-llazos, y puñadas; y con todo esto nos hemos de cofer la boca, sin osar dezir lo que el hombre tiene en su coraçon, como si fuèra mudo. Ya te entiendo, Sancho, respondiò Don Quixote, tu mueres porque te alce el entredicho, que te tengo puesto en la lengua: Dale por alçado, y di lo que quisières, con condicion que no hà de durar este alçamiento mas de en quanto anduvièremos por estas sierras. Sea assi, dixo Sancho, hable yo aora, que despues Dios sabe lo que ferà; y començando à gozar de esse salvo conduto, digo: Que que le iva à vuestra merced en bolver tanto por aquella Reyna Magimasa, ò como se llama? O que hazia al caso, que aquel abad fuèsse su amigo, ò no? Que si vuestra merced pasàra con ello, pues no era su juez, bien creo yo, que el loco pasàra adelante con su historia, y se huvièran ahorrado el golpe del guijarro, y las cozes, y aun mas de seys torniscones. A Fè, Sancho, respondiò Don Quixote, que si tu supieras, como yo lo sè, quan honrada, y quan principal señora era la Reyna Madafima, yo sè,



que dixeras, que tève mucha paciencia, pues no quebrè la boca por donde tales blasfèmias falièron: Porque es muy gran blasfemia dezir, ni pensar, que una Reyna estè amancebada con un cirujano. La verdad del cuento es, que aquel Maestro Elisabat, que el loco dixo, fuè un hombre muy prudente, y de muy sanos consejos, y firviò de Ayo, y de mèdico à la Reyna; pero pensar que ella era su amiga, es disparàte digno de muy gran castigo. Y porque vèas, que Cardenio no supo lo que dixo, has de advertir, que quando lo dixo, ya estàva sin juyzio. Effen digo yo, dixo Sancho, que no avia para que hazer cuenta de las palabras de un loco; porque si la buena fuerte no ayudàra à vuestra merced, y encaminàra el guijarro à la cabeça, como le encaminò al pecho, buenos quedàramos por aver buelto por aquella mi sefiora, que Dios cohonda. Pues montas, que no se libràra Cardenio por loco? contra cuerdos, y contra locos, dixo Don Quixote, està obligado qualquier Cavallero andante à bolver por la honra de las mugeres qualesquiera que sèan, quanto mas por las Reynas de tan alta Guisa, y pro, como fuè la Reyna Madafima, à quien yo tengo particular aficion por sus buenas partes; porque fuèra de aver sido fermosa, ademas, fuè muy prudente, y muy sufrida en sus calamidades, que las tève muchas. Y los consejos, y compaifia del Maestro Elisabat le fuè, y le fuèron de mucho provecho, y alivio para poder llevar sus trabajos con prudencia, y paciencia. Y de aqui tomò ocasion el vulgo ignorante, y mal intencionado de dezir, y pensar, que ella era su manceba: Y mienten, digo otra vez, y mentiràn otras dozientas, todos los que
tal

tal pensàren, y dixèren. Ni yo lo digo, ni lo pienso, respondiò Sancho; allà se lo ayan; con su pan se lo coman; si fuèron amancebados, ò no, à Dios avrán dado la cuenta: de mis viñas vengo; no sè nada; no foy amigo de saber vidas ajenas; que el que compra, y miente, en su bolsa lo fiente: Quanto mas, que desnudo naci, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano: Mas que lo fuèssen, que me vâ à mi? Y muchos piensan que ày tozinos, y no ày estâcas: Mas quien puede poner puertas al campo? Quanto mas que de Dios dixèron. Vâlame Dios, dixo Don Quixote, y que de necedades vas, Sancho, enfartando? Que vâ de lo que tratâmos à los refranes que enhilas? Por tu vida, Sancho, que calles, y de aqui adelante entremètete en espolear à tu asno, y dexa de hazello en lo que no te importa. Y entiende con todos tus cinco sentidos, que todo quanto yo hè hecho, hago, è hizière, vâ muy puesto en razon, y muy conforme à las reglas de Cavalleria, que las sè mejor que quantos Cavalleros las profesàron en el mundo. Señor, respondiò Sancho, y es buena regla de Cavalleria, que andèmos perdidos por estas Montañas sin fenda, ni camino, buscando à un loco, al qual, despues de hallado, quiçà le vendrà en voluntad de acabar lo que dexò comenzado, no de su cuento, sino de la cabeça de vuestra merced, y de mis costillas, acabàndonoslas de romper de todo punto? Calla, te digo otra vez, Sancho, dixo Don Quixote; porque te hago saber, que no solo me trae por estas partes el desèo de hallar al loco, quanto el que tengo de hazer en ellas una hazaña, con que he de ganar perpètuo nombre y fama en todo lo descubierta de la tierra; y ferà tal,

tal, que he de echar con ella el fello à todo aquello que puede hazer perfeto, y famoso à un andante Cavallero. Y es de muy gran peligro essa hazaña? preguntò Sancho Pança. No, respondiò el de la triste figura; puesto que de tal manera podia correr el dado, que echàffemos azàr en lugar de encuentro; pero todo hà de estar en tu diligencia. En mi diligencia dixo Sancho? Si, dixo Don Quixote; porque si buelves presto de donde pienso embiarte, presto se acabará mi pena, y presto comenzará mi gloria. Y porque no es bien, que te tenga mas suspenso, esperandò en lo que han de parar mis razones, quiero, Sancho, que sepas, que el famoso Amadis de Gaula fuè uno de los mas perfetos Cavalleros andantes: No he dicho bien, fuè uno, fuè el solo, el primero, el unico, el señor de todos quantos hùvo en su tiempo en el mundo. Mal año, y mal mes para Don Belianis y para todos aquellos que dixèren, que se le igualò en algo, porque se engañan, juro cierto. Digo assi mesmo, que quando algun pintor quiere salir famoso en su arte, procura imitar los originales de los mas unicos pintores que sabe. Y esta mesma regla corre por todos los mas officios, ò exercicios de cuenta, que firven para adorno de las republicas. Y assi lo hà de hazer, y haze el que quiere alcançar nombre de prudente y sufrido, imitando à Ulises, en cuya persona, y trabajos nos pinta Homero un retrato vivo de prudencia, y de sufrimiento, como tambien nos mostrò Virgilio en la persona de Enèas el valor de un hijo piadoso, y la sagazidad de un valiente, y entendido capitan; no pintàndolos, ni describièndolos como ellos fuèron, sino como avian de ser, para dar exemplo

exemplo à los venideros hombres de sus virtudes. Desta mesma fuerte Amadis fuè el norte, el luzero, el sol de los valientes, y enamorados Cavalleros, a quien devèmos de imitar todos aquellos, que debaxo de la vandra de amor, y de Cavalleria militamos. Siendo, pues, esto assi, como lo es, hallo yo, Sancho amigo, que el Cavallero andante, que mas le imitàre, estará mas cerca de alcançar la perfeccion de la Cavalleria. Y una de las cosas en que mas este Cavallero mostrò su prudencia, valor, valentia, sufrimiento, firmeza, y amor fuè, quando se retirò (desdeñado de la Señora Oriana) à hazer penitencia en la peña pobre, mudando su nombre en el de Beltenebros: Nombre por cierto significativo y propio para la vida, que el de su voluntad avia escogido. Assi que me es à mi mas facil imitarle en esto, que no en hender Gigantes, descabeçar serpientes, matar Endriagos, desbaratar exercitos, fracasar armadas, y deshazer encantamientos. Y pues estos lugares son tan acomodados para semejantes efectos, no ay para que se dexè passar la ocasion, que aora con tanta comodidad me ofrece sus guedejas. En efeto, dixo Sancho, que es lo que vuestra merced quiere hazer en este tan remoto lugar? Ya te he dicho, respondiò Don Quixote, que quiero imitar à Amadis, haziendo aqui del desesperado, del sandio, y del furioso, por imitar juntamente al valiente Don Roldan, quando hallò en una fuente las señales de que Angelica la bella avia cometido vileza con Medoro; de cuya pesadumbre se bolviò loco, y arrancò los arboles, enturbiò las aguas de las claras fuentes, matò pastores, destruyò ganados, abrasò choças, derribò casas, arrastrò yeguas, y hizo otras cien mil insolencias



solencias dignas de eterno nombre, y escritura. Y puesto que yo no pienso imitar à Roldan, ò à Orlando, ò Rotolando (que todos estos tres nombres tenia) parte por parte en todas las locuras que hizo, dixo, y pensò, harè el bofquexo, como mejor pudiere, en las que me pareciere fer mas effenciales; y podrà fer, que vinièsse à contentarme con sola la imitacion de Amadis, que sin hazer locuras de daño, fino de lloros, y sentimientos, alcançò tanta fama como el que mas. Parèceme à mi, dixo Sancho, que los Cavalleros, que lo tal fizièron, fuèron provocados, y tuvieron causa para hazer estas necedades, y penitencias; pero vuestra merced que causa tiene para bolverse loco? Que dama le hà desdenado? O que señaes hà hallado que le den à entender, que la señora Dulcinea del Toboso hà hecho alguna niñeria con moro, ò Christiano? Ay està el punto, respondiò Don Quixote, y esta es la fineza de mi negocio; que bolverse loco un Cavallero andante con causa, ni grado, ni gracias: El toque està en defatinar sin ocasion, y dar à entender à mi dama, que si en seco hago esto, que hiziera en Mojado? Quanto mas, que harta ocasion tengo en la larga ausencia, que hè hecho de la siempre señora mià Dulcinea del Toboso, que, como ya oyste dezir à aquel pastòr de marras Ambrosio, quien està ausente todos los males tiene, y teme. Assi que, Sancho amigo, no gastes tiempo en aconsejarme, que dexe tan rara, tan feliz, y tan no vista imitacion. Loco soy, loco hè de fer hasta tanto que tu buevas con la respuesta de una carta, que contigo pienso embiar à mi señora Dulcinea; y si fuere tal qual à mi fè se le deve, acabarse hà mi san-

dez,

dez, y mi penitencia; y si fuere al contrario, serè loco de veras, y fiendolo, no sentirè nada: Assi que de qualquiera manera que responda, saldrè del conflicto, y trabajo en que me dexàres, gozando el bien que me truxères por cuerdo, ò no sintiendo el mal que me aportàres, por loco.

PERO dime, Sancho, tràes bien guardado el yelmo de Mambrino? Que yà vi, que lo alçaste del fuelo, quando aquel desagrado le quiso hazer pedaços, pero no pudo; donde se puede echar de ver la fineza de su temple. A lo qual respondiò Sancho: vive Dios, señor Cavallero de la triste Figura, que no puedo sufrir, ni llevar en paciencia algunas cosas que vuestra merced dize, y que por ellas vengo à imaginar, que todo quanto me dize de Cavallerias, y de alcançàr reynos, è imperios, de dar infulas, y de hazer otras mercedes, y grandezas (como es uso de Cavalleros andantes) que todo deve de ser cosa de viento, y mentira, y todo pastraña, ò patraña, ò como lo llamarèmos: Porque quien oyere dezir à vuestra merced, que una bazia de barbero es el yelmo de Mambrino, y que no salga deste error en mas de quatro dias, que hà de pensar, fino que quien tal dize, y afirma, deve de tener guèro el juyzio? La bazia yo la llevo en el costal toda abollada, y llèvola para adereçarla en mi casa, y hazerme la barba en ella, si Dios me diere tanta gracia, que algun dia me vea con mi muger, y hijos. Mira Sancho, por el mesmo que denantes juraste, te juro, dixo Don Quixote, que tienes el mas corto entendimiento, que tiene, ni tuvo escudero en el mundo. Que es possible, que en quanto hà que andas conmigo, no has echado de ver, que todas las cosas de los Ca-

TOM. I.

K k

valleros



valleros andantes parecen quimeras, necedades, y defatinos, y que son todas hechas al revès? Y no porque sea ello assi, sino porque andan entre nosotros siempre una caterva de encantadores, que todas nuestras cosas mudan, y truecan, y las buèlven segun su gusto, y segun tienen la gana de favorecernos, ò destruirnos; y assi es lo que à ti te parece bazia de barbero, me parece à mi el yelmo de Mambrino, y à otro le parecerà otra cosa. Y fuè rara providencia del sabio que es de mi parte, hazer que parezca bazia à todos, lo que real, y verdaderamente es yelmo de Mambrino; à causa que, siendo el de tanta estima, todo el mundo me perseguirìa por quitarmele; pero como ven que no es mas que un bazin de barbero, no se curan de procuralle, como se mostrò bien en el que quiso rompelle, y le dexò en el suelo sin llevarle; que à fè que si le conocièra, que nunca el le dexàra. Guàrdale, amigo, que por aora no le hè menester, que antes me tengo de quitar todas estas armas, y quedar desnudo como quando naci, si es que me dà en voluntad de seguir en mi penitencia mas à Roldan que à Amadis.

LLEGARON en estas platicas al pie de una alta montaña, que casi como peñòn tajado estava sola entre otras muchas que la rodeàvan. Corria por su falda un manfo arroyuelo, y hazia se por toda su redondez un prado tan verde, y vicioso, que dava contento à los ojos que le miràvan. Avia por alli muchos arboles silvestres, y algunas plantas, y flores, que hazian el lugar apazible. Este sitio escogio el Cavallero de la triste figura para hazer su penitencia; y assi en vièndole, començò à dezir en voz alta,
como

como si estuvièra sin juyzio: Este es el lugar, ò cielos, que dipùto, y escòjo para llorar la desventura en que vosotros mesmos me avèys puesto. Este es el sitio donde el humor de mis ojos acrecentarà las aguas deste pequeño arroyo, y mis continuos, y profundos suspiros moveràn à la continua las hojas destes montaràzes arboles en testimonio, y señal de la pena, que mi affendereàdo coraçon padece. O vosotros, quien quièra que seàys, rusticos Dioses, que en este inhabitable lugar tenèys vuestra morada! Oyd las queexas deste desdichado amante, à quien una luenga ausencia, y unos imaginados zelos han traydo à lamentarse entre estas asperezas, y à quejarse de la dura condicion de aquella ingrata, y bella, termino, y fin de toda humana hermosura. O vosotras Napeas, y Driadas, que teneys por costumbre de habitar en las espesuras de los montes (assi los ligeros, y lascivos sàtiros, de quien foy aunque en vano amadas, no perturben jamas vuestro dulce fofiego) que me ayudèys à lamentar mi desventura, ò almenos no os canseys de oylla! O Dulcinea del Toboso, dia de mi noche, gloria de mi pena, norte de mis caminos, estrella de mi ventura (assi el cielo te la dè buena en quanto acertares à pedirle) que confidères el lugar, y el estado en que tu ausencia me ha conduzido, y que con buen termino correspondas al que à mi fè se le deve! O solitarios arboles, que desde òy en adelante avèys de hazer compaña à mi soledad, dad indicio con el blando movimiento de vuestras ramas, que no os desagrada mi presencia! O tu escudero mio, agradable compañero en mis prosperos, y adversos suceffos, toma bien en la memoria



lo que aqui me veràs hazer, para que lo cuentes, y recites à la causa total de todo ello! Y diziendo esto, se apeò de Rozinante, y en un momento le quitò el freno, y la filla, y dándole una palmada en las ancas, le dixo: Libertad te dà el que fin ella queda, ò cavallo tan estremado por tus obras, quan desdichado por tu fuerte! Vète por do quisières, que en la frente llevas escrito, que no te igualò en ligereza el Hipogrifo de Astolfo, ni el nombrado frontino, que tan caro le costò à Bradamante.

VIENDO esto Sancho, dixo: Bien aya quien nos quitò aora del trabajo de desalbardar al ruzio, que à fè que no faltàran palmadicas que dalle, ni cosas que dezille en su alabanza; pero si el aqui estuvièra, no confintièra yo, que nadie le desenalbardàsse, pues no avia para que; que à el no le tocavan las generales de enamorado, ni de desesperado, pues no lo estàva su amo, que era yo quando Dios queria. Y en verdad, señor Cavallero de la triste figura, que si es que mi partida, y su locura de vuestra merced vè de veras; que serà bien tornar à enfiellar à Rozinante, para que supla la falta del ruzio, porque serà ahorrar tiempo à mi ida, y buelta; que si la hago à pie, no sè quando llegarè, ni quando bolverè; porque en resolucion soy mal caminante. Digo, Sancho, respondiò Don Quixote, que sèa como tu quisières, que no me parece mal tu designio: Y digo, que de aqui à tres dias te partiràs, porque quiero, que en este tiempo vèas lo que por ella hago, y digo, para que se lo digas. Pues que mas tengo de ver, dixo Sancho, que lo que he visto? Bien estàs en el cuento, respondiò Don Quixote: Aora me falta rasgar las vestiduras, es-

parzir

parzir las armas, y darme de calabazadas por estas peñas, con otras cosas deste Jaèz, que te han de admirar. Por amor de Dios, dixo Sancho, que mire vuestra merced, como se dà estas calabazadas; que à tal peña podrá llegar, y en tal punto, que con la primera se acabàsse la maquina desta penitencia: Y sería yo de parecer, que yà que à vuestra merced le parece, que son aqui necessarias calabazadas, y que no se puede hazer esta obra sin ellas, se contentàsse (pues todo esto es fingido, y cosa contrahecha, y de burla) se contentàsse, digo, con dàrfelas en el agua, ò en alguna cosa blanda, como algodón; y dexeme à mi el cargo; que yo dirè à mi señora, que vuestra merced se las dàva en una punta de peña mas dura que la de un diamante. Yo agradezco tu buena intencion, amigo Sancho, respondiò Don Quixote; mas quierote hazer sabidor de que todas estas cosas que hago, no son de burlas, sino muy de veras, porque de otra manera sería contravenir à las ordenes de Cavalleria, que nos mandan, que no digamos mentira alguna, so pena de relasos; y el hazer una cosa por otra, lo mesmo es que mentir: Assi que mis calabazadas han de ser verdaderas, firmes, y valederas, sin que llèven nada del sofisticado, ni del fantastico. Y será necesario, que me dexes algunas hilas para curarme, pues que la ventura quiso, que nos faltàsse el bálamo que perdimos. Mas fuè perder el asno, respondiò Sancho, pues se perdièron en el las hilas, y todo; y ruègole à vuestra merced, que no se acuerde mas de aquel maldito brebage, que en solo oyrle mentar, se me rebuèlve el alma, no que el estòmago. Y mas le ruego, que haga cuenta, que son yà pasados los tres dias que me
hà

hà dado de termino para ver las locuras que haze ; que yà las doy por vistas y por passadas en cosa juzgada, y dirè maravillas à mi señora : Y escriba la carta, y despàcheme luego, porque tengo gran desèo de bolver à facar à vuestra merced deste purgatorio, donde le dexo. Purgatorio le llamas, Sancho, dixo Don Quixote ? Mejor hizièras de llamarle infierno, y aun peor, si ày otra cosa que lo sèa. Quien hà infierno, respondiò Sancho, *nula es retentio*, segun hè oydo dezir. No entiendo, que quiere dezir *retentio*, dixo Don Quixote. *Retentio* es, respondiò Sancho, que quien està en el infierno, nunca sale dèl, ni puede : lo qual ferà al reves en vuestra merced, ò à mi me andaràn mal los pies, si es que llevo espuelas para avivar à Rozinante : Y pòngame yo una por una en el Toboso, y delante de mi señora Dulcinea, que yo le dirè tales cosas de las necedades, y locuras (que todo es uno) que vuestra merced hà hecho, y queda haziendo, que la venga à poner mas blanda que un guante, aunque la halle mas dura que un alcornoque ; con cuya respuesta dulce, y melificada, bolverè por los ayres como Bruxo, y facarè à vuestra merced deste purgatorio, que parece infierno, y no lo es, pues ày esperanza de salir dèl : La qual, como tengo dicho, no la tienen de salir los que estàn en el infierno, ni creo que vuestra merced dirà otra cosa. Assi es la verdad, dixo el de la triste Figura ; pero que harèmos para escribir la carta ? Y la librança pollinesca tambien, añadiò Sancho ? Todo irà inferto, dixo Don Quixote, y serìa bueno, yà que no ày papel, que la escrivièssèmos, como hazian los antiguos, en hojas de arboles, ò en unas tablitas de cera ; aunque tan
dificul-

difcultoso ferà hallarse effo aora, como el papel. Mas yà me ha venido à la memoria, donde ferà bien, y aun mas que bien, escrivilla, que es en el librillo de memoria, que fuè de Cardenio, y tu tendràs cuydado de hazerla trasladar en papel, de buena letra, en el primer lugar que hallàres, donde aya maestro de escuela de muchachos, ò fino qualquiera sacristan te la trasladarà; y no se la des à trasladar à ningun escrivano; que hazen letra proçessada, que no la entenderà Satanàs. Pues que se hà de hazer de la firma? dixo Sancho. Nunca las Cartas de amantes se firman, respondiò Don Quixote. Està bien, dixo Sancho, pero la librança forçosamente se ha de firmar; y effa si se traslada, diràn que la firma es falsa, y quedarème fin pollinos. La librança irà en el mismo librillo firmada, que en vièndola mi sobrina, no pondrà dificultad en cumplilla. Y en lo que toca à la carta de amores, pondràs por firma: *Vuestro hasta la muerte, el Cavallero de la triste Figura*. Y harà poco al caso que vaya de mano agena, porque à lo que yo me sè acordàr, Dulcinea no sabe escrivir, ni leèr, y en toda su vida hà visto letra mia, ni carta mia, porque mis amorès, y los suyos han sido siempre Platonicos, fin estenderse à mas, que à un honesto mirar; y aun esto tan de quando en quando, que osarè jurar con verdad, que en doze años que hà que la quiero mas que à la lumbre de estos ojos, que han de comer la tierra, no la he visto quatro vezes; y aun podrá ser, que destas quatro vezes no huvièsse ella echado de ver la una, que la miràva: Tal es el recato y encerramiento con que fus padres Lorenzo Corchuelo, y su madre Aldonça Nogales la han criado.

Ta,

Ta, ta, dixo Sancho, que la hija de Lorenzo Corchuelo es la señora Dulcinea del Toboso, llamada por otro nombre, Aldonça Lorenzo? Ésta es, respondió Don Quixote, y es la que merece ser señora de todo el universo. Bien la conozco, dixo Sancho, y sé dezir, que tira tan bien una barra, como el mas forçudo zagal de todo el pueblo. Vive el dadòr, que es moça de Chapa, hecha y derecha, y de pelo en pecho, y que puede sacar la barba del lodo à qualquier Cavallero andante, ò por andar, que la tuviere por señora. O Hideputa, que rejo que tiene, y que voz! Sé dezir, que se puso un dia encima del campanario del aldea à llamar unos zagales fuyos, que andàvan en un barvecho de su padre, y aunque estàvan de alli mas de media legua, assi la oyeròn, como si estuvièran al pie de la torre; y lo mejor que tiene es, que no es nada melindrosa, porque tiene mucho de cortesana: Con todos se burla, y de todo haze mueca, y donayre. Aora digo, Señor Cavallero de la triste Figura, que no solamente puede, y deve vuestra merced hazer locuras por ella, fino que con justo titulo puede desesperarse, y ahorcarse, que nadie avrà que lo sepa, que no diga, que hizo demasiado de bien, puesto que le lleve el diablo: Y querrìa yà verme en camino, solo por verla, que hà muchos dias que no la he visto, y deve de estar trocada, porque gasta mucho la faz de las mugeres andar siempre al campo, al sol, y al ayre. Y confieso à vuestra merced una verdad, Señor Don Quixote, que hasta aqui hè estado en una grande ignorancia; que pensava bien, y fielmente, que la señora Dulcinea devia de ser alguna princesa de quien vuestra merced estàva enamorado,

rado, ò alguna persona tal, que merecièſſe los ricos presentes, que vuestra merced le hà embiado, assi el del Vizcayno como el de los galeotes, y otros muchos que deven ser, segun deven de ser muchas las victorias, que vuestra merced hà ganado, y ganò en el tiempo, que yo aun no era su escudero. Pero bien considerado, que se le hà de dar à la señora Aldonça Lorenço (digo à la Señora Dulcinea del Toboso) de que se vayan à hincar de rodillas delante della los vencidos que vuestra merced embia, y hà de embiar? Porque podria ser, que al tiempo que ellos llegàſſen, estuvièſſe ella rastrillando lino, ò trillando en las heras, y ellos se corrièſſen de verla, y ella se rièſſe, y enfadàſſe del presente. Ya te tengo dicho antes de aora muchas vezes, Sancho, dixo Don Quixote: que eres muy grande hablador, y que, aunque de ingenio boto, muchas vezes despuntas de agudo. Mas para que veas quan necio eres tu, y quan discreto foy yo, quiero que me oygas un breve cuento.

HAs de saber, que una viuda hermosa, moça, libre, y rica, y sobre todo defenfadada, se enamorò de un moço motilòn, rollizo, y de buen tomo: alcançòlo à saber su mayor, y un dia dixo à la buena viuda por via de fraternal reprehension: Maravillado estoy, señora, y no sin mucha causa, de que una muger tan principal, tan hermosa, y tan rica como vuestra merced, se aya enamorado de un hombre tan soèz, tan baxo, y tan idiota como fulano, aviendo en esta casa tantos maestros, tantos presentados, y tantos theologos, en quien vuestra merced pudièra escoger como entre peras, y dezir: Este quiero, aqueſte no quiero? Mas ella le respondiò con mucho donàyre, y de-



semboltura: vuestra merced, señor mio, está muy engañado, y piensa muy à lo antiguo, si piensa que yo he escogido mal en fulano por idiota que le parece; pues para lo que yo le quiero, tanta Filosofia sabe, y mas que Aristoteles. Así que, Sancho, para lo que yo quiero à Dulcinea del Toboso, tanto vale como la mas alta princesa de la tierra. Si, que no todos los poetas, que celebran damas de baxo de un nombre, que ellos à su alvedrio les ponen, es verdad que las tienen. Piensas tu, que las Amariles, las Files, las Silvias, las Dianas, las Galateas, las Alidas, y otras tales de que los libros, los romances, las tiendas de los Barberos, y los teatros de las comedias están llenos, fueron verdaderamente damas de carne y hueso, y de aquellos que las celebran, y celebraron? No por cierto, sino que los mas se las fingen por dar sujeto à sus versos, y porque los tengan por enamorados, y por hombres que tienen valor para serlo. Y así bástame à mi pensar, y creer, que la buena de Aldonça Lorenço es hermosa, y honesta: Y en lo del linage importa poco, que no han de ir à hazer informacion del para darle algun habito; y yo me hago cuenta, que es la mas alta princesa del mundo. Porque has de saber, Sancho, si no lo sabes, que dos cosas solas incitan à amar mas que otras, que son la mucha hermosura, y la buena fama, y estas dos cosas se hallan consumadamente en Dulcinea; porque en ser hermosa ninguna le iguala, y en la buena fama pocas le llegan. Y para concluir con todo, yo imagino que todo lo que digo es así, sin que sobre ni falte nada. Y pìntola en mi imaginacion como la desèo, así en la belleza, como en la prin-

principalidad; y ni la llega Elena, ni la alcanza Lucrecia, ni otra alguna de las famosas mugeres de las edades preteritas, Griega, Barbara, ò Latina. Y diga cada uno lo que quisiere, que si por esto fuere reprehendido de los ignorantes, no serè castigado de los rigurosos. Digo que en todo tiene vuestra merced razon, respondiò Sancho, y que soy un asno: Mas no se yo para que nombro asno en mi boca, pues no se hà de mentar la foga en casa del ahorcado: Pero venga la carta, y à Dios que me mudo.

SACÒ el libro de memoria Don Quixote, y apartàndose à una parte, con mucho sosiego començò à escrivir la carta, y en acabàndola, llamò à Sancho, y le dixo, que se la queria leèr, porque la tomàsse de memoria si à caso se le perdièsse por el camino, porque de su desdicha todo se podia temer. A lo qual respondiò Sancho: escrivala vuestra merced dos ò tres vezes ay en el libro, y dèmele, que yo le llevarè bien guardado; porque pensar, que yo la he de tomar en la memoria, es disparate; que la tengo tan mala, que muchas vezes se me olvida como me llamo. Pero con todo effo digamela vuestra merced, que me holgarè mucho de oylla; que deve de ir como de molde. Escucha, que assi dize, dixo Don Quixote.

Carta de Don Quixote à Dulcinea del Toboso.

Soverana, y alta Señora,

EL ferido de punta de ausencia, y el llagado de las telas del coraçon, dulcissima Dulcinea del Toboso, te embia la salud que el no tiene. Si tu fermosura me def-

L 1 2

precia:



precia: Si tu valor no es en mi pro: Si tus desdenes son en mi afincamiento (Maguer que yo sèa assaz de Sufrido) mal podrè sostenerme en esta cuyta, que ademas de ser fuerte, es muy duradera. Mi buen escudero Sancho te darà entera relacion, ò bella ingrata, amada enemiga mia! del modo, que por tu causa quedo. Si gustàres de acorrerme, tuyo soy; y fino, haz lo que te veniere en gusto, que con acabar mi vida, avrè satisfecho à tu crueldad, y à mi desèo.

Tuyo hasta la Muerte

El Cavallero de la triste Figura.

POR vida de mi padre, dixo Sancho en oyendo la carta, que es la mas alta cosa que jamas hè oydo. Pefia à mi, y como que le dize vuestra merced ay todo quanto quiere; y que bien que encaxa en la firma: El Cavallero de la triste Figura. Digo de verdad, que es vuestra merced el mesmo Diablo, y que no ay cosa que no sepa. Todo es menester, respondiò Don Quixote, para el oficio que yo traygo. Ea, pues, dixo Sancho, ponga vuestra merced en effotra buelta la cedula de los tres pollinos, y firmela con mucha claridad, porque la conozcan en viendola. Que me plaze, dixo Don Quixote, y aviendola escrito, se la leyò, que dezia assi.

MANDARÀ vuestra merced por esta primera de pollinos, sehora sobrina, dar à Sancho Pança mi escudero tres de los cinco, que dexè en casa, y estàn à cargo de vuestra merced: Los quales tres pollinos se los mando librar, y
pagar

pagar por otros tantos aqui recibidos de contado, que con esta, y con su carta de pago seràn bien dados. Fecha en las entrañas de tierra morena à veynte y dos de Agosto deste presente año.

BUENA està, dixo Sancho, firmela vuestra merced. No es menester firmarla, dixo Don Quixote, fino solamente poner mi rubrica, que es lo mesmo que firma; y para tres años, y aun para trezientos fuèra bastante. Yo me confio de vuestra merced, respondiò Sancho: Dèxeme, irè à enfiellar à Rozinante; y apàrejese vuestra merced à echarme su bendicion, que luego pienso partirme sin ver las sandezès, que vuestra merced hà de hazer; que yo dirè que le vi hazer tantas, que no quiera mas. Por lo menos quiero, Sancho (y porque es menester assi) quiero, digo, que me vèas en cueros, y hazer una, ò dos dozenas de locuras, que las harè en menos de media hora; porque avièndolas tu visto por tus ojos, puedas jurar à tu salvo en las demàs, que quisières añadir; y asègurote, que no diràs tu tantas, quantas yo pienso hazer. Por amor de Dios, señor mio, que no vea yo en cueros à vuestra merced, que me darà mucha lastima, y no podrè dexar de llorar; y tengo tal la cabeça del llanto, que à noche hize por el ruzio, que no estoy para meterme en nuevos llores: Y si es que vuestra merced gusta de que yo vea algunas locuras, hàgalas vestido, breves, y las que le vinièren mas à cuento: Quanto mas, que para mi no era menester nada desfiò; y como ya tengo dicho, fuèra ahorrar el camino de mi buelta, que ha de ser con las nuevas, que vuestra merced desèa, y merece. Y fino, apàrejese la señora Dulcinea, que
fino

fino responde como es razon, voto hago solene à quien puedo, que le tengo de facar la buena respuesta del estò-mago à cozes, y à bofetones; porque donde se ha de sufrir, que un Cavallero andante, tan famoso como vuestra merced, se buelva loco sin que ni para que por una? No me lo haga dezir la señora, porque por Dios, que despotrique, y lo eche todo à doze, aunque nunca se venda. Bonico soy yo para esso: mal me conoce: Pues à se, que si me conocièsse, que me ayunàsse. A se, Sancho, dixo Don Quixote, que à lo que parece, que no estàs tu mas cuerdo que yo. No estoy tan loco, respondiò Sancho, mas estoy mas colèrico.

PERO dexando esto à parte, que es lo que ha de comer vuestra merced en tanto que yo buelvo? Hà de salir al camino como Cardenio à quitàrselo à los pastores? No te de pena esse cuydado, respondiò Don Quixote, porque aunque tuvièra, no comièra otra cosa, que las yervas, y frutos que este prado, y estos arboles me dierèn; que la fineza de mi negocio està en no comer, y en hazer otras asperezas. A esto dixo Sancho: Sabe vuestra merced que temo? Que no tengo de acertar à bolvèr à este lugar, donde aora le dexo, segun està escondido. Toma bien las señas, que yo procurarè no apartarme destos contornos, dixo Don Quixote; y aun tendrè cuydado de subirme por estos mas altos riscos, por ver si te descubro quando buèlvas: Quanto mas, que lo mas acertado serà para que no me yerres, y te pierdas, que cortes algunas retàmas de las muchas que por aqui ày, y las vayas poniendo de trecho à trecho hasta salir à lo raso, las quales te serviràn de mojones, y se-
ñales,





J. Vanderbank inv.
Vol. I. P. 263.

Ger. Vander Gucht Sculp.

17

ñales, para que me halles quando buèlvas, à imitacion del hilo del laberinto de Theseo. Assi lo harè, respondiò Sancho Pança, y cortando algunas, pidiò la bendicion à su señor, y no sin muchas lagrimas de entrambos se despidiò del. Y subiendo sobre Rozinante, à quien Don Quixote encomendò mucho, y que miràsse por èl como por su propia persona, se pùso en camino del llano, esparciendo de trecho à trecho los ramos de la retàma, como su amo se lo avia aconsejàdo; y assi se fuè, aunque toda via le importunava Don Quixote, que le vièsse, si quièra, hazer dos locuras. Mas no huvò andado cien passos, quando bolviò y dixo: Digo, señor, que vuestra merced ha dicho muy bien, que para que pueda jurar sin cargo de conciencia, que le hè visto hazer locuras, ferà bien que vèa, si quièra, una; aunque bien grande la he visto en la quedada de vuestra merced. No te lo dezìa yo? dixo Don Quixote. Espèrate Sancho, que en un credo las harè. Y desnudàndose con toda prièssa los calçones, quedò en carnes, y en pañales; y luego sin mas ni mas diò dos zapatetas en el ayre, y dos tumbas la cabeça à baxo, y los pies en alto, descubriendo cosas, que por no verlas otra vez, bolviò Sancho la rienda à Rozinante, y se diò por contento, y fatifsecho de que podia jurar, que su amo quedàva loco; y assi le dexarèmos ir su camino hasta la buelta, que fuè breve.



CAPITULO XXVI.

*Donde se prosiguen las finezas que de enamorado hizo
Don Quixote en Sierra Morena.*

Y Bolviendo à contar lo que hizo el de la triste Figura, despues que se viò solo, dize la historia: Que assi como Don Quixote acabò de dar las tumbas, ò bueltas, de medio abaxo desnudo, y de medio arriba vestido, y que viò que Sancho se avia ido sin querer aguardar à ver mas fandezes, se fubiò sobre una punta de una alta peña, y alli tornò à pensar lo que otras muchas vezes avia pensado, sin averse jamás refuélto en ello. Y era, que qual sería mejor, y le estaría mas à cuento, imitar à Roldan en las locuras desafortadas que hizo, ò à amadis en las melancolicas? Y hablando entre si mismo, dezìa: Si Roldan fuè tan buen Cavallero, y tan valiente como todos dizen, que maravilla, pues al fin era encantado, y no le podia matar nadie, sino era metiéndole un alfiler de à blanca por la punta del pie, y el traÿa siempre los zapatos de siete fue-
 las de hierro? Aunque no le valièron tretas contra Bernardo del Carpio, que se las entendiò, y le ahogò entre los braços en Ronzesvalles. Pero dexando en el lo de la valentia à una parte, vengàmos à lo de perder el Juyzio, que es cierto que le perdiò, por las señales que hallò en la floresta, y por las nuevas que le diò el pastor, de que Angelica avia dormido mas de dos fiestas con Medoro, un Morillo de cabellos enriçados, y page de Agramante. Y si el entendiò que esto era verdad, y que su dama le avia
 cometido

cometido defaguijado, no hizo mucho en bolverse loco. Pero yo como puedo imitalle en las locuras, fino le imito en la ocasion dellas? Porque mi Dulcinea del Toboso, ofarè yo jurar, que no ha vistò en todos los dias de su vida Moro alguno, assi como el es en su mismo Traje; y que se està òy como la madre que la pariò; y hariale agravio manifesto, si, imaginando otra cosa della, me bolvièsse loco de aquel genero de locura de Roldan el furioso. Por otra parte veo, que Amadis de Gaula, sin perder el Juyzio, y sin hazer locuras, alcançò tanta fama de enamorado como el que mas; porque lo que hizo, segun su historia, no fuè mas de que (por verse desdeñado de su sehora Oriana, que le avia mandado, que no parecièsse ante su presencia hasta que fuèsse su voluntad) se retirò à la *Peña Pobre* en compania de un Hermitaño, y alli se hartò de llorar hasta que el cielo le acorriò en medio de su mayor cuyta y necesidad. Y si esto es verdad, como lo es, para que quiero yo tomar trabajo aora de desnudarme del todo, ni dar pesadumbre à estos arboles, que no me han hecho mal alguno? Ni tengo para que enturbiar el agua clara destos Arroyos, los quales me han de dar de beber quando tenga gana. Viva la memoria de Amadis, y seà imitado de Don Quixote de la Mancha en todo lo que pudière; del qual se dirà lo que del otro se dixo: Que fino acabò cosas grandes, muriò por acometellas. Y si yo no foy desechado, ni desdeñado de mi Dulcinea, bàstame, como ya hè dicho, estar ausente della. Ea, pues, manos à la obra; venid à mi memoria cosas de Amadis, y enseñadme por donde tengo de començar à imitaros: Pero yà sè que lo mas que el

T O M. I.

M m

hizo,



hizo, fuè rezàr, y assi lo harè yo: Y firvièronle de rosario unas agallas grandes de un alcornoque, que enfartò, de que hizo un diez. Y lo que le fatigava mucho era, no hallar por alli otro hermitaño que le confesàsse, y con quien consolarse: Y assi se entretenìa paseàndose por el pradezillo, escribiendo, y gravando en las cortezas de los arboles, y en la menuda arena muchos versos, todos acomodados à su tristeza, y algunos en alabança de Dulcinea: Mas los que se pudièron hallar enteros, y que se pudièssen leèr despues que à el alli le hallàron, no fuèron mas que estos que aqui se figuen.

Arboles, yervas, y plantas,
 Que en aqueste sitio estays,
 Tan altos, verdes, y tantas,
 Si de mi mal no os holgàys,
 Escuchad mis Quexas santas.
 Mi dolor no os alboròte,
 Aunque mas terrible sea,
 Pues por pagaros escòte,
 Aqui llorò Don Quixote
 Ausencias de Dulcinea
 Del Toboso.

Es aqui el lugar, à donde
 El amador mas leal
 De su señora se esconde,
 Y hà venido à tanto mal
 Sin saber como, ò por donde.
 Traèle amor al estricote,

Que

Que es de muy mala ralea,
 Y assi hasta henchir un pipòte,
 Aqui llorò Don Quixote
 Ausencias de Dulcinea

Del Toboso.

Buscando las aventuras
 Por entre las duras peñas,
 Maldiziendo entrañas duras,
 Que entre riscos, y entre breñas
 Halla el triste desventuras,
 Hiriòle amor con su açòte,
 No con su blanda correa,
 Y en tocándole el cogòte,
 Aqui llorò Don Quixote
 Ausencias de Dulcinea

Del Toboso.

No causò poca rifa en los que hallàron los versos referidos, el Añadidura *Del Toboso* al nombre de Dulcinea; porque imaginàron, que deviò de imaginar Don Quixote, que si en nombrando à Dulcinea, no dezia tambien *Del Toboso*, no se podria entender la copla; y assi fuè la verdad, como el despues confesò. Otros muchos escriviò, pero como se ha dicho, no se pudièron facar en limpio, ni enteros mas destas tres coplas. En esto y en suspirar, y en llamar à los faunos, y silvanos de aquellos bosques, à las Ninfas de los rios, à la dolorosa, y hùmida Eco, que le respondièssen, consolàssen, y escuchàssen, se entretenia, y en buscar algunas yervas con que sustentarle en tanto que San-

M m 2

cho



cho bolvia ; que si como tardò tres dias, tardàra tres semanas, el Cavallero de la triste Figura quedàra tan desfigurado, que no lo conocièra la madre que lo pariò. Y ferà bien dexalle embuelto entre sus suspiros, y versos por contar lo que le avino à Sancho Pança en su mandaderìa.

Y fuè, que en saliendo al camino real, se puso en busca del del Toboso, y otro dia llegò à la venta donde le avìa sucedido la desgracia de la manta ; y no la huvò bien visto, quando le pareciò, que otra vez andava en los ayres, y no quiso entrar dentro, aunque llegò à hora que lo pudièra, y devièra hazer, por ser la del comer, y llevar en desseo de gustar algo caliente ; que avìa grandes dias que todo era fiambre. Esta necesidad le forçò à que llegàsse junto à la venta, toda via dudoso si entraria, ò no. Y estando en esto, salieron de la venta dos personas, que luego le conocièron, y dixo el uno al otro : Dìgame, Señor Licenciado, aquel del Cavallo no es Sancho Pança, el que dixo el ama de nuestro aventurero que avìa salido con su Señor por escudero ? Si es, dixo el licenciado, y aquel es el cavallo de nuestro Don Quixote. Y conocièronle tan bien, como aquellos que eran el cura y el barbero de su mismo lugar, y los que hizieron el escrutinio, y acto general de los libros : Los quales assi como acabaron de conocer à Sancho Pança y à Rozinante, desseos de saber de Don Quixote, se fueron à el, y el Cura le llamò por su nombre, dizièndole : amigo Sancho Pança, a donde queda vuestro amo ? Conociòlos luego Sancho Pança, y determinò de encubrir el lugar, y la fuerte, donde, y como su amo quedava ; y assi les respondiò, que su amo quedava

ocu-

ocupado en cierta parte, y en cierta cosa que le era de mucha importancia, la qual el no podia descubrir por los ojos que en la cara tenia. No, no, dixo el barbero, Sancho Pança, si vos no nos dezis, donde queda; imaginarèmos, como ya imaginamos, que vos le avèys muerto, y robado, pues venis encima de su Cavallo: En verdad que nos avèys de dar el dueño del Rozin, ò sobrà esse morena. No ay para que conmigo amenazas, dixo Sancho Pança que yo no soy hombre que robo, ni mato à nadie: A cada uno mate su ventura, ò Dios que le hizo. Mi amo queda haciendo penitencia en la mitad desta montaña muy à su favor. Y luego de corrida y sin parar les conto de la fuerte que quedava, las aventuras que le avian sucedido, y como llevaba la carta à la señora Dulcinea del Toboso, que era la hija de Lorenço Corchuelo, de quien estava enamorado hasta los hìgados.

QUEDARON admirados los dos de lo que Sancho Pança les contava; y aunque ya sabian la locura de Don Quixote, y el genero della, siempre que la oyan, se admiravan de nuevo. Pidièronle à Sancho Pança que les enseñasse la carta que llevaba à la señora Dulcinea del Toboso. El dixo, que iba escrita en un libro de memoria, y que era orden de su señor, que la hizièsse trasladar en papel en el primer lugar que llegasse. A lo qual dixo el cura, que se la mostrasse, que el la trasladaria de muy buena letra. Metiò la mano en el seno Sancho Pança, buscando el librito, pero no le hallò, ni le pudièra hallar, si le buscara hasta ahora, porque se avia quedado Don Quixote con el, y no se le avia dado, ni à el se le acordò de pedirsele. Quando
Sancho

Sancho viò que no hallava el libro, fuèssle parando mortal el rostro; y tornàndose à tentar todo el cuerpo muy aprièssa, tornò à echar de ver, que no le hallava; y fin mas ni mas se echò entrambos puños à las barbas, y se arrañò la mitad dellas; y luego, aprièssa, y fin cesar, se diò media dozena de puñadas en el rostro, y en las narizes, que se las banò todas en fangre. Visto lo qual por el cura y el barbero, le dixèron, que que le avia sucedido, que tan mal se parava? Que me hà de suceder, respondiò Sancho, fino el aver perdido de una mano à otra en un instante tres pollinos, que cada uno era como un castillo. Como es esse? replicò el barbero. He perdido el libro de memoria, respondiò Sancho, donde venia la carta para Dulcinea, y una cedula firmada de mi señor, por la qual mandava, que fu sobrina me dièssè tres pollinos de quatro ò cinco que estavan en casa. Y con esto les contò la pèrdida del ruzio. Consolòle el cura, y dixole, que en hallando à su señor, El le haria revalidar la manda, y que tornàsse à hazer la librança en papel, como era uso, y costumbre, porque las que se hazian en libros de memoria, jamas se acetavan, ni cumplian. Con esto se consolò Sancho, y dixo, que como aquello fuèssè assi, que no le dava pena le pèrdida de la carta de Dulcinea, porque el la sabia casi de memoria, de la qual se podia trasladar donde, y quando quifièssen. Dezidla pues, Sancho, dixo el barbero, que despues la trasladarèmos. Paròse Sancho Pança à rascar la cabeça para traèr à la memoria la carta; y yà se ponía sobre un pie, y yà sobre otro. Unas vezes mirava al suelo, otras al cielo, y al cabo de averse roydo la mitad de la yema de un dedo, tenien-

teniendo suspenfos à los que esperàvan que ya la dixèsse, dixo al cabo de grandíssimo rato: Por Dios, señor licenciado, que los diablos lleven la cosa, que de la carta se me acuerda, aunque en el principio dezia: *Alta y Sobajada Señora*. No dirà, dixo el barbaro, sobajada, fino sobrehumana, ò Soverana Señora. Assi es, dixo Sancho. Luego, si mal no me acuerdo, profeguià: *El llagado, y salto de Sueño, y el ferido, besa à vuestra merced las manos, Ingrata, y muy desconocida hermosa: Y no sè, que dezìa de salud, y de enfermedad, que le embiàva; y por aqui iba escurriendo hasta que acabàva en; vuestro hasta la muerte, El Cavallero de la triste Figura.*

No poco gustàron los dos de ver la buena memoria de Sancho Pança, y alabàronfela mucho, y le pidièron, que dixèsse la carta otras dos vezes, para que ellos assi mesmo la tomàssen de memoria para trasladalla à su tiempo. Tornòla à dezir Sancho otras tres vezes; y otras tantas tornò à dezir otros tres mil disparates. Tras esto contò assi mesmo las cosas de su amo, pero no hablò palabra acèrca del manteamiento que le avia sucedido en aquella venta, en la qual rehusava entrar. Dixo tambien, como su señor, en trayendo que le truxèsse buen despacho de la señora Dulcinea del Toboso, se avia de poner en camino, à procurar como ser Emperador, ò por lo menos Monarca, que assi lo tenian concertado entre los dos; y era cosa muy facil venir à ferlo, segun era el valor de su persona, y la fuerça de su braço; y que en siéndolo, le avia de casar à el (porque yà feria viudo; que no podia ser menos) y le avia de dar por muger à una donzella de la Emperatriz, heredera
de

de un rico y grande estado de tierra firme, sin infulos, ni infulas, que yà no las queria. Dezia esto Sancho con tanto reposo, limpiándose de quando en quando las narizes, y tan en su Juyzio, que los dos se admiraron de nuevo, considerando, quan vehemente avia sido la locura de Don Quixote, pues avia llevado tras si el Juyzio de aquel pobre hombre. No quisieron cansarse de sacarle del error en que estava, pareciéndoles, que pues no le dañava nada la conciencia, mejor era dexarle en él, y à ellos les sería de mas gusto oír sus necesidades; y assi le dixeron, que rogasse à Dios por la salud de su Señor; que cosa contingente, y muy agible era, venir con el discurso del tiempo à ser Emperador, como el dezia, ò por lo menos Arçobispo, ò otra dignidad equivalente. A lo qual respondió Sancho: Señores, si la fortuna rodeasse las cosas de manera, que à mi amo le vinièsse en voluntad de no ser Emperador, sino de ser Arçobispo, querria yo saber aora que fueren dar los Arçobispos andantes à sus escuderos? Suèlenles dar, respondió el cura, algun Beneficio simple, ò curado, ò alguna Sacristania, que les vale mucho de renta rentada amen del pie del Altar, que se fuele estimar en otro tanto. Para esso será menester, replicò Sancho, que el escudero no sea casado, y que sepa ayudar à Missa por lo menos; y si esto es assi, desdichado de yo, que soy casado, y no sè la primera letra del A, b, c: Que será de mi, si à mi amo le da Antòjo de ser Arçobispo, y no Emperador, como es Ufo y costumbre de los Cavalleros andantes? No tengays pena, Sancho amigo, dixo el barbero, que aqui rogarèmos à vuestro amo, y se lo aconsejarèmos, y aun se lo pondrèmos

drèmos en caso de conciencia, que sèa Emperador, y no Arçobispo, porque le ferà mas facil, à causa de que el es mas valiente, que estudiante. Assi me ha parecido à mi, respondiò Sancho, aunque sè dezir, que para todo tiene habilidad. Lo que yo pienso hazer de mi parte, es rogar à nuestro Señor, que le eche à aquellas partes, donde el mas se sirva, y à donde à mi mas mercedes me haga. Vos lo dezis como discreto, dixo el Cura, y lo harèys como buen Christiano. Mas lo que aora se ha de hazer es, dar orden como facar à vuestro amo de aquella inutil penitencia, que dezis, que queda haziendo, y para pensar el modo que hemos de tener; y para comer, que ya es hora, ferà bien nos entrèmos en esta venta. Sancho dixo, que entràssen ellos, que el esperarìa alli fuera, y que despues les dirìa la causa porque no entràva, ni le convenia entrar en ella: Mas que les rogava, que le facàssen alli algo de comer, que fuesse cosa caliente, y assi mismo cevada para Rozinante. Ellos se entraron y le dexaron, y de alli à poco, el barbero le facò de comer.

DESPUES de aver bien pensado entre los dos el modo que tendrìan para conseguir lo que desseàvan, vino el Cura en un pensamiento muy acomodado al gusto de Don Quixote, y para lo que ellos querian. Y fuè, que dixo al barbero, que lo que avìa pensado era, que el se vestirìa en habito de donzella andante, y que el procuràsse ponerse lo mejor que pudièsse como escudero; y que assi irian à donde Don Quixote estàva, fingiendo ser ella una donzella affigida, y menesterosa; y le pedirìa un don, el qual el no podria dexàrsele de otorgar, como valeroso Cavallero andante.



te. Y que el don que le pensava pedir era, que se vinièsse con ella donde ella le llevàsse, à desfazelle un agravio, que un mal Cavallero le tenia fecho; y que le suplicava ansimismo, que no la mandàsse quitar su antifaz, ni la demandàsse cosa de su fazienda hasta que la huvièsse fecho derecho de aquel mal Cavallero; y que creyèsse sin duda, que Don Quixote vendria en todo quanto le pidièsse por este termino; y que desta manera le facerian de alli, y le llevarian à su lugar donde procurarían ver, si tenia algun remedio su esotraña locura.

C A P I T U L O XXVII.

De como salieron con su intencion el Cura y el Barbero, con otras cosas dignas de que se cuenten en esta grande historia.

NO le pareció mal al Barbero la Invencion del Cura, fino tan bien, que luego la pusieron por obra. Pidiéronle à la ventera una saya, y unas tocas, dexándole en prendas una Sotàna nueva del cura. El Barbero hizo una gran barba de una cola ruzia, ò roxa de buèy, donde el ventero tenia colgado el pèyne. Preguntòles la ventera, que para que le pedian aquellas cosas? Y el Cura le contò en breves razones la locura de Don Quixote, y como convenia aquel disfraz para sacarle de la montaña, donde à la fazon estàva. Cayèron luego el ventero, y la ventera en que el loco era su huesped el del bàlsamo, y el amo del manteado escudero; y contaron al Cura todo lo que con el
les

les avia passado, sin callar lo que tanto callava Sancho. En resolucion la ventera vistió al cura de modo, que no avia mas que ver. Pùsole una faya de paño, llena de faxas de terciopelo negro de un palmo en ancho, todas acuchilladas, y unos corpiños de terciopelo verde, guarnecidos con unos ribètes de raso blanco, que se devièron de hazer ellos, y la faya en tiempo del rey Bamba. No confintiò el Cura que le tocàssen, sino pùsose en la cabeça un birretillo de lienço colchado, que llevava para dormir de noche, y ciñòse por la frente una liga de tafetàn negro, y con otra liga hizo un antifaz, con que se cubriò muy bien las barbas, y el rostro. Encasquetòse su sombrero, que era tan grande, que le podia servir de quitasol; y cubriendose su herreruèlo, subiò en su mula à mugeriegas, y el barbero en la fuya, con su barba, que le llegava à la cintura, entre roxa y blanca, como aquella, que como se ha dicho, era hecha de la cola de un buèy barròso. Despidièronse de todos, y de la buena de Maritornes, que prometìò de rezar un rosario, aunque pecadora, porque Dios les dièsse buen Succèsso en tan arduo, y tan Christiano negocio como era el que avian emprendido.

MA s à penas huvièron salido de la venta, quando le vino al Cura un pensamiento, que hazìa mal en averse puesto de aquella manera, por ser cosa indecente, que un sacerdote se pusièsse assi, aunque le fuèsse mucho en ello; y dizièndoselo al Barbero, le rogò, que trocàssen Trages; pues era mas justo, que el fuèsse la donzella menesterosa, y que el harìa el escudero; y que assi se profanava menos su dignidad: Y que si no lo queria hazer, determinava de no passar



adelante, aunque à Don Quixote se le llevàsse el diablo. En esto llegò Sancho, y de ver à los dos en aquel trage, no pudo tener la risa. En efeto el barbero vino en todo aquello que el Cura quiso; y trocando la invencion, el Cura le fuè informando el modo que avia de tener, y las palabras que avia de dezir à Don Quixote, para moverle, y forçarle à que con el vinièsse, y dexàsse la querencia del lugar que avia escogido para su vana penitencia. El Barbero respondió, que sin que se le dièsse lición, el lo pondría bien en su punto. No quiso vestirse por entonces, hasta que estuvièssen junto de donde Don Quixote estàva; y assi doblò sus vestidos, y el Cura acomodò su barba, y figuièron su camino, guiàndolos Sancho Pança: el qual les fuè contando lo que les aconteciò con el loco, que hallàron en la sierra (encubriendo, empero, el hallazgo de la malèta, y de quanto en ella venia) que, maguer que tonto, era un poco codicioso el mancebo.

O T R O dia llegàron al lugar donde Sancho avia dexado puestas las Señales de las ramas para acertar el lugar donde avia dexado à su señor; y en reconocièndole, les dixo, como aquella era la entrada, y que bien se podian vestir, si era que aquello hazia al caso para la libertad de su señor; porque ellos le avian dicho antes, que el ir de aquella fuerte, y vestirse de aquel modo, era toda la importancia para facar à su amo de aquella mala vida, que avia escogido: Y que le encargavan mucho, que no dixèsse à su amo quien ellos eran, ni que los conocia: Y que si le preguntàsse, como se lo avia de preguntar, si diò la carta à Dulcinea? Dixèsse que si; y que por no saber leèr, le
avia

avia respondido de palabra, diziéndole ; que le mandava, fo pena de su desgracia, que luego al momento se vinièsse à ver con ella, que era cosa que le importava mucho : Porque con esto, y con lo que ellos pensavan dezirle, tenian por cosa cierta, reducirle à mejor vida, y hazer con el, que luego se pusièsse en camino para ir à ser Emperador, ò Monarca ; que en lo de ser Arçobispo no avia de que temer. Todo lo escuchò Sancho, y lo tomò muy bien en la memoria, y les agradeciò mucho la intencion que tenian de aconsejar à su señor fuèsse Emperador, y no Arçobispo, porque el tenia para si, que para hazer mercedes à sus escuderos, mas pødian los Emperadores, que los Arçobispos andantes. Tambien les dixo, que feria bien, que el fuèsse delante à buscarle, y darle la respuesta de su señora, quiça feria ella bastante à facarle de aquel lugar, fin que ellos se pusièssen en tanto trabajo. Pareciòles bien lo que Sancho Pança dezia, y assi determinaron de aguardarle hasta que bolvièsse con las nuevas del hallazgo de su amo. Entròse Sancho por aquellas quebradas de la sierra, dexando à los dos en una por donde corria un pequeño, y manso arroyo, à quien hazian sombra agradable, y fresca otras peñas, y algunos arboles que por alli estavan. El calor, y el dia que alli llegaron, era de los del mes de Agosto, que por aquellas partes suele ser el ardor muy grande : La hora las tres de la tarde : Todo lo qual hazia al sitio mas agradable, y que combidàsse à que en el esperàssen la buelta de Sancho, como lo hizieron. Estando, pues, los dos alli fofsegados, y à la sombra, llegò à sus oydos una voz, que fin acompañarla fon de algun instrumento, dulce y regalada-

galadamente sonaba ; de que no poco se admiraron, por parecerles, que aquel no era lugar donde pudièssè aver quien tan bien cantàssè. Porque aunque suele dezirse, que por las selvas, y campos se hallan pastores de voces estremadas, mas son encarecimientos de Poetas, que verdades : Y mas quando advirtièron, que lo que oyàn cantar eran versos, no de rusticos ganaderos, sino de discretos cortesanos. Y confirmò esta verdad, aver sido los versos que oyèron estos.

Quien menoscaba mis bienes ?

Desdenes.

Y quien aumenta mis duelos ?

Los Zelos.

Y quien prueba mi paciencia ?

Ausencia.

Deeste modo en mi dolencia

Ningun remedio se alcança,

Pues me matan, la esperança,

Desdenes, zelos, y ausencia.

Quien me causa este dolor ?

Amor.

Y quien mi gloria repugna ?

Fortuna.

Y quien consiente mi duelo ?

El Cielo.

Deeste modo yo rezèlo

Morir deste mal estraño,

Pues se aunan en mi daño,

Amor, fortuna, y el Cielo.

Quien

Quien mejorará mi fuerte?

La Muerte.

Y el bien de amor quien le alcanza?

Mudança.

Y sus males quien los cura?

Locura.

Deffe modo no es cordura

Querer curar la passion,

Quando los remedios son,

Muerte, mudança, y locura.

La hora, el tiempo, la soledad, la voz, y la destreza del que cantava, causò admiracion, y contento en los dos oyentes, los quales se estuvièron quedos, esperando si otra cosa alguna oyan; pero viendo que durava algun tanto el silencio, determinaron de salir à buscar el musico, que con tan buena voz cantava. Y queriendolo poner en efeto, hizo la mesma voz que no se moviessen, la qual llegó de nuevo à sus oydos, cantando este foneto.

S O N E T O.

Santa amistad, que con ligeras alas,
 Tu apariencia quedandose en el fuelo,
 Entre benditas almas en el cielo
 Subiste alegre à las Impireas salas.
 Desde allà, quando quieres, nos señalas
 La justa paz cubierta con un velo,
 Por quien à vezes se trasluze el zelo
 De buenas obras, que à la fin son malas.

Dexa



DON QUIXOTE DE LA MANCHA

Dexa el cielo, ò amistad! ò no permitas,
 Que el engaño se vista tu librèa,
 Con que destruye à la intencion sincera.
 Que si tus apariencias no le quitas,
 Presto hà de verse el mundo en la pelèa
 De la discorde confusion primera.

El canto se acabò con un profundo suspiro, y los dos con atencion bolvièron à esperar si mas se cantava; pero viendo que la musica se avia buuelto en folloços, y en lastimèros àyes, acordàron de saber, quien era el triste tan estremado en la voz, como doloroso en los gemidos. Y no anduvièron mucho, quando al bolver de una punta de una peña, vièron à un hombre del mismo talle, y figura, que Sancho Pança les avia pintado, quando les contò el cuento de Cardenio: El qual hombre, quando los viò, sin sobrefaltarse, se estuvo quedo con la cabeça inclinada sobre el pecho, à Guisa de hombre pensativo, sin alçar los ojos à mirarlos, mas de la vez primera quando de improvisò llegaron. El Cura, que era hombre bien hablado (como el que ya tenia noticia de su desgracia, pues por las señas le avia conocido) se llegó à el, y con breves, aunque muy discretas Razones, le rogò, y persuadiò, que aquella tan miserable vida dexàsse, porque alli no la perdièsse, que era la desdicha mayor de las desdichas. Estàva Cardenio entonces en su entero Juyzio, libre de aquel furioso accidente, que tan amenudo le facàva de si mismo; y assi viendo à los dos en trage tan no ufado de los que por aquellas soledades andàvan, no dexò de admirarse algun tanto, y mas quando
 oyò

oyò que le avian hablado en su negocio como en cosa sabida (porque las razones que el Cura le dixo, assi lo dièron à entender;) y assi respondiò desta manera: Bien veo yo, Señores, quien quiera que seàys, que el cielo, que tiene cuydado de socorrer à los buenos (y aun à los malos muchas vezes) sin yo merecerlo me embia en estos tan remotos, y apartados lugares del trato comun de las gentes algunas personas, que ponièndome delante de los ojos con vivas y vârias razones, quan sin ella ando en hazer la vida que hago, han procurado facarme desta à mejor parte; pero como no saben, que sè yo, que en saliendo deste daño, hè de caer en otro mayor, quiçà me deven de tener por hombre de flacos discursos, y aun, lo que peor serìa, por de ningun Juyzio. Y no serìa maravilla, que assi fuèsse, porque à mi se me trasluze, que la fuerça de la imaginacion de mis desgracias es tan intensa, y puede tanto en mi perdicion, que sin que yo pueda ser parte à estorvarlo, vengo à quedar como piedra salto de todo buen sentido, y conocimiento: y vengo à caer en la cuenta desta verdad, quando algunos me dizen, y muestran señaes de las cosas que hè hecho en tanto que aquel terrible accidente me señaorèa; y no sè mas que dolerme en vano, y maldezir sin provecho mi ventura, y dar por disculpa de mis locuras, el dezir la causa dellas à quantos oyr la quieren; porque viendo los cuerdos qual es la causa, no se maravillarán de los efectos; y sino me dièren remedio, alomenos no me daràn culpa, convirtièndoseles el enojo de mi defemboltura en lástima de mis desgracias. Y si es que vosotros, Señores, venis con la misma intencion que otros han venido,

T O M. I.

O o

antes



antes que passèys adelante en vuestras discretas persuasiones, os ruego que escuchèys el cuento (que no le tiene) de mis desventuras; porque quiçà despues de entendido, ahorrarèys el trabajo que tomàredes en consolar un mal, que de todo consuelo es incapaz. Los dos, que no desseàvan otra cosa, que saber de su mesma boca la causa de su daño, le rogaron se la contasse, ofrecièndole de no hazer otra cosa de la que el quisièsse en su remedio, ò consuelo: Y con esto el triste Cavallero començò su lastimera historia, casi por las mesmas palabras y passos, que la avia contado à Don Quixote y al cabrero pocos dias atràs, quando por ocasion del Maestro Elisabat y puntualidad de Don Quixote en guardar el decòro à la Cavalleria, se quedò el cuento imperfecto, como la historia lo dexa contado. Pero aora quiso la buena fuerte, que se detuvo el accidente de locura, y le diò lugar de contarlo hasta el fin: Y assi llegando al passo del billete que avia hallado Don Fernando, entre el libro de Amadis de Gaula dixo Cardenio, que le tenia bien en la memoria, y que dezia desta manera.

LUCINDA à CARDENIO.

CADA dia descubro en vos valores, que me obligan y fuerçan à que en mas os estime; y assi si quisièredes sacarme desta deuda sin executarme en la honra, lo podreys muy bien hazer. Padre tengo que os conoce, y que me quiere bien, el qual sin forçar mi voluntad, cumplirà la que serà justo que vos tengays, si es que me estimays como dezis, y como yo creo.

P O R

— P O R este billete me movi à pedir à Lucinda por esposa, como yà os he contado; y este fuè por quien quedò Lucinda en la opinion de Don Fernando por una de las mas discretas y avisadas mugeres de su tiempo; y este billete fuè el que le puso en desseo de destruyrme antes que el mio se efectuasse. Dixe yo à Don Fernando en lo que reparava el padre de Lucinda, que era en que mi padre se la pidièsse, lo qual yo no le osava dezir, temeroso que no vendria en ello: No porque no tuvièsse bien conocida la calidad, bondad, virtud, y hermosura de Lucinda, y que tenia partes bastantes para enoblecere qualquier otro linage de España; sino porque yo entendia del, que deseava que no me casasse tan presto, hasta ver lo que el Duque Ricardo hazia conmigo. En resolucion le dixè, que no me aventurava à dezirselo à mi padre, assi por aquel inconveniente, como por otros muchos que me acobardavan, sin saber quales eran; sino que me parecia, que lo que yo deseasse, jamas avia de tener efecto. A todo esto me respondiò Don Fernando, que el se encargava de hablar à mi padre, y hazer con el, que hablasse al de Lucinda. O Mario ambicioso! O Catilina cruel! O Sila facinoroso! O Galalon embustero! O Vellido traydor! O Julian vengativo! O Judas codicioso! Traydor, Cruel, Vengativo, y embustero, que deservicios te avia hecho este triste, que con tanta llaneza te descubriò los secretos, y contentos de su coracon? Que ofensa te hize? Que palabras te dixè, ò que consejos te di, que no fuèssen todos encaminados à acrecentar tu honra, y tu provecho? Mas de que me quexo, desventurado de mi; pues es cosa cierta, que quando traen

O o 2

las



las desgracias la corriente de las estrellas, como vienen de alto à baxo despeñándose con furor y con violencia, no ay fuerça en la tierra que las detenga, ni indùstria humana que prevenir las pueda? Quien pudièra imaginar, que Don Fernando, Cavallero Ilustre, discreto, obligado de mis servicios, poderoso para alcançar lo que el desèo amoroso le pidièsse, donde quiera que le ocupasse, se avia de encònar (como fuele dezirse) en tomarme à mi una sola oveja, que aun no posseya? Pero quèdense estas consideraciones à parte como inùtiles y sin provecho, y añudèmos el roto hilo de mi desdichada historia.

DIGO, pues, que parecièndole à Don Fernando, que mi presència le era inconveniente para poner en execucion su falso, y mal pensamiento, determinò de embiarme à su hermano mayor con ocasion de pedirle unos dineros para pagar seys cavallos, que de indùstria, y solo por este efecto de que me ausentàsse (para poder mejor salir con su dañado intento) el mesmo dia que se ofreciò hablar à mi padre, los comprò, y quiso que yo vinièsse por el dinero. Pude yo prevenir esta traycion? Pude por ventura caer en imaginarla? No por cierto; antes con grandissimo gusto me ofreci à partir luego, contento de la buena compra hecha. Aquella noche hablè con Lucinda, y le dixe lo que con Don Fernando quedava concertado, y que tuvièsse firme esperança de que tendrìan efecto nùestros buenos, y justos desèos. Ella me dixo (tan segura como yo de la traycion de Don Fernando) que procuràsse bolver presto, porque creya, que no tardarìa mas la conclusiòn de nùestras voluntades, que tardàsse mi padre de hablar al fuyo.

No

No sè que se fuè, que en acabando de dezirme esto, se le llenaron los ojos de lagrimas, y un nudo se le atravesò en la garganta, que no le dexava hablar palabra de otras muchas, que me pareciò, que procuràva dezirme. Quedè admirado de este nuevo accidente hasta alli jamas en ella visto, porque siempre nos hablàvamos (las vezes que la buena fortuna y mi diligencia lo concedia) con todo regozijo y contento, sin mezclar en nuestras pláticas làgrimas, suspiros, zelos, sospechas, ò temores. Todo era engrandecer yo mi ventura, por avèrmela dado el cielo por seño-
ra. Exagerava su belleza; admiràvame de su valor y entendimiento. Bolviame ella el recambio, alabando en mi lo que como enamorada le parecia digno de alabanza. Con esto nos contàvamos cien mil niñerías, y acaecimientos de nuestros vezinos y conocidos; y à lo que mas se estendia mi desemboltura era, à tomarle casi por fuerça una de sus bellas y blancas manos, y llevarla à mi boca, segun dava lugar la estrechez de una baxa reja que nos dividia. Pero la noche que precediò al triste dia de mi partida, ella llorò, gimiò, y suspirò, y se fuè, y me dexò lleno de confusion, y sobresalto, espantado de aver visto tan nuevas, y tan tristes muestras de dolòr, y sentimiento en Lucinda. Pero por no destruìr mis esperanças, todo lo atribuyè à la fuerça del amor que me tenia, y al dolor que fuele causar la ausencia en los que bien se quieren. En fin yo me parti triste y pensativo, llena el alma de imaginaciones, y sospechas, sin saber lo que sospechava, ni imaginava (claros indicios que mostràvan el triste suceso, y desventura que me estàva guardada.) Lleguè al lugar donde era em-
biado:

biado: Di las cartas al hermano de Don Fernando: fuý bien recibido, pero no bien despachado, porque me mandò aguardar (bien à mi disgusto) ocho dias, y en parte donde el Duque su padre no me vièsse; porque su hermano le escrivia, que le embiàsse cierto dinero sin su sabiduria. Y todo fuè invencion del falso Don Fernando, pues no le faltavan à su hermano dineros para despacharme luego. Orden y mandato fuè este, que me pùso en condicion de no obedecerle, por parecerme imposible sustentar tantos dias la vida en el ausencia de Lucinda, y mas avièndola dexado con la tristeza, que os hè contado. Pero con todo esto obedecì como buen criado, aunque muy bien veya yo, que avia de ser à costa de mi salud. Pero à los quatro dias que alli lleguè, llegò un hombre en mi busca con una carta que me diò, que en el sobrescrito conocì ser de Lucinda, porque la letra dèl era fuya. Abrila temeroso y con sobrefalto, creyèdo, que cosa grande devia de ser la que la avia movido à escribirme estando ausente, pues presente pocas vezes lo hazia. Preguntèle al hombre antes de leerla, quien se la avia dado, y el tiempo que avia tardado en el camino? Dixome, que à caso passando por una calle de la ciudad à la hora de medio dia, una señora muy hermosa le llamò desde una ventàna; los ojos llenos de lagrimas, y que con mucha prièssa le dixo: hermano si soys Christiano, como parecèys, por amor de Dios os ruego, que encaminèys luego luego esta carta al lugar, y à la persona que dize el sobrescrito, que todo es bien conocido, y en ello harèys un gran servicio à nuestro señor: Y para que no os falte comodidad de poderlo hazer, tomad lo que
vâ

và en este pañuelo, y diziendo esto me arrojò por la ventana un pañuelo donde venian atados cien reales, y esta fortija de oro que aqui traygo, con essa carta que os he dado; y luego sin esperar respuesta mia, se quitò de la ventana (aunque primero viò como yo tomè la carta, y el pañuelo) y por señas le dixe, que haria lo que me mandava: Y assi vièndome tan bien pagado del trabajo que podia tomar en traerosla, y conociendo por el sobrescrito, que erades vos à quien se embiava (porque yo, señor, os conozco muy bien;) y obligado assi mesmo de las lagrimas de aquella hermosa señora, determinè de no fiarme de otra persona, fino venir yo mismo à dàrosla. Y en diez y feys horas, que hà, que se me diò, he hecho el camino, que sabeys, que es de diez y ocho leguas. En tanto que el agradecido y nuevo correo esto me dezia, estava yo colgado de sus palabras, temblàndome las piernas de manera, que à penas podia sostenerme. En efecto abrí la carta, y vi que contenia estas razones.

LA palabra que Don Fernando os diò de hablar à vuestro padre para que hablàsse al mio, la ha cumplido mas en su gusto, que en vuestro provecho. Sabed, señor, que el me ha pedido por esposa, y mi padre llevado de la ventaja que el piensa que Don Fernando os haze, ha venido en lo que quiere con tantas veras, que de aqui à dos dias se ha de hazer el desposorio, tan secreto y tan à solas, que solo han de ser testigos los Cielos, y alguna gente de casa. Qual yo quedo, imaginadlo: Si os cumple venir, vedlo: Y si os quiero bien ò no, el suceso deste negocio os lo darà à entender. A Dios plega, que esta llegue à vuestras manos
antes



antes que la mia se vea en condicion de juntarse con la de quien tan mal sabe guardar la fe que promete.

ESTAS en fuma fueron las razones que la carta contenia, y las que me hizieron poner luego en camino sin esperar otra respuesta, ni otros dineros; que bien claro conocí entonces, que no la compra de los cavallos, sino la de su gusto, avia movido à Don Fernando à embiarme à su hermano. El enojo que contra Don Fernando concebí, junto con el temor de perder la prenda, que con tantos años de servicios, y desçeos tenia grangeada, me pusieron alas, pues casi como en vuelo otro dia me puse en mi lugar al punto, y hora que convenia para ir à hablar à Lucinda. Entré secreto, y dexé una mula en que venia en casa del buen hombre, que me avia llevado la carta. Y quisó la fuerte, que entonces la tuviéffe tan buena, que hallé à Lucinda puesta à la reja, testigo de nuestros amores. Conocióme Lucinda luego, y conocia yo, mas no como devia ella conocerme, y yo conocerla. Pero quien ày en el mundo que se pueda alabar, que ha penetrado, y sabido el confuso pensamiento, y condicion mudable de una muger? Ninguno por cierto. Digo, pues, que assi como Lucinda me vió, me dixo: Cardenio, de boda estoy vestida, yà me estan aguardando en la sala Don Fernando el traydor, y mi padre el codicioso con otros testigos, que antes lo feràn de mi muerte que de mi desposorio. No te turbes, amigo, sino procura hallarte presente à este sacrificio, el qual sino pudiere ser estorvado de mis razones, una daga llevo escondida, que podrá estorvar mas determinadas fuerças, dando fin à mi vida, y principio à que conozcas
la

la voluntad que te hè tenido, y tengo. Yo le respondì turbado y aprièssa, temeroso no me faltàsse lugar para responderla. Hagan, señora, tus obras verdaderas tus palabras, que si tu llevas daga para acreditarte, aqui llevo espada para defenderte con ella, ò para matarme, si la fuerte nos fuere contraria. No creo que pùdo oyr todas estas razones, porque senti que la llamavan à prièssa, porque el desposado aguardava. Cerròse con esto la noche de mi tristeza: Pùsofeme el sol de mi alegria: Quedè fin luz en los ojos, y fin discurso en el entendimiento. No acertava à entrar en su casa, ni podia moverme à parte alguna; pero considerando quanto importava mi presençia para lo que suceder pudièsse en aquel caso, me animè lo mas que pùde, y entrè en su casa. Y como yo sabìa muy bien todas sus entradas y salidas, y mas con el alboroto que de secreto en ella andava, nadie me echò de ver. Assi que sin ser visto, tùve lugar de ponerme en el hueco, que hazìa una ventana de la mesma sala, que con las puntas, y remates de dos tapizes se cubrìa, por entre las quales podìa yo ver, sin ser visto, todo quanto en la sala se hazìa. Quien pudièra dezir aora los sobrefaltos que me diò el corazon mientras alli estùve? Los pensamientos que me ocurrièron? Las consideraciones que hize? Que fuèron tantas y tales, que ni se pueden dezir, ni aun es bien que se digan: Basta que sepàys, que el desposado entrò en la sala sin otro adorno que los mesmos vestidos ordinarios que solia. Trayà por padrino à un primo hermano de Lucinda, y en toda la sala no avìa persona de fuera fino los criados de casa. De alli à un poco saliò de una recàmara Lucinda acompañada de



fu madre, y de dos donzellas fuyas, tan bien adereçada y compuesta como fu calidad, y hermosura merecian, y como quien era la perfeccion de la gala, y bizarría cortesana. No me diò lugar mi suspensíon, y arrobamiento, para que miràsse, y notàsse en particular lo que traýa vestido; solo pùde advertir à las colores, que eran encarnado, y blanco, y en las vislumbres que las piedras y Joyas del tocado y de todo el vestido hazían, à todo lo qual se aventajava la belleza singular de sus hermosos y rubios cabellos, tales, que en competencia de las preciosas piedras y de las luzes de quatro hachas, que en la sala estàvan, la fuya con mas resplandor à los ojos ofrecian. O memoria, enemiga mortal de mi descanso! De que sirve representarme aora la incomparable belleza de aquella adorada enemiga mia? No ferà mejor, cruel memoria, que me acuerdes, y representes lo que entonces hizo, para que movido de tan manifesto agravio, procure, ya que no la vengança, alomenos perder la vida?

No os cansays, señores, de oyr estas digressíones que hago, que no es mi pena de aquellas que puedan, ni devan contar se succintamente y de passó, pues cada circunstancia fuya me parece à mi, que es digna de un largo discurso. A esto le respondiò el Cura, que no solo no se cansavan en oyrle, sino que les dava mucho gusto las menudencias que contava, por ser tales, que merecian no passarse en silencio, y la mesma atencion que lo principal del cuento.

DIGO pues, prosiguiò Cardenio, que estando todos en la sala, entrò el Cura de la Parroquia, y tomando à los dos por la mano, para hazer lo que en tal acto se requiere, al
dezir:

dezir: Quereys, señora Lucinda al señor Don Fernando, que está presente, por vuestro legitimo esposo, como lo manda la santa Madre Yglesia? Yo saqué toda la cabeza, y cuello de entre los tapizes, y con atentísimos oídos, y alma turbada, me puse à escuchar lo que Lucinda respondia, esperando de su respuesta la sentencia de mi muerte, ò la confirmacion de mi vida. O quien se atreviera à salir entonces, diciendo à voces: A Lucinda, Lucinda! mira lo que hazes, considera lo que me debes, mira que eres mia, y que no puedes ser de otro. Advierte que el dezir tu, *Si*, y el acabàrseme la vida, ha de ser todo à un punto. A traydor Don Fernando, robador de mi gloria, muerte de mi vida! Que quieres? Que pretendes? Considera que no puedes christianamente llegar al fin de tus deseos, porque Lucinda es mi esposa, y yo soy su marido. A loco de mi, aora que estoy ausente, y lexos del peligro, digo que avia de hazer lo que no hize! Aora que dexè robar mi caraprenda, maldigo al robador de quien pudiera vengarme, si tuvièra corazon para ello, como le tengo para quejarme! En fin pues fùy entonces cobarde y necio, no es mucho que muera aora corrido, arrepentido, y loco. Estava el Cura esperando la respuesta de Lucinda, que se detuvo un buen espacio en darla; y quando yo pensè, que sacava la daga para acreditarse, ò desatava la lengua para dezir alguna verdad, ò desengaño, que en mi provecho redundàsse, oygo que dixo con voz desmayada, y flaca: *Si quiero*. Y lo mesmo dixo Don Fernando; y dandole el anillo, quedaron en indifoluble nudo ligados. Llegò el desposado à abraçar à su esposa, y ella poniéndose la mano sobre el co-



raçon, cayò desmayada en los brazos de su madre. Resta aora dezir, qual quedè yo, viendo en el *Si* que avia oydo, burladas mis esperanças, falsas las palabras, y promessas de Lucinda, impossibilitado de cobrar en algun tiempo el bien que en aquel instante avia perdido. Quedè falto de consejo, desamparado, à mi parecer, de todo el Cielo, hecho enemigo de la tierra que me sustentava, negàndome el ayre aliento para mis suspiros, y el agua humor para mis ojos: Solo el fuego se acrecentò de manera, que todo ardia de rabia, y de Zelos. Alborotàronse todos con el desmayo de Lucinda, y defabrochàndole su madre el pecho para que le dièsse el ayre, se descubriò en èl un papel cerrado, que Don Fernando tomò luego, y se le puso à leer à la luz de una de las hachas; y en acabando de leerle, se sentò en una silla, y se puso la mano en la mexilla con muestras de hombre muy pensativo, sin acudir à los remedios, que à su esposa se hazian, para que del desmayo bolvièsse. Y viendo alborotada toda la gente de casa, me aventurè à salir, ora fuèsse visto, ora no, con determinacion, que si me vièssen, de hazer un desatino tal, que todo el mundo vinièra à entender la justa indignacion de mi pecho, en el castigo del falso Don Fernando, y aun en el mudable de la desmayada traydora. Pero mi fuerte, que para mayores males (si es possible que los aya) me deve tener guardado, ordenò, que en aquel punto me sobràsse el entendimiento, que despues acà me ha faltado; y assi sin querer tomar vengança de mis mayores enemigos (que por estar tan sin pensamiento mio, fuera fàcil tomarla) quise tomarla de mi mesmo, y executar en mi la pena, que ellos merecian: Y aun quiçà con mas rigor

rigor del que con ellos se usàra, si entonces les dièra muerte, pues la que se recibe repentina, presto acaba la pena; mas la que se dilata con tormentos, siempre mata sin acabar la vida. En fin yo sali de aquella casa, y vine à la de aquel, donde avìa dexado la mula: Hize que me la enfillàsse; y sin despedirme dèl, subì en ella, y salì de la Ciudad sin osar, como otro Lot, bolver el rostro à mirarla; y quando me vi en el campo solo, y que la escuridad de la noche me encubria, y su silencio combidava à quejarme, sin respeto, ò miedo de ser escuchado ni conocido; soltè la voz, y desatè la lengua en tantas maldiciones de Lucinda, y de Don Fernando, como si con ellas satisfaziera el agravio que me avian hecho. Dile titulos de cruel, de ingrata, de falsa, y desagradecida; pero sobre todos de codiciosa, pues la riqueza de mi enemigo la avìa cerrado los ojos de la voluntad para quitàrmela à mi, y entregarla à aquel con quien mas liberal y franca la fortuna se avìa mostrado. Y en mitad de la fugà destas maldiciones y vituperios la disculpava, diciendo: Que no era mucho que una donzella recogida en casa de sus padres, hecha, y acostumbrada siempre à obedecerlos, huvièsse querido condescender con su gusto, pues le davan por esposo à un Cavallero tan principal, tan rico, y tan gentil hombre, que à no querer recibirle, se podia pensar, ò que no tenìa Juyzio, ò que en otra parte tenìa la voluntad (cosa que redundava tan en perjuyzio de su buena opinion y fama.) Luego bolveria, diciendo; que puesto que ella dixèra, que yo era su esposo, vièran ellos, que no avìa hecho en escogerme tan mala eleccion, que no la disculparan; pues antes de ofrecèrseles Don Fernando, no pudièran



dièran ellos mesmos acertar à desfèar, si con razon midièssen sus desfèos, otro mejor que yo para esposo de su hija: Y que bien pudièra ella antes de ponerse en el trance forçoso, y ultimo de dar la mano, dezir, que ya yo le avìa dado la mia: Que yo vinièra, y concedièra todo quanto ella acertàra à fingir en este caso. En fin me resolvì en que poco amor, poco Juyzio, mucha ambicion, y desfèos de Grandezas, hizieron que se olvidàsse de las palabras con que me avìa engañado, entretenido, y sustentado en mis firmes esperanças, y honestos desfèos. Con estas voces, y con esta inquietud caminè lo que quedàva de la noche, y di al amanecer en una entrada destas fierras, por las quales caminè otros tres dias sin senda, ni camino alguno, hasta que vine à parar en unos prados, que no sè à que mano destas montañas càen; y alli preguntè à unos ganaderos, que hàzia donde era lo mas aspero destas fierras? Dixèronme, que hàzia esta parte. Luego me encaminè à ella con intencion de acabar aqui la vida; y en entrando por estas asperezas, del Canfancio y de la hambre se cayò mi mula muerta, ò lo que yo mas creo, por desechar de si tan inutil carga, como en mi llevàva. Yo quedè à pie, rendido de la naturaleza, traspassàdo de hambre, sin tener, ni pensar buscar quien me socorrièsse. De aquella manera estuve no sè que tiempo tendido en el suelo, al cabo del qual me levantè sin hambre, y hallè junto à mi unos cabreros, que sin duda devieron ser los que mi necesidad remediaron; porque ellos me dixèron de la manera que me avian hallado, y como estàva diziendo tantos disparates, y desatinos, que dava indicios claros de aver perdido el Juyzio: Y yo he sentido en
mi

mi despues acà, que no todas vezes le tengo cabal, fino tan desmedrado, y flaco, que hago mil locuras, rasgàndome los vestidos, dando voces por estas soledades, maldiziendo mi ventura, y repitiendo en vano el nombre amado de mi enemiga, sin tener otro discurso, ni intento entonces, que procurar acabar la vida vozeando: Y quando en mi buelvo, me hallo tan cansado, y molido, que à penas puedo moverme. Mi mas comun habitacion es en el hueco de un alcornoque capaz de cubrir este miserable cuerpo. Los vaqueros, y cabreros. que andan por estas montañas, movidos de caridad, me sustentan, ponièndome el manjar por los caminos, y por las peñas, por donde entienden, que à caso podrè passar, y hallarlo. Y assi aunque entonces me falte el Juyzio, la necesidad natural me dà à conocer el mantenimiento, y despierta en mi el desèo de apetecerlo, y la voluntad de tomarlo. Otras vezes me dizen ellos quando me encuentran con Juyzio, que yo salgo à los caminos, y que se lo quito por fuerça, aunque me lo den de grado, à los pastores que vienen con ello del lugar à las majadas. Desta manera passò mi miserable, y estremada vida hasta que el cielo sèa servido de conduzirla à su ultimo fin, ò de ponerle en mi memoria, para que no me acuerde de la hermosura, y de la traycion de Lucinda, y del agravio de Don Fernando: Que si esto el haze sin quitarme la vida, yo bolverè à mejor discurso mis pensamientos: Donde no, no ày fino rogarle, que absolutamente tenga misericordia de mi alma, que yo no siento en mi valor, ni fuerças para facar el cuerpo desta estrechez, en que por mi gusto he querido ponerme.

E S T A



ESTA es, ò Señores, la amarga historia de mi desgracia: Dezidme, si es tal, que pueda celebrarse con menos sentimientos, que los que en mi avèys visto. Y no os cansays en persuadirme, ni aconsejarme lo que la razon os dixere, que puede ser bueno para mi remedio, porque hà de aprovechar conmigo lo que aprovecha la medicina recetada de famoso Mèdico al enfermo, que recibir no la quiere. Yo no quiero salud sin Lucinda; y pues ella gusta de ser agena, siendo, ò deviendo ser mia; guste yo de ser de la desventura, pudiendo aver sido de la buena dicha: Ella quiso con su mudança hazer estable mi perdicion: Yo querrè con procurar perderme, hazer contenta su voluntad, y serà exemplo à los por venir, de que à mi solo faltò lo que à todos los desdichados sobra, à los quales fuele ser consuelo la impossibilidad de tenerle, y en mi, causa de mayores sentimientos y males, porque aun pienso, que no se han de acabar con la muerte.

AQUI diò fin Cardenio à su larga plàtica, y tan desdichada como amorosa Historia; y al tiempo que el cura se prevenia para dezirle algunas razones de consuelo, le suspendiò una voz que llegò à sus oydos, que en lastimados accentos oyeron que dezia, lo que se dirà en el quarto libro desta narracion, que en este punto diò fin al tercero el sabio y atentado historiador Cide Hamète Benengeli.

F I N del Tomo Primero.